UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY
3 9001 04952 2942

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/poetasjovenesdam0000albe

COLECCIÓN · D · NOVELISTAS, POETAS · Y · ENSAYISTAS · DE · AMERICA

· ALBERTO · GUILLÉN ·

POETAS JOVENES D · AMERICA

M · AGUILAR EDITOR · MADRID

ALBERTO GUILLÉN

Poetas jóvenes de América

ALBERTO GUILLÉN

POETAS JÓVENES DE AMÉRICA

(EXPOSICION)

EX LIBRIS
E. MARTIN DE CACERES

M. AGUILAR, EDITOR, MADRID
MARQUÉS DE URQUIJO, NÚM. 39
1930

ES PROPIEDAD

Tip. Yagües. — Plaza del Conde Barajas, 5.

861.08
G958

PRÓLOGO

Todos los que han realizado una antología saben sus dificultades. Para hacerlo se necesita ir vestido a prueba de veneno y de espada. Todos los olvidados—olvido voluntario o consciente—convierten su cara en máscara de Medusa. Y ¡ay del olvidador! Se le negará el agua y la sal y, si posible, se le convertirá en piedra bajo el fuego de todas las reprobaciones.

Y esto, ¿por qué? Por una cosa muy sencilla, muy humana y muy estúpida. Porque una antología es algo así como el billete de entrada a la inmortalidad, el diploma de honor en el Parnaso. De ahí que a las antologías se les ponga en la carátula una solemne dama, en velos, coronando una cabeza melenuda. (No importa que ésta esté vacía o lleve ya adornitos conyugales.) Y así, el antologisado entra de golpe en el corro de los inmortales, aunque, como en el Elíseo, tenga sólo la sombra de su cuerpo. Una antología es, pues, algo como un museo de momias ilustres, una vitrina de brillantes nombres, una exhibición en mármol—o en yeso—de bustos gloriosos, aunque estén huecos.

Figurar en una antología, y después morirse. O, aun muerto, resucitar vivo, glorioso y quietecito entre los nichos de primera, de segunda o de tercera de una antología. ¿Para qué más? De ahí que de un buen verso se diga «joya de antología», como si su mayor honor fuera caer en manos de esos coleccionadores de mariposas muertas que son los críticos. Pero ¡cuántas

joyas de antología deberían seguir, precisamente, inverso camino al de las margaritas que Jesús escondía de los puercos! Sí, muchas, no sólo joyas, antologías enteras, debiera devorarlas el puerco olvido. ¿Debiera? Las ha devorado ya. ¿Por qué? Porque—salvando algunos poemas de acento perdurable que subsisten con o sin ayuda de los críticos—toda antología es la realización de un criterio, de una modalidad espiritual, de un temperamento, de un gusto; en una palabra, de un hombre. Es decir, de una limitación. Quien dice hombre dice límite. El hombre no puede ir más allá de sí mismo. El universo es su creación. No puede existir de otro modo que como lo concibe, pues toda filosofía no es sino el reflejo de un yo. Para el mono, el universo es muchos cocoteros. Etcétera.

¿Dónde hallar el antologista que tuviera una antena para coger todas las ondas, un criterio abierto a todas las tendencias, un gusto para todas las calidades, un talento para comprender todas las maneras? Imposible, digo, tapándome los oídos a la voz de la tierra, y del ave, y del agua, y del árbol, y el viento. Se necesitaría reunir una corporación de antologistas, un cuerpo colegiado de críticos diversos, un grupo deliberante de hombres de maduro seso, algo así como un congreso en el cual se votase, después de meticulosas discusiones, el ingreso en la inmortalidad. Este acto, trascendental y formidable, sería como el juicio de los muertos de los egipcios o las pruebas del alma de los árabes. El aspirante debiera pesarse en la balanza de todos los juicios, caminar por el cuchillo filudo de las críticas, no sentir en la planta la mordedura de fuego de las controversias y permanecer indemne ante los vendavales de las modas y de los ismos. Vencedor de todas las pruebas, el nombre podría ya entrar tranquilo y seguro en la pesebrera de la antología, con el poema a cuestas como un serón y el bozal de una nota crítica en el hocico. Fué un gran poeta; verbigracia, Homero. Fué un poeta me-

diano; un ejemplo, Fray Luis. Fué un poeta menor: Verlaine.

Ridículo, grito yo; ridículo y estúpido. En calidades no hay tamaño. No se es más grande ni pequeño. (Eso para los colmillos del elefante.) Se es o no se es poeta; eso es todo. Discutible el acento, la calidad, el tono, la intensidad, el color, la fuerza, la gracia, la idea, etc. ¡Pero el tamaño! ¡Pero el grueso! ¡Pero el volumen! Eso es como apreciar el canto del pájaro por su peso. Crítica de boxeadores y de aduaneros de la literatura. No permitir el contrabando. ¡Imbéciles! ¡Cuántas obras entraron en la inmortalidad precisamente contra tarifa y contra leyes aduaneras de gramática!

Pensando todo esto no he querido yo hacer una antología. Es decir, consideré un poco innoble construir una pesebrera o un panteón de gloriosas sombras inmortales. ¿Mis pájaros, de violenta música, en cuatro patas fijas remachadas a la tierra? ¿De momias secas y ya inmóviles mis púgiles muchachos, de líricos tendones, ágiles y diestros? No. No he querido meterme en el pellejo de ese dios dispensador de premios y castigos, que en el día postrero, con la barba tremulante de indignaciones decisivas o de gloriosos júbilos, colocará, con solemne ademán, a los buenos a la derecha y a los malos a la siniestra. Mi día no es el día postrero. Me quedan muchos, muy grandes, muy luminosos, y nunca, nunca postreros. No tengo barba espectaculosa ni degrado mis manos para la reprobación inútil y la gloria aún más inútil. Lo que vale, dice el docto Perogrullo, tiene la virtud del corcho.

Mi actitud es más modesta y más humana. Es la del simple coleccionista de piedrecillas valiosas y de pájaros de raro plumaje y canto vistoso. Con mis trampas de periodista he cogido vientos vocingleros y gritos sonoros. Mi tijera de diez puntas ha cortado en todos los cielos la estrella fraternal y multicorde de una estridente armonía americana. Voces he cogido, con

los dedos curiosos de todas las novedades, en la garganta de montañas y colinas. Arranqué vistosas plumas de las alas de brisas corredoras. Recogí en el hueco de la mano el agua musical del arroyo y el estruendo del río en catarata. Ecos juntó mi corazón como oreja de caverna en acecho. Uní nombres ilustres a escondidos nombrecillos reptantes. Luciérnagas y estrellas. Sólo pedí que la luz fuera propia. Hice trizas la vanidad alardeadora del espejo. No desdeñé el harapo por el frac. ¡Ah, sí!

Sí; desdeñé mucha gente. Huí a galope de «auto» de todo atropellado camino de rebaño. Con la mano aparté tumulto de voces que pedían inmortalidad, que yo ni nadie podía conceder. Eskilo fué más cuerdo. Buscó el único aliado posible ante el gusano. Y así dice: «El tiempo y yo contra todos.» Y tuve razón y no la tuve al tomar la podadera para abrirme camino en la selva de voces en dolorosa metemsícosis a estatua.

Diré: la tuve al poner cara de asco a los mediocres. Mediocre es menos que malo. Malo es calidad inversa. Es signo menos, pero signo. Mediocre es lo que es y no es al mismo tiempo. Ni blanco ni negro, gris. Ni bueno ni malo, mediocre. Como esos que no amaron ni odiaron en la vida, y que Dante coloca en la puerta del infierno, hay que mirarlos y pasar. Son tan ínfimos que no merecen el cielo, pero su misma mezquindad los libra del infierno. Se merecen el limbo del olvido. Son mediocres.

No tuve razón al apartar con desganada mano a tantos nombres que traían ofrenda de poema y don de canción. ¡Pero son tantos! Aturden los tímpanos del viento con estridentes gritos novedosos. Son como pájaros locos de estridentes músicas imprevistas. Atumultan todas las veredas de la literatura y se dan de codazos con sombras venerables. Llenan de renglones danzantes las piernas cosmopolitas de deleznables revistas fugitivas. Son pesadilla de burgueses cuadrados

y señoritas armadas de suspiro. En todas las esquinas de la literatura os sale al encuentro, vociferante, incomprendido y desdeñoso, un señoritín, calzones Oxford y verso «dernier cri». Carteles veréis en las vitrinas de todos los cielos gritando gruesas letras rojas con este puñetazo: «VANGUARDISMO.» Pero...

Cuanto al vestido en que van mis convidados, no es traje de rigor. Si así fuera, sólo habrían entrado los vanguardia. No. Al lado del poema invertebrado y estridente de última hora, el otro musical de anteayer y quizá de pasado mañana. Como esos bolcteros de «cabaret» que se yerguen a la entrada de los «dancings», me puse a la puerta de mi libro, señalando un letrero que dice: «Reservado el derecho de admisión.» Pero es que pedía decencia en el vestido y honradez en la mano danzadora. Ni haraposo el poema que se le vieran desnudeces, ni tan lujoso que hiciera pensar en procedencias equívocas.

¿Cómo? ¿Acepto, pues, un criterio, yo que acabo de dar puñetazos al criterio? ¿No he querido romper toda balanza contra las puntas de la libertad y los riscos del desequilibrio? ¿No he echado espumarajos contra toda limitación y toda medida? Hombre soy. De contradicciones estoy hecho, de límites. Encerrado me siento entre cuatro paredes irrompibles: Norte, Sur, Este, Occidente. Sobre estas cuatro paredes clavo mis alfileres de entomólogo. Las antologías las harán después con las alas yertas de estas mariposas hoy brillantes. Los críticos y los historiadores cogerán sus pinzas y sus tijeras. Romperán un tendón acaso demasiado poderoso y desgarrarán un ala vencedora de mil cielos. Con sus centímetros y sus pesas darán a cada alma su sitio necesario. Con sus fichas y sus envases fabricarán su historia yerta de la literatura desorbitada de estos días. Aquí todos estos rostros congestionados por una divina música, aún no comprendida. El balance de almas lo harán después cien solemnes doctores. Aquí van todas juntas, almas fuertes

y tímidas. Balbuceo, alarido y canción. Suave y postrer gemido de violoncelo y palmoteante flamear de bandera que sangra revoluciones. Aquí están, listas al fallo del futuro, mil almas alborotadoras y vivas. Que hagan ellos sus vitrinas, que alisten sus etiquetas y engorden su catálogo. Que den a cada una su estatura justa, a ser posible, porque hay algunos nombres que, como esas momias a las que les crecen uñas y cabellos les sale con el tiempo gloria y nombradía.

Quise sólo mostrar al mundo, o al mundo que lee libros y se acuerda del alma de los grillos, el paisaje musical de nuestra América. Con mi cuchilla de ávido desflorador de libros y de espíritus arranqué el panorama sonoro de mi día. ¡Y con cuántos afanes! Escribí cartas. Mandé mensajeros saludos a grupas de la brisa. Publiqué avisos en el robusto pecho de la ocasión. Fuí, con mi lazo gaucho, al lomo caracoleador de todo viento con odio de frontera. Rajé cielos vecinos con los guijarros de mi honda quechua. Luminosos reclamos de fraternidad incendiaron de noche los rascacielos de la nube. No fué en vano. Manos enlazaron mi mano con la guija brilladora de un verso. Vinieron libros, de ojos abiertos, como colas de pavo real vanidoso. Otros, más modestos, más puros, alzaban al cielo el triángulo ruiseñor de un canto auténtico. Pero fueron pocos. ¡Cuántos escondieron mano y rostro detrás de su almena miserable! ¡Cuántos callaron mi llamado detrás de su charco sin eco! (Alacranes hallé en mi camino. Salían de su escondrijo, que el odio hacía aún más pequeño, y dejaban en mi talón su verde babita inofensiva.) ¡Cuántos plantaron su bandera diferente en lo más alto de la muralla china de su frontera! Otros defendían su jardín con alambrado de punzadoras púas.. En algún huerto vi hasta un espantapájaros.

—¡Hermano—decía mi saludo—, sea contigo la gracia de Nuestro Señor el Verso!

Pero no respondían. Muchas veces había que descubrirlos a sí mismos, embanderarlos en fiesta de fra-

ternidades, darles el beso pascual por encima de su propio embarazo y convencerlos de ser todos hermanos en una misma sangre azul de América.

Pero al fin van todos. Acaso sean muchos. Acaso sean pocos. Quise mostrar al viejo mundo esta andanada de pájaros del mundo nuevo. Me levanto muy alto para que se les vea a todos en la palma de mi mano. Aquí están. Todas estas voces, robustas o musicales, caminan con su carga de piedras preciosas como esos camelleros que atumultan las páginas infantiles de los cuentos. ¿Camaradas?

Muchos dejó atras la caravana. Temor al viento foragido. Fatiga y descorazonamiento en mitad de la ruta. Pequeña pasión casera que ataba el alma púgil a las faldas miserandas de una cualquier Elvira. Miedo. Falta de ideal que entumecía el ala y mellaba la proa del velero. Pequeños Sanchos de alpargata que prefieren el pijama de franela al resonante patín de los vientos. Allá se quedan. Dignos son de su pequeño dicha y su alegría confortable. Conmigo los que van cara al mañana abriendo los tiempos a codazos.

Jóvenes somos. Tendones despiertos en la mañana grande. Alas abiertas bajo un día mozo. Juventud, divino tesoro siempre en brote. Viven—aun muertos—viejos respetables por su acento moderno. Suprimí a casi todos, porque si mi casa tiene cuatro caras, mi puerta se llama Oriente. Mira al sol, donde el porvenir rompe la cáscara del alba. Jóvenes somos. Mediodía de música y de vida. Líricos tendones despiertos a jugar en todas las acrobacias del verbo y de la ruta. De este haz resonante, en que confluyen todos los caminos, saldrá el definitivo acento de mañana. En esta nebulosa, agitada y musical, se están cuajando los astros de mañana. ¿Que somos muchedumbre? Bueno. Esto no prueba otra cosa, si algo prueba, que la fertilidad indomeñable de esta matriz de América está siempre en trance de alumbramiento.

Finas sensibilidades, claros talentos, antenas atrapa-

doras de horizontes ilímites, fuertes temperamentos que la garra denuncia, imaginaciones agudas de embrujados jugueteos de espejo, y a veces, voces de acento definitivo y perdurable. Todos ponen aquí su nota viva, indispensable.

(Además, y esto entre paréntesis, como cada poeta estará represeniado por un poema, uno sólo y a veces muy breve, el libro, este libro, este querido y dificultoso libro ajeno y mío, será vivo, abundante, rico y leve. No tiene otro mérito. Todas estas notas, a veces contradictorias, a veces estridentes, a veces imprevistas, musicales siempre, siempre sinceras, forman, con su estupendo contrapunto, la voz robusta, nueva, total de nuestra América.)

ALBERTO GUILLEN

ARGENTINA

R A P T O

Me vi en sus ojos
de cuerpo entero,
toda yo, frágil entre mil pieles...
¡Prodigiosos espejos!
Sentí que me absorbían
en un vértigo,
que me iba
que me llevaban celosamente
quién sabe dónde, lejos...

Ahora no soy más que mi sombra.
Oh, tú, desconocido raptor de mi cuerpo,
¿qué harás con él, amado mío,
esta noche en tu lecho?

E L L I M I T E

Habíamos llegado al límite.
Cerré los ojos ante el abismo,
y era un miedo
dulcísimo,
porque en lo hondo
sentíase correr un hilo
de agua para mis sienes febriles...
Todo nos lo habíamos dicho:
ya no quedaba
otro camino.

Estábamos solos, pero ninguna Hada
vino a salvar a sus niños perdidos.
Cerré los ojos sobre el pecho. Y era un miedo
dulcísimo... ¡Y caímos!

MARÍA HÉLIDA ALVAREZ BLANCO

CIUDAD

Anuncios luminosos tiroteando el cansancio.
Charras, algarabías,
entran a saco en la quietud del alma.
Colores impetuosos
escalan las atónitas fachadas.
De las plazas hendidas
rebozan ampliamente las distancias.
El ocaso arrasado
que se acurruca tras los arrabales
es escarnio de sombras despeñadas.

Yo atravieso las calles desalmado
por la insolencia de las luces falsas,
y es tu recuerdo como un ascua viva
que nunca suelto
aunque me queme las manos.

JORGE LUIS BORGES

LEJANIA EN PENA

Vuelvo a pulsar el arpa
de mis antiguos horizontes;

mis dedos extenúan nuevamente
los caminos lluviosos de cordaje,
y todos los recuerdos, polvorientos de leguas,
incorporan sus cielos estrellados de música.

Toda desmelenada de noches y mañanas
la distancia me ciñe
con sus brazos de olvido.

Sobre el astro señero de mi mano
gravita un universo
de niños y muchachas,
donde siempre es de tarde
como en los besos últimos.

Otra vez el espacio
huelga en los cuatro puntos cardinales
de la primera copla:

luna creciente,
lunita llena;
luna menguante,
lunita nueva.

Otra vez el paisaje crucificado en la ventana
suelta su cabellera de campanas y de pájaros.

Otra vez el sendero vagabundo
está hilando un sudario de corderos
para el sueño final de mi nocencia.

El viento, populoso de ausencias, abandona
su silencio remoto sobre mi soledad.

Y mis ojos maduros de nostalgia
dejan rodar la tarde sobre el mundo.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

ELOGIO

Mi antigua voz, quebrada de zozobra,
de repetir tu nombre se me ha vuelto más clara.
Encontre mi ternura entre tus senos,
y pierdo, como un niño, mi tristeza en tu falda.

Sumando las arrugas del pañuelo
te sé calladamente cuánto vale mi ausencia.
Tú me enseñaste la palabra todo,
y aprendí la medida de mi amor en tu ojera.

Con mi tarda mirada vagabunda,
a redondear el viaje de tus ojos me entrego;
como tras ellos muere toda senda,
fuí y volví varias veces a donde acaba el tiempo.

Pese a la asiduidad de mi caricia,
aún confundo tu carne con tu blusa de seda;
y he de perder la llave en el regreso,
porque tu corazón es una casa abierta.

Palabra de alabanza me dijeron
y oí, más de una vez, también otra palabra...
Quizá ni en el recuerdo quede todo,
yo sé que para siempre tu silencio me basta.

Al lugar preferido del encuentro
nunca llego primero por mejor que me afane.
Y cuando el pueblo ha crecido y se hace viejo,
la tarde, para irse, siempre elige tu calle.

Mi brava gallardía desfallece
de sentir contra el mío tan poquito tu cuerpo.
Y tiemblo de ternura cuando en mi hombro
vienes a hacer tu nido de pajarito enfermo.

RAÚL BENEY

AL CUERPO DE MARGARA

CÁNTICO DE LAS GRADAS

Ave María purísima, llena eres de gracia.
Tienes en tu regazo la mañana y el pájaro,
Y el vagido del niño iluminó la aurora.

Eres recogimiento, eres recogimiento,
Tú me das el aroma de los campos salvajes,
tú me das ese canto que sale de los pájaros.

Se aleja ya del día tu voz. Tu voz es suave.
Tu voz es como una pradera llena de ángeles.
Dame tu voz, María, dame tu voz que es santa.

Para tener en mí la eterna luz, la eterna
luz que de tu cuerpo brota.
Virgen María.

¡Cuán llena eres de gracia!

LUIS ORTIZ BEHETY

AVENTURA

Un poncho de vicuña, pequeño y livianito
—hoy lo envolví en mi cuello—
detrás de unos faldones, nos servía de cama
y servía de abrigo a mis deseos
cuando como un ladrón me acercaba a los ranchos,
y bien pegado al suelo,
mis ojos perforaban las tinieblas
alarmadas de perros.

Y venías,
la pollera blanca,
yo musitaba: «Negra...»,
tú componías la garganta.

Hasta que al fin un día me diluí en ausencia,
te casaste con otro;
¡pero aquella aventura de mis diecisiete años
es, entre mis recuerdos, una roseta de oro!

ARISTÓBULO ECHEGARAY

VERSOS DE FUTURO IMPROBABLE

Iluminando estampas me pasaré la vida.
Te narraré los cuentos que asombran en la cuna
y haré santas las horas de cada anochecida
interpretando el múltiple paisaje de la luna.

En el balcón, de codos, miraremos callados
cómo la noche enciende luces en las ventanas
cuando la tarde cierra los párpados cansados
mecida en un reposo conventual de campanas.

Por la senda de otoño que ausenta tus pupilas
emprenderemos juntos inolvidables viajes
al país de las tardes y las noches tranquilas.
Tu amor es un perfume que revela paisajes.

Paisajes futuristas de cubos y letreros,
la fiebre de la frágil ciudad de cartón-piedra
asumirá a tu lado la paz de los senderos
y de las abadías que envejece la hiedra.

Sentirás el silencio de mi amor que te loa
en su lengua profunda, y bajo el cielo utópico
la vida será lenta como un viaje en canoa
entre el silencio de árboles de una noche del trópico.

Recogeré las risas con que la vida pueblas
y esconderé las horas que quisiste dejarme
para que fuerte me halles del Viernes de Tinieblas
en que cierres los ojos para no perdonarme.

CÓRDOVA ITURBURU

PILAR

Con el acento español
que ha tomado de la abuela,
recita la «Pastorela
de Abanico», de Pujol.

Y al advertir que la escucho,
dobla al hombro la cabeza
con un aire de tristeza
que la favorece mucho.

LUIS CANE

ROTATIVAS EN MARCHA

El corazón de la tierra se ha puesto a latir:
es necesario pulverizar el silencio y todo ruido
también que no tenga mil años.
El pasado y los muertos
han caído desnudos en un viento de llamas.
Una gran catarata de aceros
golpea incontenible las futuras edades:
Hoy.
Mañana.
Después.
Los golpes aterrizan en un planeta sin sombra.
Bajo el cemento que trepida, pectoral victorioso,
pulmones gigantescos bombardean atmósferas.
Y la prole de hierro da su alegría de émbolos más clara
que una alegría de astros en el silencio.
Su gran rotativo conecta sus vísceras
con un cable de estrellas,
y trepida el espacio,
y se pone a trabajar una usina de mundos.

Y el corazón de la tierra es un motor ultrarrápido,
enrojecida la hélice poderosa del sol tan rápido
que la tarde,
hangar del viento,
se ha puesto a temblar : anuncian
el gran vuelo.

BRANDAN CARAFFA

LOS TRAPEROS

Mi alma es como el alma de los negros traperos :
la aurora nos da rimas a unos y a otros harapos ;
buscamos lo imprevisto por todos los senderos,
con la mirada fija como la de los sapos.

Buscar, buscar, y hallar la muerte un día
entre un montón de escombros y de latones viejos,
y la Muerte trapera, descomplaciente y fría,
cargarnos en su bolsa como a rotos pellejos.

ANDRÉS L. CARO

NOCTURNO DEL REGRESO

Cuando yo andaba con la pena hasta el cuello,
después de cuatro siglos de ausencia, regresabas.

Verdad, yo no sabía,
oh, que cupiese tanta soledad en un pecho ;
verdad, yo no sabía que una ausencia pudiera
ceñir tan enconado nudo de vida y muerte
en el ansiar de un pecho, martillando la nada...
La noche palpitaba como gran ave herida,
y palpitaba menos la noche que mi ansia.

... Llegaste, al fin, llegaste
como un recuerdo, pálida mía de ojos nocturnos,
los brazos extendidos en senderos
hacia el jardín cerrado del abrazo.

Te hice cuna en mi pecho
porque en su vaivén hondo se meciese tu queja.
Después la noche fué naufragando en tu pelo,
y yo soñaba en él las estrellas perdidas.

Estabas tan adentro de mí mismo,
que ya tu voz no era tuya,
o era quizás que hablabas con las voces del sueño.
Tu voz, pronta a caer, temblaba como lágrima,
y la mía venía de muy lejos.
«¿Siempre, siempre?», «alma mía», «jamás», «hasta
[la muerte».

Y para arrullar las esenciales palabras,
era la noche un canto profundo que entreoíamos.

Vino en eso la lluvia,
vino acaso tan sólo para que la tierra oliese
como tu cabellera derramada.
La lluvia era una música adentro del silencio,
que fué aislándonos perdidamente en el mundo.
... Y se volvió mi beso innúmero como ella.

Mi corazón, hinchándose doloroso en la dicha,
hasta que redimidos por los tuyos
arrodillé mis ojos en la gracia del llanto.

LUIS FRANCO

CIUDADES

Ciudades: desiertos, horribles desiertos,
llenos de crujidos
que rompen la calma de todo silencio.

Ciudades: desiertos.
En ellas, el hombre ni a sí mismo se oye;
por ellas, el hombre camina y va muerto.

POEMA

Me da envidia la dicha de los otros
y a lástima me mueve
la dicha de los otros.

Lo que quiero, lo imploro de la vida,
y me cansa cuanto me da la vida.

Lo que quiero no sé ni lo que espero,
y de sed deseos sé que muero.

C. DELGADO FITO

PARAGUAYA

Por las arenas rojas
se arrastraba su olor a monte
como una sombra verde.

Se anaranjaba el bronce enloquecido
de tu cuerpo ágil y desnudo
en las manos del sol.

Reíamos de gozo.

Mordí tu piel, más lisa que los vientos.

Tus ojos
desparramaron las semillas
de tus miradas.

Todos los trópicos
se hicieron jugos en tu boca.

¡Los cantos de tus selvas guardáronse en tus formas!

JACOBO FIJMAN

ESCORIAL

A medida que nos aproximamos,
las piedras se van dando mejor.

Desnudo, anacorético,
las ventanas idénticas entre sí
—como la vida de sus monjes—,
El Escorial levanta sus muros de granito,
por los que no treparán nunca los mandingas,
pues ni aun dentro de novecientos años
hallarán una arruga donde hincar
sus pezuñas de azufre y pedernal.

Paradas en lo alto de las chimeneas,
las cigüeñas meditan en la responsabilidad
de ser la única ornamentación del Monasterio,
mientras el viento que reza en las rendijas
ahuyenta las tentaciones que amenazan
entrar por el tejado.

Cencerro de las piedras que pastan
en los alrededores,
las campanas de la iglesia
espantan a los ángeles
que viven en su torre
y suelen tomarlos de improviso,
haciéndolos perder alguna pluma
sobre el adoquinado de los patios.

Corredores donde el silencio tonifica
la robustez de las columnas.
Salas donde la austeridad es tan grande,
que basta una sonrisa de mujer
para que nos asedien los pecados de Bosch

y sólo se desbanden en retirada,
al advertir que nuestro guía
es nuestro propio Arcángel
que se ha disfrazado de guardián.

Los visitantes,
la cabeza hundida entre los hombros
(así la muerte no los podrá agarrar
como se agarra a un gato),
bajan a las tumbas y al pudridero,
y al salir
perciben el esqueleto de la gente
con la misma facilidad
con que antes le distinguían la nariz.

Cuando una luna fantasmal
nieva su luz en las techumbres,
los ruidos de las inmediaciones
adquieren psicologías criminales,
y el silencio
alcanza tal intensidad
que se camina como si entrara en un concierto,
y se contienen las ganas de toser
por temor a que el eco repita nuestra tos
hasta convencernos que estamos tuberculosos.

Horas en que los perros se enloquecen de soledad
y en las que el miedo
hace girar las cabezas de las lechuzas y de los hombres,
quienes al enfrentarnos
se persignan bajo el embozo
por si nosotros fuéramos Satán.

OLIVERIO GIRONDO

OCTUBRE

Octubre,
aurora del verano.

Cada hombre suspende su seriedad
porque encuentra en las calles
la golosina del sexo,
y las mujeres entreabren,
con los ojos dulzainos,
su caja de deseo.

Los árboles de las veredas
se acuerdan de la primavera
y asoman la insolencia de sus brotes
con desenfado
de muchachos en trance de hombres.

Las avenidas se estiran
brillantes
como mujeres morenas,
y se abrazan,
al fin,
a las plazas soleadas y palpitantes.

Las ventanas de las casas
vuelven a su esparcimiento con la calle,
y le regalan macetas coloradas
y muchachas nuevas
con grandes ojos de timidez,
como gorriones que empiezan a volar solos.

Hay un canto
que viene de los sitios alejados,
o de los campos,
o del cielo,
que tiraniza la seriedad del alma,
y el cuerpo parece que se prolongara

en un deseo agudo,
como los rieles hacia el suburbio.

Octubre,
claro y sensual,
como un seno de mujer.

ANTONIO GULLO

ANTAGONISMO

Por una calle céntrica cruzabas...
En dirección opuesta de la tuya,
con un pintarrajeo tragicómico,
pasó una prostituta.
Clavó sus ojos agrios
en tu faz: escenario de ternura.
¡Cuánto odio en su mirada
sobre tu rostro de inocencia y luna!
La miraste hondamente,
dándole entera tu bondad desnuda,
como diciéndole: ¿No ves, hermana,
que no es mía la culpa?»

JUAN GUIJARRO

POEMA DE LA MUERTE

La muerte es nuestra muerte,
más bien que tú que sólo ya no eres
ha muerto aquel pedazo de alma
en que tú eras realidad.
Ausencia y casi olvido que se palpa
y hasta el mismo dolor que se evapora,
ese hueco que estuvo y nada colma,
esa inmovilidad ineludible
del último recuerdo, estatua trunca.

Todo vivir se torna ya imperfecto,
paisajes incompletos

donde no colaboran tus miradas;
lejanías inciertas
en donde nunca cantarán tus pasos.

Músicas como pájaros sin nido
que ya no encuentran al volar tu alma
segundos temblorosos,
huérfanos de un vivir que los realice,
y en el mismo silencio
falta el silencio tuyo.

Al alma mutilada por tu ausencia,
ni el mismo amor integrará de nuevo:
colma el sol, mas no allana los abismos.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

EL DOMINGO SIN MOLLY

El domingo sin Molly es un domingo largo
como una serpentina tirada con desgano.
Este guardián de plaza que masca lejanías
como puchos y deja escapar de la mano
al ángel de la tarde, niña de toboganes.

Si zambullo en un «coktail», naufrago en el hastío.
Acordeón del suburbio roció caña en mi pena,
saxofón del asfalto fué funebrero aullido.
De todos los balcones colgaron manos muertas,
crespones del amor ausente en el domingo.

Invalidez de ocaso como ronco organito,
¡mi querida ciudad! Y este domingo enfermo
tarima sin orquesta, caminos marchitados
en que uno parece marchar siempre a un entierro.

¡Este domingo irremediablemente largo!

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

MAÑANITA URBANA

Se ha vestido de fiesta la mañanita.
Olor a madrugada, fresca, leve.

Los caballitos de lecheros llenan el aire
con la música infantil de sus cascabeles.

En la plaza, el rojo surtidor de nafta
es un malvón entre la fronda verde.

ANGEL GUIDO

CANCION DE AMOR CALCHAQUI

Añurita ella
la de mi querer,
ni la flor del aire
es como ella es.
Tiene un nombre dulce
como agua de lluvia:
Amancai se llama,
le dicen la Ñusta.
Es fresca como una
tinaja de barro,
y humilde lo mismo
que una cruz de palo.
¡Achalai, los ojos!
¡Achalai, la boca!
¡Achalai, el pelo
de mi novia coya!
Cuando sea su día,
tocando mi cuerno,
con mis seis llamitas
bajaré del cerro.
Cargaditas todas
con doce petacas

de albahaca y espliego,
de cobre y de plata,
de flores del aire
y de lechiguana,
de queso y quesillo,
de arrope y añapa.
Y a más el regalo
de mi tamboril,
de mi quena india,
de mi yaraví...
Y a todas las gentes
que salgan a verme
les iré diciendo
cómo es que me quiere,
cómo es que la quiero,
cómo nos quisimos;
que pronto andaremos
buscando padrinos,
y una casa blanca
cerquita del río,
cerquita del cerro
y lejos del ruido;
para que la miren
estos ojos fieles,
para que la toquen
estas manos fuertes,
y para que lata
con su corazón
este pecho mío
con sangre de sol.

Añurita ella,
la de mi querer,
ni la flor del aire
es como ella es.

RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ

L I E D

El sol es como un platillo,
ebrio a fuerza de martillo,
polichinela que corre
a suicidarse en la torre.

Oigo tu infancia lejana,
rosa azul de la campana,
la sombra de ayer asoma
su ala fresca de paloma.

Ya tu cementerio es
un tablero de ajedrez.
Abajo la gente fuma
su cigarrillo de bruma.

Hasta tu oreja he subido,
¡oh, torre!... por un descuido.
Antes cantaba un poema
que era un humo de alhucema.

Ahora voy al arrabal,
acordeón de Carnaval.
El cielo plégase sobre
su velería de pobre.

Mujer, no quiero perderte;
el árbol me desmenuza;
lo desconocido cruza
en los coches de la muerte.

Mi pena, dragón inmenso,
me sigue por donde pienso,
y la noche me proclama
en el bello y en la llama.

Me voy, me voy, tengo frío,
escaparate del río.
Ya bostezan las esquinas;
poeta, dime, qué opinas.

Rueda el fragor como un tacho
lejano y sucio de greda.
Mi sombra es como un borracho
acostado en la vereda.

EDUARDO KELLER SARMIENTO

TARDE A SOLAS

Vacía la casa donde tantas veces
las palabras incendiaron los rincones.

La noche se anticipa en el piano mudo
que nadie toca.

Voy a solas desde un recuerdo a otro,
abriendo las ventanas
para que tu nombre pueble
la mísera quietud de esta tarde a solas.

Ya nadie inmoviliza las horas largas y cerradas
a toda dicha mía.

Y tu recuerdo es otra casa
grande y quieta
por donde yo tropiezo sola.

Y mis latidos forman una hilera de pisadas
que van desde su puerta hacia el olvido.

NORAH LANGE

MELODIA DEL ALMA QUE DIVAGA

¡Qué vago es este mundo de sombras y reflejos!
Estoy ausente y solo, como en un largo viaje,
mientras mi cuerpo ocioso se ha quedado allá lejos
y silenciosamente caído en el paisaje.

Nada le importa al alma de haberse despojado
de su envoltura; pero su melodía es triste;
no es la nostalgia honda de lo que se ha dejado:
es la tristeza suave por lo que ya no existe.

¡Qué vago mundo es este! Mi cuerpo está allá abajo,
y esto que soy es ritmo que vaga en el ambiente;
no sé por qué regiones desconocidas viajo,
ni cuánto ha transcurrido desde que estoy ausente.

ROBERTO LEDESMA

VILLANCICOS DEL AMOR IMPURO

Dedos: anclaje del deseo;

para mi ansiedad,
gomero del tiempo.

Me duelen los tatuajes de besos antiguos,
y para contener tus cabellos
continuados de un vacío eléctrico
son estériles mis manos.

Se han alargado tanto las caricias,
que ya son ademanes de desesperación;

en el umbral de tus ojos
me espera un llanto absurdo como una partida;

¡quiero hacer arder un bosque de palabras
con el chisporroteo creciente de mi risa!

Precisamente para cegar los claros pozos
de esa alegría
que te hace sollozar insistentemente,

el deseo calmado te deja aburrida
como una lluvia;

todos los caminos de tus canciones
anochecen bajo un sueño sin luna.

A pesar de que aún te aclama
el hueco de la almohada,
estoy en pleno amanecimiento
de un recuerdo que no es tuyo.

Ausente de mí mismo
iré por esta calle, que es distinta
a la que nombra mi corazón.

Aburrido y solo como un hombre.

PETIT DE MURAT

NOCTURNO DE LOS SUEÑOS INFANTILES

En la noche he deseado, distendida la mesa,
sobre los duros brazos apoyar la cabeza

y quedarme dormido como si fuera un niño.
Tener un dulce sueño como un viejo cariño,

en que pasen cantando parejas de soldados,
en que vuelen estrellas y pájaros dorados.

Ya se fueron los tiempos de la niñez florida,
donde nuestra cabeza se quedaba dormida.

junto a la dulce lámpara en un sitio cualquiera.
¡Oh, si Dios me dejara soñar lo que quisiera!

HORACIO REGA MOLINA

ALABANDO LOS BUENOS CIELOS

Mi destino, que es ávido como boca en pasión,
los cielos saborea. Goloso de horas soy.
Posesión he tomado de esta lenta mañana.
Le enciendo mi silencio cual una luminaria.
Es nueva risa de ángeles su luz jugosa y blanda,
que me perfuma y limpia como una devoción.
Se calienta de pájaros el ambiente, y de sol.
De todas partes vino mi ser a este milagro.
Las formas son conciencias de eternidad, aclamo.
Un pecho tengo, y labios para elogiar andanzas.
La dicha exprimo como se exprime una naranja.
Por los tréboles busco la luna ya caída...
Aire tibio y elástico, cual un cuerpo de china.
Aurora, yegua joven. La vida toda blanca.
Sagrada y plena como las ubres de una vaca.

CARLOS MASTRONARDI

¡ O H , C A S A !

Mi casa es blanca y llena de ventanas;
tiene un jardín muy grande y una pequeña huerta:
lirios y rosas, peras y manzanas...
Rebaños y hombres llegan a su puerta
y entran si tienen ganas.

SOLEDAD Y LLUVIA

Aguacero de verano...
dulce agüita, dulce agüita,
agüita que me sorprendes
¡ay! sin mi compañerita.

Sigue cayendo en mi techo
lluvia dulce, lluvia fina...
¡Era sólo por poner
su cara junto a la mía!

DOMINIO

Día y noche a tu lado, y poco a poco
tu alma se va adueñando de mi alma.
Eres como una orilla inmóvil y porosa...
Yo soy un agua deliciosa y lánguida.

FERNÁNDEZ MORENO

MIS PRIMAS, LOS DOMINGOS

Mis primas, los domingos, vienen a cortar rosas
y a pedirme algún libro de versos en francés.
Caminan sobre el césped del jardín, cortan flores
y se van de la mano de Musset o Samain.

Aman las frases bellas y las mañanas claras.
Una estatua impasible las puede conmover.
Esperan la llegada de las tardes de otoño,
porque, tras los cristales, todo el oro se ve...

Y vienen los domingos a cortar rosas... Saben
que el eco de sus voces para mí grato es.
Entre las hojas quedan sus risas armoniosas;
ellas seguramente se ríen sin saber

Mis primas, cuando llueve, no vienen. Dulcemente
aparto los capullos que el viento hará caer;
hago un ramo con ellos y pongo bajo el ramo
un volumen de versos de Musset o Samain.

FRANCISCO LÓPEZ MERINO

POEMA SIN TITULO

En una tierra que amansan potros de cinco años,
el olor de tu piel hace llorar a los adolescentes.

Yo sé que tu cielo es redondo y azul como los huevos
y q'tus mañanas tiemblan [de perdiz
gotas pesadas de la flor del mundo.

Yo sé cómo tu voz perfuma la barba de los vientos.

Por tus arroyos, los días descienden como piraguas.
Tus ríos abren canales de música en la noche,
y la luna es un papagayo más entre bambúes
o un loto q'rompen a picotazos las cigüeñas.

Es un país más casto que la desnudez del agua;
los pájaros beben en la huella de tu pie desnudo.

Te levantarás antes de q'amanezca,
sin despertar a los niños y al alba, q'duerme todavía.

El cazador de pumas dice q'el sol brota de tu mortero
y que calzas al día como a tus hermanitos.

Pisarás el maíz a la sombra de los ancianos,
en cuyo pie se han dormido todas las danzas.

Sentados en cráneos de buey,
tus abuelos fuman la hoja seca de sus días;

chisporrotea la sal de sus refranes
en el fuego creciente de la mañana.

(Junto al palenque, los niños
han boleado un potrillo alazán...)

En una tierra impúber desnudarás tu canto
junto al arroyo de las tardes.
Tú sabes algún signo para pedir la lluvia
y has encontrado yerbas que hacen soñar.

Pero no es hora; duermen
en tus pies los caminos.

Y danzas en el humo de mi pipa,
donde las noches arden como tabacos negros...

LEOPOLDO MARECHAL

EL GRILLO

Música porque sí, música vana
como la vana música del grillo;
mi corazón eglógico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.

¿Es este cielo azul de porcelana?
¿Es una copa de oro el espinillo?
¿O es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana?

¡Qué bien suena la flauta de la rana!
Pero no es son de flauta: es un platillo
de vibrante cristal de a dos desgrana

gotas de agua sonora. ¡Qué sencillo
es a quien tiene corazón de grillo
interpretar la vida esta mañana!

CONRADO NALÉ ROXLO

CANCION DE AMOR

Gleba de mi orgullo que horadó tu presencia
—amante mía y obscena y «tota pulchra»—,
de mi raíz de macho despliego mis asombros
al verme encadenado a tu ignorancia grave...

Arpón en que crujieron mis vértebras quebradas
—los besos que se han muerto cansados de plagiarse—,
tu carne se agolpaba a mi inconstancia,
bloqueando los caminos de la bellaquería...

Yo me iba al vicio por una calle ancha,
hozando presuntuoso su barro de misterio,
y tú erguiste las columnas de tus muslos alfabetos
y me hiciste hombre...

Te canto con aullidos que viriles sinfonizan
—amante mía y obscena y «tota pulchra»—,
al Zonda de mis ansias flamean tus cabellos
(Victoria de Samotracia
y sin cabeza).

Pero yo tengo muchas, muchas cosas que decirte,
y tengo mil sarcasmos y mil murciélagos tuertos
rozando las estalacmitas que blanquean mi cráneo...
Yo tengo que decirte muchas cosas:
con mucha rabia antigua alfombraré tu paso,
con mucho mal de ausencia produje tu neuralgia
y seré feliz cuando mi rencor de macho
obstine su queja en la carie de tu dentadura...

¡Te amo hasta el dolor físico!
Hasta la total anulación de mi hipocresía ciudadana,
y sé que estoy desnudo ante tus ojos,
viril como un avión que ametralla los romanticismos
de los cirrus mortecinos
en los cielos de poesía.

Y te repliego hacia mi boca como un gamo perseguido,
y te tengo así, mansa y doliente y fragante, y gozo en
[mi triunfo,
y vuelto el que todo lo sabe, cernido a mi victoria,
despliego mis rugidos,
mi viejo rencor de cachorro somnoliento,
despertando en un mordisco...

NICOLÁS OLIVARI

CREDO

Creo en la luz, que es pura, y en la tierra,
y en el agua, que es casta, y en el sol,
y en la sombra cordial que se derrama
con la dulzura de tu corazón.

MI MADRE

Nos dió con toda el alma, como el árbol da ramos
y como el nido pájaros, y ahora, sin querer,
llora cuando nos tiene, llora cuando nos vamos
y llora de alegría cuando nos vuelve a ver.

JOSÉ PEDRONI

ELOGIO DE LOS ALBAÑILES ITALIANOS

De pie sobre el andamio, en tanto hacen la casa,
cantan los albañiles como el pájaro canta
cuando construye el nido, de pie sobre la rama.

Cantan los albañiles italianos. Cantando
realizan las proezas heroicas estos bravos
que han llenado la historia de prodigiosos cantos.

Hacen subir las puntas de agudos rascacielos,
trepan por los andamios, y en lo alto sienten ellos
que una canción de Italia se les viene al encuentro.

Más líricos que el pájaro son estos que yo elogio:
el nido que construyen no es para su reposo,
el techo que levantan no es para sus retoños...

Ellos están haciendo la casa de los otros.

GUSTAVO RICCIO

TIERRA NUEVA

Quise cantar, América, tu gaucho,
tu pampa y tu guitarra;
pero me vine atrás con el intento
porque ya de este elogio estás cansada.

Me enternece pensar más en la forma
de corazón que tienes en el agua,
o sintiendo los golpes de latido
que produce tu nombre en mi garganta.

Cuando era yo niño yo pensaba: tierra
que eres roja también como en el mapa,
y lo miraba absorto como un monje
frente a un sangrante corazón de estampa...

Y hoy te miran así
los que detrás del horizonte de agua
sueñan sólo el rincón de una bodega
para venirse a ti con su esperanza.

¡Tenebroso rincón
donde cuelga el dolor su telaraña!

¡El añoso dolor del emigrante
que dijo adiós al sol de su montaña!

Subir al barco, darse vuelta y ver,
con los ojos vendados de nostalgia,
que una parte del alma, todavía,
no ha comprendido que el patrón se marcha...

Y anda aún recorriendo los caminos;
sobre el arado, todavía canta;
pero luego se vuelve pequeñita
y brillante rodando por la cara...

Luego el mar y la noche. El infinito.
Y el barco es un fantasma
que recoge su miedo en las cadenas
y en las uñas desnudas de las anclas.

(Muchos hombres se duermen en la proa
para llegar más pronto y no ver nada...
Y en el hilo de humo que se vuelve
desertaron, quizá, sus pobres almas.)

JOSÉ SEBASTIÁN TALLÓN

INSTANCIA A LA ACCION

Con pañuelos de luna pretendimos
enjugar las tinieblas del mundo.

Y la única sangre que agitó nuestras almas
fué la sangre encendida de los altos crepúsculos.

Hubo silencios hoscos; percibimos
latir el recio corazón del tiempo
en las cajas de níquel de los despertadores,

y cuando fuimos a clamar, el sueño
nos agotó el tiraje de miradas
y apagó nuestras voces.

Nuestros fósforos líricos en la cósmica noche
consumieron tan sólo tajaditas de sombra.

Pero pronto las brujas de la desesperanza
nos brindaron los besos de sus álgidas bocas.

Todos tuvimos
un gran amor que fracasó en silencio.

Basta ya de canciones trasnochadas,
como manos de novia abandonemos
las inútiles fiestas de palabras,
y ágiles, decididos, pujantes, enérgicos,
en las trincheras—tierra labrantía—
echemos la simiente de los rojos días nuevos.

CÉSAR TIEMPO

PALABRAS QUE SE BUSCAN

Las tardes tienden sus paisajes sobre las colinas
como las mozas de tu casa su ropa limpia sobre las [azoteas.

Olorosa de salud como las noches de las panaderías.
Rica de humedades contagiosas y florecidas.
El corazón enmarañado como los cercos de mi huerta.
Hecha para el amor a semejanza de esas palabras que
sin saberse por qué vienen... [vienen

¡Te quiero, vendimiadora de mi ternura!
Cuando esta misteriosa faena de mi vida
adquiera los predios de sus plenitudes,

tú serás mi terrateniente,
mi mayordoma fidelísima
en esta mayordomía
de los instintos florecidos,
amplios y felices.

Palabras que se buscan:
¡eso somos tú y yo!

RICARDO TUDELA

RETRATO

El sol adentro, apenas en los ojos
se burla del encierro de su forma,
porque está en toda ella como el presentimiento
de dulzura en la fruta que el deseo demora.

Al andar el camino de evocarla,
siempre se me retarda la memoria,
dormitando la siesta de su carne morena
o repitiendo el verso de su forma.

Cuando teme el recodo de las noches y cree
que el olvido la acecha al doblar en la aurora,
desea entre sus manos mi presente
para tardarlo en besos a través de las horas.

Y cuando sabe cierto mi cariño se marcha
más allá de las cosas,
si la traigo en mi voz retorna a su silencio
y desde allí me tiende su mirada amistosa.

Pura como la vida
en las horas desnudas de la aurora,
su nombre siempre está junto a la tarde,
su ausencia es como el agua que murmura en la som-
[bra.

ANTONIO VALLEJO

CAMINO PARA LA SONRISA DE UNA MUCHACHA

Han llovido tus ojos chaparrones de pájaros
en el patio redondo de mis días sin árboles.
Has mecido las horas en tus brazos de copla
y es tu nombre su alegre sonajero de plata.

En el aula del alba tu voz ha puesto cátedra,
han urdido tus manos una tela de música
y en los campos en flor de tu dócil palabra
pacen los recentales con los morritos húmedos.

Con tu paso más leve que las plumas del aire
has techado las sendas que sangraban al sol.
Llegarás al bautizo del lucero más rubio
con un grano de sal en un pico de alondra.

He teñido mi vida con color de futuro
y soy una bandera todavía sin mástil.
Cuando lleguen mis días te ceñirán los muslos
y en las parras maduras que vendimia la tarde
harán nido tus pájaros sembradora de lunas.

AMADO VILLAR

EL GRANADERO MUERTO

Angelita, tú coses, y tú bordas, Juana,
y tú, Gabriel, que sabes hacer de carpintero,
unas el atavío y el otro la peana,
haced que resucite este buen caballero.

Con su corcel murióse en batalla campal.
¿Y quién le despintara las botas y el jubón
sino el Gran Capitán,
el capitán de barbas azules y dorado galón?

El tenía la cara toda rosa y tenía
una novia: María,
y también tenía una casa y un huerto
el granadero muerto.

Durante los descansos
cuidaba las gallinas, los patos y los gansos,
y curaba el jamón y el tocino.
Le decía a su madre: «Esto anda bien, mamá.»
Y tomaba su copa de vino.

Pero he aquí que ahora el caballito overo
y el buen granadero
en un rincón están...
todos empolvados y con telarañas ya...

De noche los ratones pasan por sobre ellos
con sus pasos menudos y sus cuerpos de estaño.
¿Quién no ha oído en la noche suspirar al granadero?
¿Quién no ha oído el bufido ronco de su caballo?

Cuando la luna entra e ilumina el altillo,
el buen granadero se siente remozar...

Ve su madre, su huerta, el peral y el membrillo;
oye para el almuerzo afilar un cuchillo,
y con María se quisiera casar.

Angelita, tú coses, y tú que bordas, Juana,
y tú, Gabriel, que sabes hacer de carpintero,
unas el atavío y el otro la peana,
haced que resuciten caballo y caballero.

PEDRO JUAN VIGNALE

DEL LIBRO «HOMBRE»

XXII

Con cariño y con pena
me recibieron todos en tu casa;
no quise preguntarles la respuesta
que el ambiente y tu ausencia anticipaban.

La puerta prometía por instantes
tu imagen adorada.

(¡Verte sólo un segundo
recitando la excusa preparada!...
¡Verte sólo un segundo
para colmar de luz tanta desgracia!)

Y no se abrió la puerta
durante la velada.
¡Y no se abrió la puerta!
Yo no sé si mis ojos la dejaron clavada.

CARLOS VEGA

COPLAS

Yo, con harina de ideas
y levadura de imágenes,
amaso pan: es mi estética.

Antes de morir la rama
—¡costumbre de florecer!—
da su última flor: ¡la llama!

¿Que el silencio es oro? Sea.
Sea, aunque más que el silencio
vale una palabra buena.

La verdad es una higuera...
¿Puede dejar que se apague
siendo como eres leña?

ALVARO YUNQUE

B R A S I L

IN EXTREMIS

¡Nunca morir así! ¡Nunca morir en un día
así, de un sol así!
¡Tú, desgreñada y fría,
fría! Puestos en los míos tus ojos mojados
y apretando en los tuyos mis dedos helados.

¡En un día así, de un sol así! Así: la esfera
toda azul, en el esplendor del fin de la primavera.
Mariposas tontas de luz cortando el firmamento.
Niños cantando. En flor la tierra toda. El viento
desflorando rosales, sacudiendo arbolados...

Y aquí dentro, el silencio. ¡Y este espanto, este
[miedo!
Nosotros dos, y entre los dos, implacable y fuerte,
separándome de ti cada vez más, la muerte...

Yo, con un frío creciente en el corazón, tan lleno
de ti hasta en el horror de su postrer anhelo.

Tú, viendo retorcerse, amargamente,
la boca que besaba, esa tu boca ardiente,
la boca que fué tuya.
Y yo muriendo. Y yo muriendo,
viéndote y viendo el sol, y viendo el cielo, y viendo
tan bella, palpitar en tus ojos, querida,
la delicia de la vida, la delicia de la vida.

OLAVO BILAC

CIGARRA DE FUEGO

Mi voz lleva brillos de láminas
a tus silencios.
Soy la suprema tentadora;
en mi forma intangible materializo el pensamiento.
Pasaré por tu vida
como una idea por un cerebro,
dándome toda sin que me poseas.

Guardo conmigo los sentidos de tu hermosura;
téngote en mí en radiosidades,
ámote porque me miras, desde tus brumas,
con la fisonomía de mis sentimientos...

Tal vez otros brazos enlacen tu busto,
tal vez otros labios murmuren palabras líricas
a tus oídos;
tal vez otros ojos se abismen en los tuyos...
Ahora y siempre serás apenas
el mundo por mí descubierto,
el tesoro por mí desenterrado,
el hombre que mi amor despertó
de la inmovilidad de tu subconciencia.

Lejos de mí es la Belleza sin arte,
la Poesía sin palabra.
Lejos de mí sé que no te encuentras,
sé que procuras, inútilmente, coger tu yo
en el cristal de otras almas,
porque te falta el fiel espejo
de mi extraña sensibilidad.

¿Por qué no vienes mi estatuario de voluptuosidad?
Hay en mí líneas imprecisas de deseo
que tu cariño debería modelar;

tus manos milagrosas prestarían expresiones inéditas
a mi cuerpo maleable.

¿Por qué no vienes? A tu venida
se cerrarán mis labios,
mis brazos
y mis alas...
Quedarás en mí
ensimismado,
en lo más hondo de mi ser,
que es tu sombra...
Quedarás en mí
como la visualidad
en mis pupilas
cerradas
para el sueño...

GILKA MACHADO

INTERIOR

Poeta de los trópicos, tu sala de yantar
es simple y modesta como un tranquilo pomar;

en el acuario transparente, lleno de agua limosa,
nadan peces bermejos, dorados y color de rosa;

entra por las verdes persianas una polvareda lumi-
[nosa,
una polvareda de sol, trémula y silenciosa;

una polvareda de luz aumenta la soledad.

Abre tu ventana de par en par. Allá afuera, bajo el
[cielo de verano,
todos los árboles están cantando. Cada hoja
es un pájaro, cada hoja una cigarra, cada hoja
es un son...

El aire de las chacras huele a hierba azucarada,
a hierba pisada, a vainilla, a matorral caliente
y ahogado.

Poeta de los trópicos,
dame en tu vaso de vidrio colorido un sorbo de agua.

(¡Cómo es lindo el paisaje en el cristal de un
vaso de agua!)

RONALD DE CARVALHO

LAS MULTITUDES

Las multitudes, alucinadas,
tiemblan de angustia enorme. Es el poniente de oro.
Brazos que se retuercen. Duras manos crispadas
cavan la tierra, alucinadas,
en busca de un oculto, intagible tesoro.

Las multitudes, desesperadas,
en la ciudad, fantástica, en tumulto,
ruedan como ondas en turbión.
¡Palacios de dolor vergüen su extraño culto!
Las calles son corrientes humanas, agitadas
al viento loco del deseo y la ambición.

Las multitudes—¡tan desgraciadas!—
gimen por todo el orbe. ¡Y qué amargura!
¡Qué tremendas oleadas
serán un día, desencadenadas,
para vengar la enorme angustia obscura!

Pero viene la noche, el suave y dulce instante.
¡Oh, el suspiro de alivio
de las multitudes resignadas!

¡Oh, el suspiro de alivio,
inmenso, inmenso!
Yo siento cómo invade la noche palpitante,
va subiendo en la noche el sollozar...

¡Y a mí, que solitario sueño y pienso,
va llegando sereno, sollozante,
del fondo de la noche palpitante
y el corazón me llena como una luz lunar!

TASSO DA SILVEIRA

I

La noche se divide para que aparezcas,
y prolongo tu presencia entre los sueños cortados.

Veo que a lo lejos el cielo camina,
las montañas respiran la luz de las estrellas,
y en la ausencia de los hombres
el tallo del tiempo sube silencioso...

Sobre la noche, que resbala,
te conservo inmóvil entre mis ojos y la vida.

En mi pensamiento reconozco campos extensos que
[se abren
y escucho las lágrimas germinando subterráneas...

¡Ah! Mis sonrisas murieron al florecer tristezas an-
[tiguas.
Cómo te he de recibir en este día tan posterior.

II

Mis palabras son la mitad de un diálogo obscuro,
continuado a través de años y años imposibles.

Ahora comprendo el sentido y la resonancia
que tan bien traes de tan lejos en tu voz.

Nuestras preguntas y respuestas se reconocen
como los ojos dentro de los espejos.

Nos hablamos desde los extremos de la noche
como desde playas opuestas.

Un mar de estrellas se balancea entre mi pensa-
[miento y el tuyo.

CECILIA MEIRELLES

LOS GITANOS

Cuando los gitanos llegaron a la aldeíta,
la aldeíta dormía
el sueño dulzón de la madrugada.

Entonces los gitanos tocaron los panderos,
danzaron,
cantaron...

La aldeíta abrió los ojos y vió a los gitanos.

Los gitanos descubrieron en las líneas de la mano de la aldeíta
que ella era la ciudad más feliz del mundo.

La aldeíta quedó muy agradecida.
Dió todo lo que tenía a los gitanos.
Y el resto, los gitanos lo robaron.

Pero la aldeíta quedó rica de felicidad.

JORGE DE LIMA

MAÑANA

Belleza simple de la mañana
con gallos marciales en uniforme de gala,
un pompón
bermejo en el kepí,
tocando el clarín de plata que estalla
alto, en el aire blanco...

¡Tralalá!
Y las bolas de agua.
¡Rataplán-plan-plan!

El rebuzno batiendo la atmósfera estirada
como piel de tambor.
Y las puntas erectas
de los peines de las palmeras
como bayonetas
perfiladas, brillantes.

¡Mañana de parada!

Todo nuevo, todo limpio. ¡Todo marcha!
¡Un, dos!
¡Un, dos!
¡... para la vida!
¡Linda caja
de juguetes!

¡Mañana, día del año del mundo!
¡Mañana, infancia!

¡Ah! ¡Mis soldaditos de plomo!

GUILLERMO DE ALMEIDA

TARDE DE LLUVIA

Llueve, lluvia, está lloviendo,
que la ciudad de mi bien
estáse toda lavando.

Señor,
que yo no quede nunca
como ese viejo inglés
ahí del lado,
que duerme en una silla
esperando visitas que no vienen.

Llueve, lluvia, está lloviendo,
que los jardines de mi bien
estánse todos limpiando.

La lluvia cae,
cae de bruces,
la magnolia abre su paraguas
parasol de la ciudad
de Mario de Andrade;
la lluvia cae,
escurren las goteras del domingo.

Llueve, lluvia, está lloviendo,
que la casa de mi bien
estáse toda mojando.

Anochece sobre los jardines.
Jardín de Luz.
Jardín de la plaza de la República,
jardín de los platanares.

Noche.
Noche de Hotel.
Llueve, lluvia. Está lloviendo.

OSWALDO ANDRADE

ORACION

La puerta se abre para el mundo claro.

Misterio de este árbol bondadoso...
Arbol:
cosa ruda y perfecta, agarrada a la tierra,
palma abierta en el cielo, raíz en la tierra.

Palpo la corteza del tronco,
mi mirada goza en la danza aérea del follaje.

Arbol:
mira a tus pies el hombre de las pupilas inquietas
y de las manos que no paran,
vertical y andariego él mide el mundo:
su mirada abarca la curva del azul.

¡Enséñame a brotar!
Enséñame a enraizar,
a quedar en la contemplación de la misma sombra
[satisfecha.
Enséñame a subir, subir a mí.

Claro, profundo quiero mi destino:
que yo sea una fuerza tan bondadosa y alta

como este árbol verde esparcido en el azul...
¡Erguir los brazos bien alto y gritar mi amor!
(Cada palabra sea un nido sobre el dolor.)

Nací al medio día, cuando las sombras morían,
y las cigarras cantaban bebiendo el sol.
Mas tengo pena de la sombra.

Que yo sea una fuerza tan profunda y tan humilde
como la raíz de este árbol agarrado al suelo.

AUGUSTO MEYER

UN CANTO EN EL SILENCIO

En el silencio quieto,
en el luminoso silencio que me cerca por todos los [lados
y parece hacer parte del paisaje de apartados hori- [zontes,
el canto distante de un gallo de garganta argentina
fué un pedazo de cristal tirado en medio de las aguas [inmóviles de un lago
que quedó ahora más quieto,
después de los círculos enormes que se formaron en [su espejo
se fueron alargando cada vez más,
y se apagaron...

SINCERIDAD

Yo no quiero ser un agrupador de palabras,
un combinador de sonoridades vacías...

Cuando el ala de seda, mensajera de la belleza,
venga a rozar con un beso mi frente,

ordenando que hable,
que yo no sea tentado de jugar con las sílabas can-
[tantes
de una palabra sin sentido...
Que yo quede mudo,
envuelto en la grave sinceridad de mi silencio.

LACERDA PINTO

HISTORIA DEL ARCO DE LA VIEJA

La Iglesia de Nuestra Señora del Buen Viaje
(¡qué lindo nombre para un barco de vela!)
fué construída en mil setecientos sesenta y cinco
por orden del señor Capitán Mayor de las Minas,
para los pueblos de Curral de El Rey.

En esta iglesita de ventanas verdes yo me bauticé.
En el mes de María adornábase la nave con hojas de
[mango,
y las chiquillas de blanco cantaban en coro:
«En el cielo, en el cielo con mi madre estaré...»

En 1925 el señor Director de Obras
mandó derribar la Matriz del Buen Viaje
(¡qué lindo nombre para un cementerio!),
y construyó en lugar de ella
una Catedral gótica último modelo.

Yo allé que era tontería,
mas el pueblo de Minas dice que es progreso.

ALFONSO ARINOS SOBRINO

POEMETO MATINAL

El aire de la mañana besa mi cara,
y mi alma besa el aire leve de la mañana.
Miro el paisaje lejano de la ciudad
que blanquea alegremente a lo lejos;
que sonríe humanamente,
una sonrisa blanca en el tumulto de sus casas,
que trepan los flancos de las colinas azules y dis-
[tantes,
y miran por los ojos encarnados de las ventanas.

Las siete. Va a comenzar la función.
El despertador de las sirenas agujerea líricamente
el silencio dorado de la mañana.
Parece que la vida despierta ahora por vez primera
y se restriega los ojos deslumbrada.

Mi «Ford» abejea dentro de la manana,
y sube la vieja calle de mi barrio,
cabrioleando, bufando, fumando gasolina.
Mi «Ford», al cabriolear en los agujeros de la calle
[descalza,
es un cabrito negro y prodigioso.

El aire leve de la mañana besa el radiador
y besa mi cara.

La infantilidad de todo mi ser
asciende en la nubarra dorada de la mañana.

ABGAR RENAULT

LA CIUDAD INOCENTE

Construí mi ciudad y mi espíritu mora en ella,
y pasea entre sus canales adormecidos,
y en sus calles que son otros canales alegres
por donde corren ondas de gente jovial y buena.

Esta ciudad fué edificada junto a las labranzas,
y nunca ambicionó casas de más de dos pisos,
y convive familiarmente con sus palomas domesti-
[cadas.
Y no se avergüenza de sus vehículos tardos y rústicos
que pasan cargados de cereales y de forrajes;
ni de los bueyes lentos, inmutables y bíblicos
que ayudan al hombre a cargar las cosechas.
Ni de los hombres de ropas sudosas y groseras
que ofrecen ojos mansos, y frutas y hortalizas.

La ciudad que construí nunca se inquietó,
sino por coger la neblina que refresca sus plantas.
Es tan inocente
que danza y canta en la danza de sus chiquillas.
Yo sé de otras ciudades que se ríen de ella
porque ella no se espanta de sus vehículos simples,
de sus labranzas vecinas, de sus toros peleadores
y de sus hombres fuertes que huelen a campo y leche.

Yo sé de otras ciudades, rumorosos y poderosas
y del perfume que las envuelve,
y de la voluptuosa locura que las asalta.
Mas yo amo la mía y sabré protegerla
de la ironía afrontada de esas otras ciudades
con la inmensa fuerza de mi celo y de mi cariño.

WELLINGTON BRANDAO

INSTITUTRIZ

Igual que una institutriz.
la luna,
anémica y tonta,
lleva en hilera las estrellas
por el camino de la escuela.

CLARO DE LUNA

Moza a casar va la noche
—toda de blanco vestida—,
tirando perlas en el yermo
y oro menudo en la ermita.

TENIS

Los pinos abrieron hoy
raquetas de seda verde.
Juegan al tenis
y pierde,
estrellas el que más pierde.

BILLAR

Anda haciendo carambolas
el campanario de la ermita,
y ruedan las estrellitas
y en el paño verde de la ría.
Y en este hacer carambolas
el campanario
algarero
con la tiza blanca de la luna
va entizando el puntero.

JULIO SIGUREIZA

MUSICA DE SANDALIAS

Vamos:
aún has de ver las piscinas profundas,
los vasos de barro nuevo.
Aún has de ver muchachitas contentas,
traduciendo musicalmente el alma del pueblo,
caminando rápidas con música de sandalias.

Ese paisaje de suaves encantamientos,
que surge en tu memoria como lembranza atávica,
aún has de mirar con una emoción de realidad.

Beberás agua mansa en conchas morenas,
porque tus manos son cóncavas y tienen un sabor de
[bondad.

Y dentro de la claridad diluída aparece,
a través de los sentidos blancos, una impresión de
[carne moza.

Para mirar las vidas simples
despertará en ti, como un sentido histórico,
el sentido bíblico de las cosas adecuadas y castas.

Sentirás la voluptuosidad de morder
hojas verdes de tamarindos,
y tus oídos estarán penetrantes y finos
cuando a lo lejos desapareciera
la música de las sandalias nuevas.

BARRETO HIJO

LOS CARBONERITOS

Los chiquillos carboneros
pasan camino de la ciudad.
¡Eh, carbonero!
Y van pegando a los animalitos
con un látigo enorme.

Los burros son flacuchentos y viejos.
Cada uno lleva seis sacos de carbón de palo.
El crudo está lleno de remiendos.
Los carbones caen.

(Por la boca de la noche viene
una viejecita que los recoge,
doblándose en un gemido.)

¡Eh, carbonero!
Sólo estas mismas raquíticas criaturas
armonizan con estos burritos descaderados.
La madrugada ingenua parece hecha para ellos...
¡Pequeñita, ingenua miseria!
¡Adorables carboneritos
que trabajáis como si jugaseis!

¡Eh, carbonero!

Cuando regresan vienen
mordiendo un pan encarbonado,
encaramados en los jumentos,
apostando carreras,
danzando y bamboleándose en los aparejos,
como espantajos desamparados.

MANOEL BANDEIRA

GORDA

Esta chiquilla gorda, gorda, gorda,
tiene un pequeño corazón sentimental.
Su rostro es redondo, redondo, redondo,
toda ella es redonda, redonda, redonda,
y sus ojitos, allá en el fondo, brillando están.

Es niña y es joven. ¿Tendrá quince años?
Unas viejas amigas de su mamá
exclaman felices, con éxtasis largo:
¡Cómo esta chiquilla está gorda y bonita!
¡Cómo esta chiquilla está gorda y bonita!
Y ella ríe de placer... Su rostro redondo
esconde en el fondo el brillar de sus ojitos.

A veces, ante el espejo peinando su cabello,
piensa en las amigas de su mamá,
y también en el muchacho que la mira sonriendo
cuando ella por la mañana marcha a la escuela.
«¡El gusta de mí; soy gorda y bonita!»
Y los deditos gordos al peinar el cabello
tienen caricias ingenuas ante el espejo...

RIBEIRO COUTO

SOL

La alegría llena el mundo
y el alma de las mariposas.

Los árboles tienen sombras violetas.

En el jardín de esta plaza la luz florece entre las
[flores
y en diadema los follajes.

Hay músicas en el azul. Vuelan copos de colores;
en el agua del estanque el cielo estiliza las imágenes.

Se adormece el ruido...
Sólo la armonía alegre
de los pardales habla y quiebra
el silencio florido.

En las cimas, abierta, hay una amplia ala de gloria,
pura, pura...

La alegría llena el mundo. Hay niños en el césped,
y un sol joven que las ve con una grande ternura.
Un pequeño gabroche
canturrea feliz y otro ríe corriendo.

(Más lejos unos hombres van, en silueta oscura,
cargando un ataud y coronas en un coche
que se pone a caminar.)

La alegría llena el mundo
y hay en la luz tal dulzura,
¡tal dulzura final que es alegre morir!

MURILLO ARAUJO

BOLIVIA

MEMENTO POR EL CABALLERO DON FRANCISCO PIZARRO

Ay, señor Capitán don Francisco Pizarro,
tan cristiano y tan pérfido; tan pérfido y tan pobre.
No eres ya para el Inca el Pizarro bizarro;
de antimonio los ojos y las barbas de cobre.

Definitivamente solitario y enteco,
sin rodela ni yelmo, sin cruz ni gonfalones;
estirado y ridículo como un gorila seco,
con una alcanforada gorguera de algodones.

¡Con qué espantable gozo sus burlas muequearía,
troncada y rencorosa la cabeza de Almagro!
Esta es la momia escuálida del Capitán que un día
hizo brotar a tajos la rosa del milagro.

Si no hay Cozcos, ni Tumbes, ni Cajamarcas... nada
que discutir pudiéramos como aquel áureo disco,
frente al Crucificado jugaremos tu espada
para siempre tullida, Capitán don Francisco.

Se olvidaron los nombres de los «Trece del Gallo»
—insomnes gerifaltes tras el tímido buque—,
y del trote atronante que trotó tu caballo,
y del hierro de Soto y del cofre de Luque.

Tendieron tu osamenta teñida de amarillo
ante el ingenuo voto de una flor y una cera;
¡mejor dieran de nuevo los puñales su brillo!,
¡mejor los viejos lauros para tu calavera!

¿Qué imperiales gargantas ceñirá tu manopla?
¿Qué Nustas violaremos debajo tus banderas?
Un ventarrón de siglos irremediable sopla
entre el fulgor insigne de las santas hogueras.

Disecadas tus águilas, te redujo el gusano
al marquesado irónico de esta capilla exigua...
Alza la fiera mano, mi señor, y tu mano
trazará desafíos como en la gesta antigua!

¡Marqués, hasta mañana! La tarde se hace in-
[quieta...
La paz está contigo... Nos veremos después
del tremendo ulular de la última trompeta...
¡No olvide la armadura, mi señor el Marqués!

ORACION

Por el alma del Capitán
Francisco de Pizarro van
nuestras preces y nuestros ramos.
Y aunque fué glorioso digamos:
¡Dios tenga en gloria al Capitán!

LUIS FELIPE LIRA GIRON

LA CASA VACIA

Retumba el aldabón
de la ferrada puerta,
y en la calle desierta
se encoge de pavura el corazón.

Nadie ha llamado, nadie.
Pero hay alguien
por quien los perros aúllan azorados.

La casa abandonada
de mucho tiempo atrás,
es hoy morada
¡de los murciélagos no más!

Espeluznante
cual oprimido aliento
de agonizante,
crispando los cabellos del viandante,
pasa un viento glacial que no es el viento.

GREGORIO REINOLDS

HABLA OLIMPO

Yo fuí el orgullo como se es la cumbre,
y fué mi juventud el mar que canta.

¿No surge el astro ya sobre la cumbre?
¿Por qué soy como un mar que ya no canta?

No rías, Mevio, de mirar la cumbre,
ni escupas sobre el mar que ya no canta.

Si el rayo fué, no en vano fuí la cumbre,
y mi silencio es más que el mar que canta.

FRANZ TAMAYO

MADRUGADA EN LOS ANDES

Tu nombre levantó el telón gris de la noche.
Detrás aguaitaba la alborada.

Pájaros entumecidos desenredan
la cabellera luminosa del alba con sus cantos.

¡El tren musita su insomnio frente a las montañas,
que se tragan, hambrientas, sus roncas señales de
[partida!)

Hoy ha amanecido en mi alma
—tu amanecer de sonrisas cercanas—

Ansiedad que despunta
sobre esta tristeza viajera que nos amarra los ojos,
y las manos.

Tu recuerdo—mujer—me aleja de mí mismo.

Y, en esta madrugada llena de emociones
y tristezas andinas,
tú sostienes, o tu recuerdo,
la desolación de los paisajes amanecidos.

Tú me alejas de todo por acercarme a tus brazos.
Mujer amada, tienes los labios encendidos de la ter-
[nura.

Para acercarme a ti se alejan las distancias,
o se quedan inmóviles a mis espaldas.

Hoy llorarán de amor los paisajes,
y se abrirán las flores al calor de nuestra ternura.

Y así anclaré en tu puerto, agitando
banderolas de júbilo.

Y mis ojos, grávidos de emociones viajeras,
retendrán tu sonrisa novia frente a mí.
¡Alegría!

OMAR ESTRELLA

ESQUEMA DEL ENTUSIASMO POR LA MUJER PROLETARIA

En tu sueño se alojan los inviernos, mujer proletaria,
y tus dolencias áridas cobijan las orquestsa de los
[vientos errantes.

Turistas de los paisajes ásperos de tus novelas.
Defiendes el silencio acurrucado en tu regazo,
bajo el presagio inmóvil de un sol sentimental.

La tarde te encuentra siempre situada en sus ale-
[daños,
viendo llegar el rumor vertical de las huelgas.
Todo el panorama imita entonces la piel de los coco-
[drilos
y empalidecen los ríos tropicales de la primavera.
Desmesurada el alma y las palabras sin fronteras,
frecuento el clima exaltado de tus pesadumbres.

Tú, que has visto nacer las ciudades
y crecer como plantas.
Tú, que has visto mudarse las lluvias
y llegar los veranos audaces a saltos.
Tú, que has visto viajar los inmensos anhelos
por entre equilibrios planetarios.

Mi voz colectiva te alaba, grande como la hipérbole,
sostienes la firmeza de las emociones proletarias,
y el color de las banderas.
Y en el cinema de los días y las noches,
cuando la música de los pájaros se descompone en
[el agua,
y los crepúsculos mueren de tristeza en las fraguas,
subes a encender lumbre hasta los corazones desha-
[bitados.

Por ti en la lejana Rusia se nublan las balalaikas
y en la América humean su melancolía las guitarras.
Mujer proletaria,
por ti los fusiles obreros dirán su canción un primero
[de mayo.

Deja que mis versos apoyen la frente en tu falda,
como todas las tardes el cielo,
mientras tus penas
por los ríos maduros de la revolución
descienden como piraguas.

OSCAR CERRUTO

C O L O M B I A

LA CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez, bajo otros cielos, la gloria nos sonríe,
la vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

Y hay días que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril, el campo que tiembla de pasión;
bajo el influjo próvido de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rutiles monedas tasando el bien y el mal...

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos
(¡niñez en el crepúsculo lagunas de zafir!...),
que un trino, un verso, un monte, un pájaro que cruza
y hasta las propias penas nos hacen sonreir.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el canto del pinar:

el alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también, ¡oh Tierra!, un día, un día,
en que levaremos anclas para jamás volver:
un día en que discurren vientos inexorables,
un día en que ya nadie nos puede detener...

PORFIRIO BARBA JACOB

ALABA A UNA PASTORA AMIGA DEL POETA

Eres fértil. Y eres igual que la temprana
flora de estas campiñas, donde el amor se ascendra
tu cuerpo en cuyo intenso despertar la mañana
sonríe, huele a sándalo y a geranio y a almendra.

No oyó flauta más clara la tarde montesina
que tu palabra, música donde ríe la innata
frescura melodiosa del agua cantarina
que arrastra sus nerviosos cascabeles de plata.

Tú, Cloe o Amarilis, has de amar las estrellas,
y en las noches del bosque van siguiendo tus huellas,
dirá un canto pretérito que tu nombre recuerde;

Soñarás junto al agua de los mudos remansos,
y un día, al tibio aliento de los ganados mansos,
te entregarás medrosa sobre la hierba verde...

GREGORIO CASTAÑADA ARAGÓN

INOCENCIA

Ella y él, dos rapaces que aún no llegan
a saber de apariencias ni decoro,
entre las ondas del trigal de oro
cual dos gorriones bulliciosos juegan.

En torno las espigas se doblegan,
llena el ambiente su charlar sonoro,
y libres, inocentes, sin desdoro,
a los caprichos de su edad se entregan.

¡Oh, qué inquietud, al fin desfallecidos
ruedan sobre las mieses y, rendidos,
respiran sudorosos, fatigados!

¡Del viento escuchan la apacible orquesta
y se adormecen en tranquila siesta
sobre los trigos por la luz dorados!

ALFREDO GÓMEZ JAIME

EGLOGA TROPICAL

¡Oh, sí que vida sana
la tuya en este rústico retiro,
donde hay huevos de iguana,
bollo, arepa y suspiro,
y en donde nadie se ha pegado un tiro!

De la ciudad podrida
no llega un tufo a tu corral... ¡Qué gratas
las horas de tu vida,
pues andas en dos patas,
como un orangután con alpargatas!

No en vano cabeceas
después de un buen ajiaco, en el olvido
total de tus ideas,
si estás desaborido
bajo un cielo que hoy tiene sarpullido.

Feliz en tu cabaña
madrugas con el gallo... ¡Oh maravillas
que oculta esta montaña
de loros y de ardillas,
que a tus voces contemplas en cuclillas!

Duermes en tosco lecho
de palitroques, sin colchón ni lana,
y así, tan satisfecho,
despiertas sin galbana,
refocilado con tu barragana.

Atisbas el renuevo
de la congestionada clavelina,
mientras te anuncia un huevo
la discreta gallina
que salta de un jolón de la cocina...

¡Quién pudiera en un rato
de solaz, a la sombra de un caimito,
ser junto a ti un pazguato
panzudamente ahito,
para jugar con tierra y un palito!

¡Oh, sí, con un jumento,
dos vacas, un lechón y una cazuela
—y esto parece un cuento
del nieto de tu abuela—,
siempre te sabe dulce la panela!

Y aún más, de mañanita,
gozas en el ordeño, entre la bruma,

de una leche exquisita
que hace espuma, y la espuma
retoza, murmurando, en la totuma...

¡Oh, no, nunca te vayas
de aquí lejos de aquí donde te digo,
viniendo de otras playas,
que sólo en este abrigo
podrás, como un fakir, verte el ombligo!

¡Y adiós! Que te diviertas
como un piteco cimarrón... ¡Quién sabe
si torne yo a tus puertas
—lo cual cabe y no cabe—
a pedirte una torta de cazabe!

Puesto que voy sin rumbo,
cual un desorientado peregrino,
que va de tumbo en tumbo
buscando en el camino
cosas que a ti te importan un comino...

LUIS C. LÓPEZ

SONETO

Cuando apagan los cielos su arrebol de verano
desfallece mi alma con la luz vespertina,
y al mugir de los toros en la loma vecina
me contagia sus viejas pesadumbres el llano.

Entre azules luciérnagas fosforece el pantano;
a mi diestra mi sombra vacilante camina,
y ante el santo lucero de la tarde se inclina
una palma en la ceja del poniente lejano.

Ya se quejan las ranas .. El paisaje se esfuma,
y en mi ser y en los campos va cayendo la bruma ;
sobre el cerro columbro de una hoguera el fanal,

y al sentir que algo inmenso y angustioso me llena,
lanzo un grito... Y entonces, compartiendo mi pena,
se remonta una garza del borroso jungal.

José Eustasio Rivera

C U B A

SI ES POSIBLE...

Me callaré, Señor... Irán mis pasos
junto a sus pasos
sin hacerle ruido...

Me encontraré sus ojos por las calles
y callarán mis ojos...
Si es posible.

¡Sólo mi corazón irá a buscarlo!
Se vestirá de niña,
con ramos de verbena,
y jugaré a sus plantas...
Si es posible.

¡Oh, Señor, haz que calle!
¡Que muera mi palabra en mis sentidos!
Que todo el blanco de mi vida sea
para él silencio
y alma...
Si es posible.

EMILIA BERNAL

DAMASAJOBA

Damasajoba, Damasajoba,
pelo brillante de ala de choba,
diana de bronce, verso africano.
noche y luceros carey cubano.

Damasajoba, Damasajoba,
ébano y luna, cedro y caoba,
himno insurrecto, caña y laurel,
río de sombra, paila de miel.

Damasajoba, Damasajoba,
la noche misma sombras te roba,
musa de extraño ritmo diverso,
bajo tus ojos fluye mi verso.

Damasajoba, Damasajoba,
lira de virgen, flancos de loba,
sueña en tus ojos negras panteras
en los desiertos de tus ojeras.

Damasajoba, Damasajoba,
en tu profunda noche se arroba
mi musa hambrienta de negras rimas,
nieva en remanso sobre las cimas.

Puente de palmas en forma de H,
sobre las noches de la laguna,
va tu belleza como azabache
deslumbradora bajo la luna.

Y al verte llena de luna antigua,
fiebre y cocuyos mi pasión loba,
grita las noches de la manigua:
Damasajoba, Damasajoba.

ALFONSO CAMIN

MEDALLON

En la calle del Olmo vive doña Merencia;
doña Merencia es suave, minuciosa, chiquita,
pálida y argentada; es una margarita
con su si no si no en perfecta inocencia.

Versos de Antonio Grillo, tiempos de la Regencia,
y esa dulce señora quieta en su ventanita.
Paz en la calle blanca, solamente le irrita
su hermano Luis, su eterno hermano de la paciencia.

Si ella afirma que es claro, él, tenaz, que es obscuro
—este don Luis que dicen—; mas ella es quien, seguro,
sabe cuándo en las Claras hay novena o función

y si ya recibieron seda las Pericanas...
Lleva al Cristo su vela, y todas las mañanas
oye, muy peripuesta, misa en la Concepción.

FRANCISCO IZQUIERDO

Y ESTA ETERNA NOSTALGIA

Y esta eterna nostalgia de las alturas, y este
atalayar eterno de cumbres intocadas
e inaccesibles, ¿cuándo
morirán en el alma?

¿Por qué si no podemos volar sueñan un vuelo
las alas ideales que se aferran al suelo
sangrando el vencimiento? Si humana podredumbre
somos, ¿por qué se irisan los ojos con la lumbre
celeste? Si en el viento

ha de perderse el verso como inútil lamento,
¿por qué nace en nosotros el verso? ¿Por qué ansiamos
esa chispa divina que nos prende el ocaso,
si ha de ser en las sombras de la noche que llega
la cineraria flama de su propio fracaso?

¡Alma loca que olvidas que la vida es yantar,
olvídate a ti misma y cierra las ventanas
que dan al sol y al mar!

JUAN MARINELO

1 9 2 7

Sobre el Volga
se ha helado el lamento.

Sueltan los bateleros
una jauría de carcajadas rojas;
las maromas son corbatas de la muerte;

un redoble de potros que no cabe en el cielo
estremece la piel de la tierra;
huracanes de cosacos
van despertando caminos;

en los mástiles de Kronstadt
flamean labios sangrientos;
un dolor milenario
habla en lengua de cañones;

el Krelim es un volcán de bronces;

el Tiempo
—cuasimodo ciego—
está repicando cataclismos.

¡Tiene espasmos de vientres en aurora la estepa ma-
[dura!

Vibra una selva de aullidos
en la garganta del viento:
es el tártaro que venga
todos los siglos hambrientos;

misa de frutos podridos
en el altar de las horcas,
coro de pólvora y sables
con balalaikas de hogueras.

La Historia arroja dioses
como cáscaras secas;

vuela polvo de símbolos rotos
entre negras pavesas de Zares;
sobre las Edades concluídas
ha pasado la esponja de la Nada.

Esta virgen la pizarra de las horas
resucita el hombre.

Pascua de la Utopía.

Se visten de novia las aldeas;
el mujik,
borracho de horizontes,
danza en torno del fuego de su clara alegría;

hay vodka de sol
en todas las islas.

Madre Estepa amamanta un capullo de Mundo;
la Tierra se ha puesto de rodillas.

ROLANDO MARTEL

EL AHOGADO

Su sed era infinita
y él corría gritando:
«El mar... ¿Dónde está el mar?
¡Yo quiero el mar!... ¡Me abraso!»
Al fin, al mar se fué...

¡Y el mar lo trajo
a la orilla, dormido
entre sus brazos!
Pronto acudió la turba,
y al mirarlo
voceó por todas partes:
«¡Un ahogado!... ¡Un ahogado!»
¡Y aquel hombre tenía
secos aún los labios!

EL LOCO

«Se ha perdido una estrella
en el fondo del mar,
y la voy
a encontrar.»
Así dijo. Sus ojos eran dos llamaradas
muy rojas,
y movía su cuerpo
con la espuma del mar entre la boca.
Los hombres se reían
al mirarlo pasar.
Y él exclamaba: «Cuando yo la encuentre
me la querréis robar,
porque también vosotros andáis buscando estrellas
en el fondo del mar.»

M. NAVARRO LUNA

CENTROAMÉRICA

CENTAVOS DE BIOGRAFIA

IV

Estoy un poco en cada vapor que parte
y en la infinita tristeza de una muchacha de veinte años
[que murió virgen.
La Aurora cada día, irremisiblemente, iza su estan-
[darte.
Sería romanticismo fotografiarme con un sol en la
ahora que soy joven [mano.
Amo la Aurora no sólo como símbolo.
Haz tu toilete viéndote en mis ojos,
Aurora de duras nalguitas sonrosadas.

V

Sádicamente enloquecido en la alegría
de ser yo todo una bandera de fuego
—como un escapado de los jardines de Nerón—,
no he vivido ni despierto ni dormido;
soy un volatinero en el trapecio del insomnio.
Roja linterna anunciando peligros,
mi corazón cierra de mi sangre todos los caminos.

Univ. of Arizona Library

X

Mi corazón es una plaza de San Marcos de Venecia,
donde el mundo,
inundado de mis palomas,
colmados los picos de futuras simientes,
se retrata en un decoro único,
y en el gran canal de mi Venecia
el cisne del recuerdo
sumergirá su cuello para pescar mi nombre.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

LO QUE YO TENGO ES ROSAS

En el jardín corazonal yo siento
una insaciable sed de mariposas
de las que estruja con su mano el viento.
¡Ah, de mis mariposas azulinas!
¿Mi corazón? ¡Lo que yo tengo es rosas!
¿Versos? ¡Yo tengo rosas sin espinas!

Yo fuí a un país, y su distancia ignoro.
¡Era una noche y su recuerdo adoro!
En velo azul flotaba en los senderos.
Yo fuí una vez... era un jardín de oro,
¡y volví coronado de luceros!

Mármol de las blancuras más tranquilas,
pon en mis ojos luz si me perfilas...
(¡El mármol es de los que han sido buenos!)
Pon tu gran resplandor en mis pupilas...
(¡El mármol es de los que han sido puros!)
¡Amé lo tibio de unos hombros plenos,
la flor de unos cabellos muy obscuros
y la miel y el rocío de unos senos!

¡Quiero un jardín para olvidar mi pena!
¿Otra pena? ¡Le ofrezco mi desaire!
¿Un nuevo amor? ¡De lágrimas se moja!
Pongo mi corazón sobre la arena...
¿Recuerdos? Todos se los lleva el aire,
y entretanto la vida se deshoja...

RAFAEL HELIODORO VALLE

C H I L E

LOS MALOS VIENTOS

Yo venía rosada de fresca adolescencia
por la campiña verde bajo el azul de Dios.
Yo venía cantando mi sana florescencia
con el cristal sereno de mi cándida voz.

Yo venía rosada, yo venía fragante,
oliendo a agüita clara y a risueño botón...
Tú estabas a la vera de mi huella triunfante
para torcer mis pasos hacia tu corazón.

Y como fascinada, yo seguí el laberinto
de tus suaves pendientes, todas llenas de amor.
Yo venía rosada, con olor a jacinto,
yo venía cantando sin saber del dolor...

Y hoy, que un viento de olvido sacudió mis hondores,
vengo triste y velada por mortal palidez.
Yo venía rosada con mis sueños cantores,
y hoy me vuelvo amarilla de temprana viudez.

OLGA AZEVEDO

CANTO DEL HOMBRE-ALMA

Ahora soy el hombre de la vida inversa,
soy todo azul en la mañana clara;

ahora canto con el ritmo de los árboles
porque mi corazón se floreció de pájaros
y mis manos vuelan con diez alas;

tengo frescas de estrellas las pupilas
y se descuelga la luna hasta mi carne.

Soy la mañana.
Soy pájaro.
Soy astro.

Ahora soy todo:
soy el hombre alma.

Mañana saltaré cantando
hacia el torrente
para hacerme espuma
fundiéndome en el agua...

CLEMENTE ANDRADE MARCHANT

A C A S O

«El mar es todo, es todo,
sí, sí, el mar.
El mar es lo único en el mundo.
Todo diverso, todo multiforme,
pero el mar igual, siempre igual...
El mismo: azul, inmenso, pensativo,
sereno, hipócrita, salvaje, potente.

El mar. Yo lo puedo decir.
En mis rutas: países extraños, ciudades lejanas,
hombres desconocidos, mujeres distantes...
Pero, ¡demonio!, siempre el mar,
el poderoso, el infinito mar.
Bombay, Marsella, China, Sidney...
¡El mar!»

Así me dijo aquel viejo marinero,
de geométrica barca,
bajo aquella tarde de color de cobre oxidado,
y las algas azules y volátiles
del humo de su pipa, tosca como su corazón,
terminaron aquella frase cabrilleante y rota
como el movimiento de un tiburón desfalleciente
de espinazo fracturado,
que se hunde en el oleaje y vuelve a aparecer.

Y se calló aquel viejo marinero
de rostro nudoso como árbol mordido de siglos.
Mirábamos languidecer
la tarde.
Se iba muriendo la canción férrea y sudorosa
de los sucios malecones del puerto.
Un tornillo de pájaros marinos
se encajaba en el cielo,
lejanamente, a la deriva.
El cuchillo enorme de una panzuda balandra
se estremecía de júbilo, esperando la hora
de ir a cortar el hilo absurdo y lejano del horizonte
como el niño que quería ir a coger el arco iris.

Mirábamos la tarde de color cobre algo oxidado.
Yo estaba en aquel sucio puertecillo,
sentado sobre un rollo de cable oliendo a brea,
con aquel viejo marinero,
que hablaba poco,
con aquel viejo avaro, que guardaba en su corazón

añoso y rudo también como su pipa,
todas las monedas doradas de las emociones,
que fueron cayendo una tras una
en todas las rutas del mundo,
bajo todos los cielos, bajo todas las noches de la Cruz,
que fueron cayendo una trans una
para no salir jamás de aquella hermética alcancía.

EDUARDO AGRELA

P O E M A

Ataud de regocijos, mi corazón toca el timbre en-
[tusiasmado
por ti, niña dolorida, y tus manos encima del hori-
[zonte;
tu risa está saltando en el columpio de estas horas;
vidriera de novedades, estás mostrando el juguete es-
[pontáneo
de tu corazón, en tanto detrás de esta neblina te con-
[templo.
No preguntes por qué desdoblo tu nombre entre mis
[manos,
mientras suenan a orquesta tus palabras de jueves,
he pasado esta noche amarrando recuerdos tuyos
con el lienzo de tus últimas actitudes nocturnas;
en torno mío ha reventado un cohete de silencio,
niña, te has disfrazado ante mis ojos primitivos,
corzo de flores o frasco de esencia, algo así te adivino
desde este vehículo en que viajo por la vereda de los
[vientos;
delante de ti no hay nada ni del viento ni mío,
mi nombre era una pastilla en tus labios frutales,
murió en tu corazón tu traje de novia y mis regalos,
queda el cartel de mi cariño en la muralla de tu olvido.

FENELÓN ARCE

LA PUERTA

Puerta ruinosa, puerta oscura;
eres como mi madre,
que me abría los brazos cada vez que volvía.

Yo recuerdo que cuando se la llevaron muerta
abriste tus dos alas,
como un pájaro triste que se va de la jaula.

Pero ahí te quedaste como enterrada viva,
contemplando el camino por donde la llevaron.

A veces se me ocurre que alguien viene a buscarte
y entonces, como nunca, te hallo igual a mi madre.

Me siento en tus umbrales como sobre su falda
y me pongo a llorar para que me consuele.

Puerta ruinosa y triste: tienes las alas negras
y los ojos oscuros y el alma hecha pedazos.

Apriétate a mi cuerpo en un abrazo,
como hacía mi madre para que no me fuera.

RUBÉN AZÓCAR

AMOR

He buscado una fuente de amor y estoy sediento
del agua turbia y negra que nutre las raíces.
Como lana cardada por los dedos del viento,
se arrastran por el cielo las torvas nubes grises.

Amor—fruto maduro—no hay mano que te coja
sin arañar el tronco ni desgarrar la hoja.

A trébol y a manzana
huele el viejo jardín de la sabiduría.
«¿La encontraré mañana?»,
me digo cada día.

La tierra de mi huerto estará perfumada;
el agua de mi noria limpia y agradecida.
Si yo te hallara un día no te diría nada.
Y quedaría enfermo de toda mi vida.

VÍCTOR BARBERIS

EL PRESENTIMIENTO DEL ULTIMO DIA

Claro presentimiento de la muerte
que hace cantar la tierra.
¡Moriremos! Suspiran los cipreses.
¡Dios nos llama!, sollozan las estrellas.

La montaña palpita
extasiada en la sombra de los cielos,
y la ciudad es una enorme herida
que canta por los campanarios trémulos.

Los árboles elevan
desde la tierra fértil un sollozo,
y se conmueven de pavor las piedras.
¡El nuevo día no tendrá retoños!

Viene la muerte, ya sus dedos palpan
los muros en silencio.
Hace temblar la luz de las ventanas.
¡La tarde se le escurre entre los dedos!

¡Viene la muerte!, cantan los pastores
en los valles humildes,
y la bella vertiente de los montes
quisiera eternizar la tarde triste.

La tarde triste, la última campana,
la llora como un niño
en sus sones, que son una balada
de eternidad en valles de zafiro.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

SINFONIA EN EL MES DE JUNIO

El largo cordaje del viento, en redondel,
gira en torno de ti, niña de mi presidio,
sin más luz que la mañana. Pero aquí es el invierno
el que vigila detrás de los hombres,
y en su ojo cae la lágrima del mes de junio.

Regresaré allá donde hubo una canción
para tus sueños felices en la música letal,
trasparente del suburbio. ¿Acogerá
al que yace encima del vuelco de la vida
en este paraje lleno de sorpresas, orillando
la mar que mece los veleros? Los habitantes
semidormidos de corazón, como una simple
argolla, tienen tu retrato oculto entre el perfil
de sus jardines, en el musgo de su vejez.

A través de la bruma, en el mes de junio,
(¡hace ya tantos años que soy la sombra fugitiva!)
mi sinfonía languidece como la voz extraña de un
flautista en el aire tristemente acompasado.

JACOBO DANKE

ABANDONO

Ahora soy yo como esos sacos negros
que se quedan en las bodegas de todas las estaciones.
En el sur, llovido de corolas vespertinas,
en el cálido norte, donde los astros desparraman va-
[liosos metales.

En cambio, yo decía cosas hermosas.
De niño cantaba mi alegría en gritos entusiastas.
Caían los días pálidos o brillantes sin rozar mis hom-
[bros,
se acercaban las tardes como flores de canto.
El bello tiempo ha recogido sus gajos olorosos.
Sólo queda el pasado desde donde extraigo esta voz
casi muerta que me sirve para cantar.
Tú misma, tú, mi amiga, me decías
que estas cosas están lejos como el hielo de los polos.
Sin embargo, todavía mis piernas resisten las largas
[caminatas,
aún mis ojos se abren y contienen el agua que avanza,
ya venga del cielo cantando, ya arribe a la playa gris.

A trancos lentos, pisoteando las tardes,
Salgo hacia la ciudad.
La neblina es una carga para mi espalda.
Momentos hay en que casi no la resisto.
Con miradas audaces logro apuñalear esa muralla os-
[cura.
Hay hermosos rascacielos y mujeres en los altos pisos.
Unas asoman sus rostros que apenas entreveo.
De otras se advierten las piernas claras, del color del
[mediodía.
Sonríen con los transeuntes joviales.

Dime tú, mi amiga, qué hiciera para ahuyentar el
[otoño,
para ahuyentar el otoño que surge del pavimento al
[anochecer.
¿Crees tú que tus besos podrían quemar mis labios
[descoloridos?
Ah, tus besos no los darías ahora, me dices,
como entonces que recorrían mi rostro en todas di-
[recciones,
que medían mi carne como un aire de miel.

Es preciso aceptarlo todo en este día.
El otoño, la noche, el frío, el largo color amarillo.
Sobre mi barrio cae, como lluvia que nadie desea,
esta canción de ahora, que desde tanto tiempo
quería romper mi alma hacia el pasado muerto.

LUIS ENRIQUE DELANO

CANCION

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás extinguida.

Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
Mi lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.
Hoy la hallarás extinguida.

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

JUAN GUZMÁN CRUCHAGA

VERA RUSTICA

A la luna, amor;
al amor, cantar;
al arroyo, flores...
Nada más.

¡Ay! de la fortuna
que ha de tropezar.
Benditos los pájaros,
nada más.

El que vive pobre
vive de esperar.
Una estrella brilla,
nada más.

Pase la fortuna
con su grande afán.
La vida es lo mismo,
nada más.

Esteros que corren
camino del mar.
Benditas las aguas,
nada más.

A la era el viento
llega a trabajar.
Trabaja cantando,
nada más.

No hay ninguna espiga,
no hay ninguna ya.
Sólo hay trigo y paja,
nada más.

Tendremos harina
y tendremos pan.
Bendita la tierra,
nada más.

Alegre la era,
como nunca está.
Hubo un viento bueno,
nada más.

JORGE GONZÁLEZ BASTIAS

MISERERE

La juventud, amor, lo que se quiere,
¡han de irse con nosotros: miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere,
¡morirá en el futuro: miserere!

La tierra misma, lentamente muere,
¡con los astros lejanos: miserere!

Y hasta quizá la muerte que nos hiere
¡tendrá también su muerte: miserere!

DIVINIDAD

Como un milagro siento que la vida
florece con la sangre de mi herida.

(Sobre mi corazón pongo la mano...
Siento cómo se pudre mi tristeza.)

El éxtasis de Dios es mi belleza,
y el éxtasis de Dios no está lejano.
(Tiembla mi corazón estremecido:
sobre mi corazón Dios se ha dormido.)

DOMINGO GÓMEZ ROJAS

SUS MANOS

Mi ternura, que es alta como un monte,
baja como la sombra hasta sus manos.

Manos que sueño eternamente mías
bajo el blando reposo de sus besos.

Y su cabeza, que besa el otoño
con sus dolientes oros,
dormida en mi regazo como un niño
cansado de charlar con las estrellas.

Mi ternura, que es alta como un monte,
bajo como la sombra hasta sus manos.

Manos serenas, fuertes. Sugestiva
madeja de silencios.
Tesoneras,
derribarán la torre de mi orgullo
y no sabré más quererlas.

LUCÍA CONDAL

EL VIAJE DE BUFALO BILL

Aquí está mi alegría blandida como banderas.

Una vez siquiera pude contarle un cuento
reclinada mi cabeza como sobre una estrella..

La luna, equivocada, buscó sitio en su vestido de luto.
La tristeza abatía mi frente de pájaro.

Era en los potreros donde brinca el ganado.
La leche de las cabras sirve para tejer lino.

Ahí el matel florece alegres frutas domésticas.
Pitan las chimeneas descuidadas.
La aurora sale de los huevos de las gallinas.

A Juana Rosa se le vuelan los ojos semejantes a los tordos.

Corro como las ventoleras; ahora diviso el paisaje decaído.
Adonde me rodeo sólo amedrentando mi trabajo de súbito.
Mi honda lisia los pájaros; un monte se desinfla.

De la lentitud movida mi alma se guarece
sin cerrar el viaje sin acortar su sed de lejos.

Digo que el regocijo me daña como la tristeza inmensa.
Descienden las carretas apenas con el cielo a cuestas.

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA

VIDRIO DE COLORES

Tengo la mirada oblicua de visiones.

Una goleta llena de marineros rubios
que vienen de Shangai ebrios de wiski,
enredaron sus recuerdos, cordelería de niebla en los
[velámenes sonoros.
Uno olvidó una geisha a quien besó en Osaka;
otro perdió la imagen de una novia
que dejó en el Far West.
En el espejo de este marinero se mira
una cinta cinematográfica de «cow boys» inverosímiles.
El viejo contramaestre, pelo de bronce, al sol no piensa.
Pero el humo de su pipa traza
los rascacielos de Nueva York.
El viento juega con ellos y los desmorona hacia el mar.

Estiro el elástico de la mirada;
fotografío a París; es un enorme corazón;
por las venas de sus bulevares pasa
la sangre cosmoplita de las razas humanas.

Preparo el arco, y la flecha visual cae en la Guinea.
Bajo el abanico de una palmera me defiendo
del sol, que me ataca con sus lanzas.
(¡Quién estuviera en Leningrado!)

Danzan los troncos de ébano
de cuatro negros del país.
Alguien golpea la puerta,
y el golpe quiebra
mi vidrio de colores.

JUAN FLORIT

POEMA

Estoy solo, mi niña querida; desata mi sollozo.
Arboles calamorosos sacuden la profunda noche y
[cantan.
Tú te ciñes la estrella naciente que alumbra a través
[de mí.

RUBEN AZOCAR

HELICE

Distante de sus rudos nervios de hombre,
de sus manos venosas y rebeldes,
¿qué soy yo esta noche?

Hoy no sé comprender a los que escriben.
No me habéis ni de versos ni de libros;
tengo la ignorancia absorta
de un pájaro y de un niño.

Junto a su corazón siempre he temblado.
Amándolo soy blanca, fría y leve;
pero esta noche ha puesto su ebriedad en mi sangre.

Sus recuerdos me desorientan.
Vienen hasta mí ojos en astillas de luz;
mi ceguera es dos veces.

En torno a su recuerdo,
mi corazón obsesionado
gira como las aspas de un molino.

MARÍA ROSA GONZÁLEZ

POEMA

Trasatlántico vertiginoso,
anclado ahora entre tu silencio y mi silencio,
la noche llegando de las anchas bahías del cielo
que encienden las luces azules
de sus muelles de bruma.
Un marinero desconocido en el timón,
y la brújula marcando la dirección de tu nombre.
Viejas jornadas de pesca, reparto de canciones,
y viajes hablando lenguas diferentes
alrededor de nosotros.

Acabo de llegar. Venía de regreso.
Es la hora en q'trizamos la soledad como un espejo.
La verde soledad enarcándose como un gato de An-
y echándose a dormir a tus pies. [gora
Tú la acaricias porque es lo mismo
que la soledad de los puertos.
Detrás de ella estamos nosotros esperándonos.
Entre la lluvia resbala siempre los ojos del verano.

Tu voz, la mía, nosotros.
Este cariño irguiéndose,
este cariño que cuidamos
lo mismo que los niños un globo,
porque mañana puede irse.
Este cariño que a mí me ha hecho alegre
y es para ti un juguete
que te haría llorar si lo perdieras.
Dejamos las palabras pegadas al cristal de la noche.
Como un marinero tengo en la pipa
las estrellas del Norte.

A. GANDARILLAS DÍAZ

MATINAL

Ríe el aire en la suave mañana transparente;
el paisaje infantil esboza un gesto nuevo;
una alegría fresca, serena y cristalina
tiembla en la luz que sueña suspendida en el cielo.

El campo, como nunca, quiere ser nuestro amigo;
su espíritu infinito, todo lleno de gracia,
se abre como una vena
de paz sobre la cálida juventud de nuestra alma.

Amor... En la mañana diáfana abandonémonos
al claro regocijo
de abismar los sentidos
en la vida sin fondo de las cosas pueriles;
dejemos que se bañen de estupor las pupilas
ante el milagro trémulo del agua que sonríe;
dejemos que nos llene de una nostalgia mansa
el olor de las últimas violetas escondidas,
mientras en las alturas
los pájaros constelan el aire de armonías.

Renunciemos, amada,
al pensamiento...; seamos como un prodigio nuevo
estremecido de ímpetus, de ternura hacia todo
lo que vibra y lo que ama;
temblemos con el fresco temblor del duraznero;
seamos sólo un sueño, un sueño matutino,
hoy que el campo, cual nunca, quiere ser nuestro
[amigo,
y su espíritu inmenso, todo lleno de gracia,
se abre como una vena
de luz sobre la pálida juventud de nuestra alma.

FRANCISCO GARCÍA OLDINI

LAS MALAS PALABRAS

Traían sigilosos andares inseguros,
y las puse armoniosas de mi interno temblor;
yo transformo en mi sangre los colores obscuros,
y hasta a lo amargo tengo que darle mi sabor.

Y en una transparencia de hacerme más humano,
más humilde y sencillo, les puedo responder
con el gesto espacioso de sembrar en las manos
con la bondad sonora de sentirme crecer.

Esa áspera palabra se me ha vuelto serena
porque en mí la incorporo, porque puedo dejar
redimirse en mí mismo la pequeñez ajena,
bajo este sacramento cristiano de cantar.

ERNESTO A. GUZMÁN

ARTE POETICA

Que el verso sea como una llave
que abra mil puertas.
Una hoja cae, algo pasa volando;
cuanto miren los ojos, creado sea,
y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra:
el adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el cielo de los versos.
El músculo cuelga
como recuerdo en los museos;
mas no por eso tenemos menos fuerza:
el vigor verdadero
reside en la cabeza.

¿Por qué cantáis la rosa, oh, poetas?
¡Hacedla florecer en el poema!

Sólo para vosotros
viven todas las cosas bajo el sol.

El poeta es un pequeño Dios.

VICENTE HUIDOBRO

OCASO

Tarde.

Dejó un enervamiento en el collado
el bochorno del sol. Quedóse el viento
con las alas abiertas, sofocado.
Dios se detuvo y prolongó el momento...

En el silencio, un desvanecimiento
fué voz de eternidad.

Noche.

Transfigurado
se desangró en la sombra el firmamento.
Dios se hizo noche y arrojó un puñado

de trémulos zafiros... Desde el suelo
se alzó la Luna en sigiloso vuelo,
y ante un picacho hostil que amenazara

cogerla herida o apagar su brillo,
el río apareció como un cuchillo
que al tajar la montaña se mellara.

JERÓNIMO LAGOS LISBOA

POEMA A LA HERMANA

Hermana, ven;
háblame con tus palabras alegres,
que anegue el agua de tu fiesta
este humo agrio de mi vida.

Ven a decirme la palabra buena
que perdí en un recodo del camino;

que llegue el humo de tu gracia
a cantar tu vida ingenua;

prodíguese tu mano de mujer
sobre mi frente.

¡Hace ya tanto tiemop que vivo sin caricias!

Que el lento deshojar de tus milagros
sea sueño adolescente para mi sed.

Hermana:
sacuda estas hojas de otoño
la fiesta de tu risa.

LETELIER MATURANA

CIRCO

El tramoyista
del alba
bajó un telón de colores;

de su caja de violín,
aquel ciego
sacó el arco iris;

esa gitana rubia
des
col
gó la luna
para tocar la pandereta.

Un clown desmemoriado
olvidó sus carcajadas
en el camarín.

La domadora de fieras
no pudo actuar
(las rasguñó «Pinín»,
su gato regalón).

El prestidigitador, distraído,
se comió los bizcochos rojos
de un naipe inglés,

y al final de la función
«Good Night» hizo equilibrios
en la cuerda de un reloj.

RAÚL LARA

HOMBRE DEL SUR

Sombra de ella,
amarillo plumaje de la tarde.
Timón del tiempo, lazada de esperanza,
¡oh, mujer!
Yo soy el hombre del sur,
el hombre taciturno,
el que viajó los mares en la noche tus brazos.

El hombre sombrío,
hombre que nada tenía y que todo lo tiene;
lanzador de arcos, cazador furtivo.
Hombre que con su fiesta de palabras
ahuyentó los negros buhos
de las altas torres de tu alma.

¡Ah, silenciosa mía!
Tierra en que van cayendo mis alegrías y mis cantos.
Rostro de mujer amada
vuelto hacia las islas q'sueñan en la Cruz del Sur.

Tú sabes cómo en un vuelo de flechas
todo se me ha ido hacia tu corazón q'espera.

Te lo he dado todo, te lo he dado todo.

Soy el hombre sombrío,
contemplador extraño de paisajes y de crepúsculos,
cazador audaz de besos y de frutas;
el que dió su corazón en llama
para la inmensa, profunda noche de tu alma.

Por eso mis canciones y las tuyas
rayan el horizonte de cenizas.

Soy el hombre del Sur,
el hombre taciturno:
en mí tus anclas
se han quedado arborecidas hasta la muerte.

J. MORAGA BUSTAMANTE

UN FORD DE FRAC

Un ruiseñor
Mandolión,
trombón
sin son
sin
el five o'clock
tea,
cambia el amor
de Mary Pickford a Fifí.
Shimmy es así:
plástica libre
de uno en dos.
Mascando showing-gumme se devora un beso
dulce y atroz.

Amanecer de ponche en las ventanas.
El bostezo es la ley.
¡Las seis!... ¡Las seis!
Y senos líricos
donde agoniza etéreo Coty.
¿Quién ha volcado el agua del silencio
en el vestón a cuadros del parquet?
El violín le ha preguntado al piano
y éste ha dicho: «¡No sé!»
Los pies aerostáticos que andaban
a la caza de estrellas musicales

han bajado en los mil paracaídas
de los timbales.
Un abrigo de pieles amenaza
en los cristales
y una mano de lirio parlanchina
le hace señales.

Las pupilas de fábrica amancen
en los cuatro suburbios cardinales.
Un ¡adiós! se cayó en la escalinata
disfrazado de flor.
Vestido de frac llega a la puerta
un Ford.

¡Hasta mañana!
¡Hasta mañana!
El cielo se permite un bostezo de carey.
¡Oh yes, we have not bannannas!
¡We have not bannannas to day!...

JUAN MARÍN

UNA MARITORNES

Morena, bravía y sólida,
sin lujos y sin histerias,
llevas el campo en el alma,
la ciudad en la cabeza.

Ulpo, leche, agua de río
—cuando estás en la taberna—,
resucitan en los vasos
con nostálgica belleza.

Y tus ojos ciudadanos
de hembra firme, obscura y nueva,

se cierran en un revulso
de remembranza y de pena.

Tus sensualismos son sanos
como tu piel y tus venas.
La maternidad ansías
viviendo como ramera.

Y en los lechos mal pagados,
donde el goce apuñalea,
rezas tu oración antigua,
olor a rueca y a selva.

ALBERTO MORENO

¿EN DONDE?

Alguien me dice que te vió. ¿Y en dónde?
—pregunto—. ¿En dónde fué?
El hombre que te vió no me responde
y se pierde en la sombra, y yo no sé

por qué camino se alejó. ¡Aturdida,
aguárdame!—le grito—. ¡Aguarda, soy
la que él espera a orillas de la vida!
¿He de encontrarlo? Di, ¿por dónde voy?

Se pierde el hombre que te vió. El camino
en mil encrucijadas se reparte.
Negra la noche, negro mi destino...
¿Dónde podré encontrarte?

Por ásperos guijarros, florecidos
de sangre, están mis pies.
Vela un silencio largo mis oídos.
¿Quién me ha llamado? ¡Yo no sé quién es!

Tengo sed. Tengo miedo.
Surge una claridad como una rosa
cerca de mí, y en su zarzal me quedo
desorientada, amarga, dolorosa.
¿Dónde he de verte? ¿En dónde?
Te llevaré en manojos purpurinos
rosas de este rosal en que se esconde
mi corazón clavado en las espinas.

AIDA MORENO LAGOS

G R A C I A S

¡Gracias, mi santa compañera!
Por el amor que puse en ti,
por las heridas que te hiciera
y la alegría que te di.

¡Y gracias, porque fuiste bella!
Cierro los ojos y te miro:
me deslumbras como una estrella
y me enterneces como un lirio.

Tendré mi carne perfumada
de amor, amor hasta en la nada:
estoy gozando en tu mirada
como una gloria anticipada.

Sola entre todas las mujeres,
fuiste la única en saber
la tristeza de mis placeres
y el goce de mi padecer.

La que llevé por el camino,
en el cáliz de mi pasión,
como la hostia del destino,
encerrada en mi corazón.

Gracias, mi santa compañera,
porque tuviste, espiritual,
las locuras de la quimera
y una conciencia en la bondad.

Y sobre todo, gracias, madre,
por tu infinita majestad
de un hombre que al decirme padre
me haga vivir la eternidad.

CARLOS R. MONDACA

APAISEMENT

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas :
del color del agua del mar.
Desnudo, en ellas se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.

MANUEL MAGALLANES MOURE

PROPOSITO

Toda mi vida en un verso cantara :
verso de azul que de otoño se viste,
en una clásica forma preclara
una armonía recóndita y triste.

LA PUERTA

Quien no ha nacido artista no cruzará esta puerta.
El que medite o sueñe la hallará siempre abierta.
Tras su reja la vida en flor es una huerta.
Los vacíos de espíritu la encontrarán desierta.

LA FUENTE

El alma de mi dueño se refleja en la fuente ;
si en ella hundes la mano, tiembla armoniosamente ;
aunque agites su linfa, es siempre transparente,
y se llena de estrellas castas, eternamente.

ROBERTO MESA FUENTES

NOCTURNO

Padre nuestro, que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su labio rubí.
Llevo abierto también mi costado
y no quieres mirar hacia mí.

Caminando, vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado amarillos mis párpados
por no ver más enero ni abril,
y he apretado la boca anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¡Tú llagaste la nube de otoño
y no quieres mirar hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla,
me negó por la túnica ruin.
Yo, en mis versos, el rostro con sangre,
como Tú, sobre el paño les di,
y en la noche del huerto me han sido
Juan cobarde y el Angel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que habrá de venir,
el cansancio del día de estaño
y el cansancio del cielo de añil.

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir,
y, perdida en la noche, levanto

el clamor aprendido de ti:
«Padre nuestro, que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?»

GABRIELA MISTRAL

MEDITACION PROFANA

Tiene un perfume raro, artificial y extraño,
el césped en el cual mi cuerpo se reclina,
y de mí se apodera poco a poco una dulce
voluptuosidad fuerte y desconocida.
Las puntas de los dedos se me aduermen; parece
que el aire mismo tiene suavidad de caricias,
y por primera vez pienso confusamente
en el amor que habrá de fecundar mi vida...
Me abismo en un placer infinito. Saber
que al morir dejaré lo mejor de mí misma:
un hijo, fuerte como los robles en el bosque,
sabio como un profeta de las épocas antiguas
y más dulce, más dulce que la misma dulzura.

El ensueño me embarga más y más, y se agita
en mi carne el deseo del hijo, que el más noble
de todos mis ensueños realizara algún día.
Mientras con él deliro y le nombro y le llamo,
acaricio las puntas de mis senos de niña
que le han de amamantar, dándole vida y alma.
¿Alma también? No sé...
Se enturbia mi alegría
al pensar en que todo lo va a heredar sin duda:
mis ojos y también mi tristeza infinita,
mi frente pura, pero con sus dudas horrendas,
mis labios escarlata y su melancolía.

¡Que he de darle, tal vez con la leche, el perpetuo
ensoñar, que el espíritu tan cruelmente aniquila.
mis ansias, mi ternura y el deseo insaciable
que en la punta rosada de mi lengua palpita!

Y mi pobre alma hecha de mil contradicciones,
cándida a veces, otras un nudo de malicias.
¡Tan abnegada siempre! Perversa sin embargo...
¡Alma en que lo más bueno y lo más malo anida!
Lloro desconsolada sobre la verde alfombra,
mientras tanto mis labios temblorosos suplican:
¡Haced, Señor, que sean mis entrañas estériles!
¡Señor, nunca prolongues mi vida en otra vida!

MARÍA MONVEL

FAREWELL

Desde el fondo de ti, y arrodillado,
un niño, triste como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos,
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra
veré en los tuyos lágrimas un día.

Yo no lo quiero, amada.

Para que nada nos amarre,
que no nos una nada.

Ni la palabra que aromó tu boca,
ni lo que no dijeron tus palabras...

Ni la fiesta de amor que no tuvimos,
ni tus sollozos junto a la ventana.

(Amo el amor de los marineros
que besan y se van...

Dejan una promesa,
no vuelven nunca más...

En cada puerto una mujer espera;
los marineros besan y se van...

Una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar...)

Amo el amor que se reparte
en besos, lecho y pan.

Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse
para volver a amar...

Amor divinizado que se acerca,
amor divinizado que se va...

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a ti mi dolor...

Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camines llevarás mi dolor...

Fuí tuyo, fuiste mía. ¿Qué amas? Juntos hicimos
un recodo en la ruta donde el amor pasó...

Fuí tuyo, fuiste mío. Tú serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste; pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos y no sé dónde voy.

Desde tu corazón me dice adiós un niño.
Y yo le digo adiós.

PABLO NERUDA

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo, el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues sólo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo...

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado:
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso...

CARLOS PEZOA VELIS

PALABRAS DEL RELATO DEL HERMANO ERRANTE

Amarás a Dios
y huirás de imágenes de Dios.

No hay en el cielo cosa alguna,
las estrellas, el sol, la luna,
que puedan representarlo.

Y no hay en la tierra nada,
ni en el mar, ni en la montaña,
ni en la selva, ni en el alma humana.

Amarás a Dios,
sin encontrar jamás la justa oración,
sin poder balbucear una palabra
que sea luminosa de revelación.

Amarás a Dios,
y no tendrá un eco en tu corazón,
y no valdrá el fuego del éxtasis en tu amor
para penetrar la sombra de Dios.

Amarás a Dios,
y el desborde de tu gran pasión
te llevará a los hombres
y a los tiernos animales del Señor.

Amarás a Dios,
rogarás todo el curso de la vida
por verlo y por oírlo,
y morirás. Cuando no vean ya tus ojos,
cuando tus oídos ya no oigan,
volverás a él, volverás a Dios.

Muerta tu alegría y tu dolor;
muertas tus ansias, muerto tu amor,
entrarás ignorando, silencioso, en la sombra de Dios

PEDRO PRADO

DEJE EL PUEBLO EN QUE VIVES

Dejé el pueblo en que vives
por este corazón de la montaña
que siempre me recibe.

Le dije adiós para volver un día.
Han pasado los años y los años,
y me estaba esperando todavía.

¡Paisaje mío de las tierras altas!
Este amor a tus cerros desolados,
al valle estrecho en que tu río canta,

y al maduro trigal de tus colinas,
cuando regreso al pueblo de los hombres
da un color de nostalgia a tus pupilas.

Oveja mansa del vellón moreno,
pájaro montañés que no me esquivas
porque me ves el corazón labriego

en el peregrinaje sin fatiga
y en la estrofa sutil que doy al viento
porque la gracia de tu vuelo siga;

dadle esa paz que en el amor no tuvo
—oveja mansa, pájaro del monte—
al corazón que caminó en el mundo.

CARLOS PRENDES SALDIAS

3 6

El Gobierno de Wáshington decretó: lluvias,
y todos los paraguas aletearon
bajo la siembra inmensa del agricultor innumerable;
los parques de Londres encanallan las viejas églogas;
el pan maquinal y químico de las ciudades es una tal
[paloma domesticada,
y los idiotas artificiales
humedecen los muros únicos del manicomio;
el mar de los balnearios llora en las maletas de viaje,
y los chiquillos embotellados de las salas-cunas
entretienen sus ideas de fetos en almíbar melancólico
[y deshojado,
inyectándose morfina en la imaginación de los testícu-
la belleza de los lagos suizos [los;
se vende en Hyde Park encajonada,
y toda la Holanda, con sus quesos, sus paisajes,
sus vacas y su reina de mermelada-gelatina,
toda la Holanda viaja en los tarros lecheros
que difunde sobre la tierra las fábricas cosmográficas
[de Chicago;
los establecimientos comerciales-industriales de Nu-
[remberg
elaboran tres millones de momias por lunario,
tres millones de momias con olor a siglos y a mundos
[de antigüedades,
y las envían a la piedra eterna
por el agujero de la muerte convencional, monumental
[y relativa;
Monsieur Briand demuestra que la vieja quijada de la
[burra
de Balaam es verdadera.
Encarcelando a Scopes
y no comiendo cerdo con ópalos,

sin embargo el pulgón lanijero ataca la manzana de
[Adán;
la araña cría pelos y se transforma en filósofo,
y la gran sardina de lata de Jonás pone huevos
con ombligo y entendimiento en las cantinas de Nínive,
danzando, a la hora del vermouth,
al tango inútil de las religiones metafóricas
con el hijo del rey del petróleo.

PABLO DE ROKHA

VIERNES

Con el oído pegado a la tierra
escucho... No siento latir tu corazón.
Golpeo con el puño sobre la costra áspera
y grito, de bruces en el polvo: ¿Estás ahí, Señor?
¿Estás ahí o te fuiste en el agua y en el viento?
¿Pudrióse ya tu cuerpo como fruta madura
y fuése por las raíces tu espíritu y por las hojas tu
[aliento?
¿Absorbió el barro todo tu enorme río de dulzura?
No me contestas, pero te siento a través de la leprosa
corteza de la tierra. Por ella sube tu respiración;
el calor de tu cuerpo hace crecer las rosas
y tu ternura asciende por ellas como por una garganta
[la canción.

Estás ahí, lo sé; los pies atravesados,
con los brazos en cruz y las manos abiertas,
con una granada sangrante en el costado
y las pupilas como dos estrellas muertas.
Estás como te amo, humillado, escarnecido,
hombre que vivió entre los hombres y por ellos fué
[muerto.
Si tú no fueras más que un dios, mi corazón te echaría
[en olvido,

y tu nombre pasaría por mi espíritu como un viento por
[el desierto.
Descansa en paz, maestro de las venas desangradas.
En esta hora de tu angustia yo danzo sobre tu dolor
como una hoja seca en el vértice de una ardiente lla-
[marada...
Estoy en medio de tu incendio como un tallo reseco de
[sol.

MANUEL ROJAS

EXPEDICION

Hay un país donde florece tu alegría,
donde la sombra de las grandes palmeras
recorta estrellas en el bochorno vespertino
para velar el sueño
de los viejos piratas de las islas.

Desde sus playas, como tigres reales,
los días ágiles
saltan el arco de las noches
y entre sus garras ensangrentadas de recuerdos
hacen rodar las constelaciones.

Allí florece tu alegría
viendo el desfile de los sátrapas hieráticos
y de los cazadores de jaguares,
mientras junto a tus pies el Mar Latino
entrechoca collares de naufragios.

Y hace ya mucho tiempo...

Hacia el país sonoro de tu risa,
hacia el país lejano,

yo voy guiando mi corazón envejecido
en el largo crucero de los años.

¡Cuántas tripulaciones cayeron en el viaje!...
Trágicos timoneles, gavieros taciturnos.
entre las tempestades de mi espejo
ruedan vuestras cabezas
con los labios clavados
por el último juramento.

Sin embargo persisto...

¡Navego hacia el país de tu alegría,
voy hacia ti!... Mis marineros han muerto.
Pero no importa nada,
no importa nada que muera yo mismo...
¡Hace ya muchos años que he visto mi propio fantas-
[ma.

SALVADOR REYES

UTILIDAD DEL RECUERDO

Pienso que del silencio crece tu alma,
mientras tu corazón descansa en mi memoria,
aquella alma tuya de cielos tan abundantes,
hacia donde cierro los ojos para verte más próxima,
hay un minuto deshabitado que lleva en su rostro tu
[mirada
y aquel poniente sin destino que ayer pasaba entre
[nosotros.

No es que mi tristeza prefiera este día de lluvia
para visitarte fácilmente en cada cosa,
ni que el crepúsculo deba pasar por mi corazón:
son las manos de mi amor y de tu amor, que se juntan,
formando una sola rama bajo el cielo de lluvia.

Hoy, mirando con tristeza una flor,
te he sentido penetrar, ola tras ola, dentro de mí;
reconozco en tus palabras el andar del Pacífico
y el modo de moverme de mi cielo distante,
cuando, allá, desliza su brazo entre los árboles de Chi-
Acaso nuestras manos se buscaban sin descanso [le.
en el seno de una leyenda
o al final de un sueño olvidado;
en el camino de la luna, sobre el rostro de tu cielo,
alguna vez encontré mis ojos con tus lágrimas de niña.
No es que mi alma sólo hoy te descubra, rodeada de
[palmeras;
yo te siento volviendo del territorio de los ausentes:
ambos recordamos haber soñado con un naufragio,
y el color de un mismo otoño, ya gastado,
se refugia en nosotros, al pasar una hoja amarilla;
también alguna vez movías las manos como si fueran
[de nieve,
y hasta cuando lloras te siento vecina de los pájaros
que en mis campos anidan sobre la lluvia.

Acércate más y corrige esta tristeza
que se desliza, hoja por hoja, dentro de mi alma;
el ruido de la tierra no alimenta tu huella;
en cambio, el líquido de la luna está pensando en ti.
Al lado de esta noche, querida, es tan extenso mi do-
que acaso esté rozándote los dedos [lor,
y lo acaricies pensando que es mi caballera.
Llena, gota a gota, con tu presencia
la luz que pasa junto a tu cuerpo,
y mi alma, al cosechar la noche que sale de tu sombra,
te guardará como un árbol en los brazos del cielo.

GERARDO SEGUEL

DAME, SEÑOR, QUE NUNCA...

Dame, Señor, que nunca este amor se me aparte.
No tengo más. Mis manos están siempre vacías.
Si tú me lo quitases, no volvería a amarte.
¿Cómo podría hacerlo si tú me aborrecías?

No tengo más. No tengo nada más adorable.
Si este amor se me fuese, ¿dónde lo buscaría?
¿Qué montaña, qué río, qué bosque impenetrable
que a una veta de oro tenaz lo ocultaría?

Es mío, mío, mío, Señor, tú me lo diste.
No me lo quites. Déjalo que conmigo se muera.
Tu voluntad lo puso en mi camino triste.
Debe marchar conmigo para donde yo quiera.

¡Yo te pido tan poco! Nunca te pido nada.
Ni agua, ni pan, ni abrigo. Yo también tengo frío.
Por sobre los oteros y bajo la hondonada
me tiraste a rodar como un cesto vacío.

Hoy que tengo un amor, vengo por él a hablarte;
no tengo más, mis manos están siempre vacías.
Si tú me lo quitases, yo no podría amarte.
¿Cómo podría hacerlo si tú me aborrecías?

Déjame con mi amor. Yo no he tocado nada:
ni corona de espinas, ni calvario, ni cruz.
Déjame con la vida. Déjame la alborada
de este amor que me abrasa como abrasa una luz.

Si se me va este amor, ¿dónde hallaré otro amor?
Mi alma, de tanta angustia, morirá enloquecida.
No me lo quites. ¡Déjalo conmigo, Señor!
¡No tengo más! ¡No tengo más en la vida!

JOAQUÍN SIFUENTES SEPÚLVEDA

ESTA VIEJA HERIDA

Esta vieja herida, que me duele tanto,
me fatiga el alma de un largo ensoñar:
florece en el vicio, solloza en mi canto,
grita en las ciudades, aúlla en el mar.

Siempre va conmigo poniendo un quebranto
de noble desdicha sobre mi vagar.
Cuanto más antigua tiene más encanto...
Dios quiera que nunca deje de sangrar.

Y como presiento que puede algún día
secarse esta fuente de melancolía
y que mi pasado recuerde sin llanto,

por no ser lo mismo que toda la gente,
yo voy defendiendo, románticamente,
esta vieja herida, que me duele tanto.

PEDRO SIENNA

MOTIVOS

Pequeña vida:
sé más humilde y más florida
de propósitos buenos. Date toda
en una inacabable boda.
Hazte como una gruta
en hondor y en dulzura, sé la fruta.
Que los labios sedientos
andan como vilanos en los vientos.
Eres muy combativa
y muy violenta:
eres hoguera viva.
Y eres sensual,
y no hay pecado capital
que no te sepa suya. Vida:
tu orientación debe andar perdida.
Tú posees
un cuerpo fuerte, mas no debes
olvidar que es estuche
de ti, como del trino el buche.
Canta más, vida,
hasta que tengas encendida
tu heredad; canta más,
y en el cantar comprenderás...
Canta a tu hermano,
agua clara en el hueco de la mano.
Y no hagas como haces,
que en el elogio ajeno te complaces.
Cantarás esto:
la rama que florece,
los ojos de una niña,
la vaca que estremece
la ubre en la campiña.
Las ciudades capitales,

con escuelas, teatros y hospitales;
a los mozos honrados
que al fin de la semana
tienen varios jornales ahorrados;
a la buena esposa,
la casa limpia, el corazón de rosa;
a los obreros:
sastres, dentistas, panaderos;
a los agricultores,
que nos dan trigo y flores.
Pero no hagas canciones
a cuarteles, iglesias ni prisiones.

ARTURO TORRES RÍOSECO

FERTIGSEIN

Cuando el canto de los gallos iba desenredando el
[alba,
caída tu sombra en los trigales como serpiente perse-
[guida,
el rocío te besaba los pies suaves, peces rosados,
y mi voz internaba su aguja hasta estremecerte;
sortija inútil, tal vez yo quise recobrarte;
ahora sorpréndome sólo aislándome acaso para cono-
[cerme;
tengo la savia aliviadora, la intranquilidad sumergida
[en mis raíces;
¡oh!, todo lo que es mío sepultándolo en la sombría
[humedad
como un trompo giro en el abandono hornacina de cru-
[ces
no se situar el calendario guardador de los días;
apáganse las fechas, busco en los años atrasados o di-
[funtos;
se hinchan las hojas, mi amor en todas partes;

Matilde y su hermana, con la voz arrodillada, para que
[sin embargo
hacia ella corre el viento a mirarla en los ojos;
ubica sin duda cobijándose los suyos en los míos,
encima de todo un cariño inmóvil de seguro que se
[oculta,
está el olvido acercándose habitante de los límites con-
[fusos;
la soledad permanente y los andamios crecen levantán-
[dote;
turbina en movimiento, la persistencia del instante;
soy el agua insegura pegada y seguidora de las hélices.

ARTURO TRONCOSO

MUNDO

Según qué dulzura resbale de tus palabras mínimas
o de la sombra que crece como un cielo.
Según la dirección de los perfumes al borde de estas
[cosas,
tú puedes dormir de alguna manera en mi memoria.
¿Y qué ceniza acude de hoja a hoja
si hablas del tiempo que no hemos aprisionado?
El huía en grandes revuelos de horas,
de horas un poco deshojadas por nosotros mismos.
Brillante dolor de un día de pálidas luces,
olas de cenizas tal vez de la misma materia que los sus-
[piros
entre una posible espera o una posible muerte.
Pero nadie podía estar en el vaivén de mi sombra
sino tu corazón de agria herida.
Pequeñas sombras o resplandores
de párpados ciegos o de rostros ausentes.
Para el jardín del cielo huía entonces tu perfume,
lo que podría ser el brillo de las olas en tu boca,

el ruido de una playa de arenas azules
y la cabellera líquida del océano.
Tal vez un poco de aire entre tus dientes,
y de ahí el milagro del agua que corre fresca sobre sí
O el sueño del mar que suena a coro [misma.
para el olvido de mi alma y de las noches que crezcan.

ROSAMEL DEL VALLE

LAS PALABRAS

Las palabras humildes son armoniosos vuelos
de pájaros errantes que no han venido al mundo;
cada una posee un sentido profundo:
hablar con sencillez es un don de los cielos.

Tienen un resplandor inmortal. Es preciso
saber amar las buenas palabras transparentes.
Yo las amo. Conozco sus perfiles ardientes.
Cada palabra tiene un oculto paraíso.

Son arcas de milagro. Nuestros grandes anhelos
se dicen con palabras claras. La poesía
de verdad amanece más diáfana que el día.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

DANIEL DE LA VEGA

ECUADOR

OTOÑO DE LOS MISTERIOS

Recorriendo un camino encontramos pisadas,
mas en una charca cercana
lanzaba piedras un anciano desconocido
como cualquier niño.
Belo joven si no llevara un otoño
en cada mano.

El viento era una larga bodoquera
disparando hojas secas
como para dibujo de una zapatilla.

Observando sobre vidrios opacos
el anciano borraría todas las pisadas
y quedaría
un buen capítulo de novela corta.

¡Después nos veremos como un farolito chino
en cualquier barrio de pueblo!

CAMILO ANDRADE

PRIMAVERA, ETC., COMPAÑIA

El almendro se compra un vestido
para hacer la primera comunión. Los gorriones
anuncian en las puertas su verde mercancía...
La primavera ya ha venido
todas sus ropas blancas, sus caretas de enero,
y sólo se ocupa de llevar hoy día
soplos de propaganda por todos los rincones.

Juncos de vidrio, frascos de perfume volcados,
alfombras para que anden los niños de la escuela,
canastillos, bastones
de los cerezos, guantes muy holgados
del pato del estanque. ¡Garza, sombrilla que vuela!

Máquina de escribir de la brisa en las hojas:
oloroso inventario.
¡Acudid a escaparate de la noche!
Cruz de diamantes, linternitas rojas
y de piedras preciosas un rosario...

Marzo ha prendido luces en la hierba
y el viejo abeto inútil se ha puesto anteojos verdes.
Hará la primavera, después de algunos meses,
un pedido de tarros de frutas de conserva:
uvas—glándulas de cristal dulce—
y hojas doradas para apagar mis tristezas.

JORGE CARRERA ANDRADE

FANTASIA EN TONO MENOR

La tarde estival se inicia
en la celeste sonata
con sus oros y delicia
de plata.

Juega la flauta del ave
y hace una noche importuna
o una lánguida y suave
de luna.

En sus dulzainas armónicas
van repitiendo las brisas
ecos vagos y sinfónicas
sonrisas.

A la lira del poniente
van mil quejas en tropel
a formar rima muriente,
cruel.

Las palomas, angustiadas
por los ayes del ocaso,
buscan la selva en bandadas
de raso.

HUMBERTO FIERRO

POEMA RURAL

Las torres se pronuncian
como una palabra larga,
anhelantes de taladrar el espacio.
Los campanazos
enfilan su alma hacia los cerros;
venían galopando
en el lomo del viento
para decirle a los hombres
que era la hora del descanso...
En los caminos grises
muchos retornaban pensando;
en sus cerebros se incuba
la fórmula para dinamitar
las casas espectrales de los amos
que explotaban sus energías...
Los salarios
—precio de fuerzas proletarias—
corrían como esteros musicales
en la ventanilla del cajero,
y en el mostrador de la tienda más próxima
el Puro absorbía billetes
desenfrenadamente...
Un cura en la sombra
—pulpo del proletario—
se fregaba las manos
ante la aurora dominical,
que estaría hinchada de monedas gruesas,
mientras el mayordomo
exprimía implacablemente
descuentos sin nombre
de los salarios campesinos.

ENRIQUE AVELLÁN FERRES

EL AGUA

El agua fluye,
el agua huye
por la campiña,
y va cantando bajo la fronda
como una niña.

El agua huye sobre la gualda
alfombra de hojas de los eneros
y va cogiendo dentro su falda
rosas marchitas, luna y luceros.

El agua corre por la campiña.
El agua llega,
y a tientas busca el verde estanque
como una niña
que fuera ciega.

El agua sueña, bajo la sombra,
en torsos blancos, flores y niños.
El agua nombra
nombres de amantes desconocidos.

MIGUEL ANGEL LEÓN

CORREO

Correo, feria humana,
oficina del espíritu,
plaza de sentimientos.

Correo, feria humana
donde sacian su sed
los corazones.

Correo, pozo de inquietud,
en ti abrevan las almas
el agua del recuerdo.

Correo, símbolo de la ausencia,
tus buzones con sus bocas de fierro
cantan el himno de la distancia.

Correo, tu nombre ha nacido
del ritmo de las ruedas
de los ferrocarriles,
del zumbido cortante de las alas
de los aviones,
de los tumbos del mar,
que acarician el vientre de los barcos.

Correo, colmena milagrosa,
tus casillas parecen cofrecitos
llenos de emoción.

Correo, mira cómo se atorbellina
al pie de tu ventana
la muchedumbre,
estirando las manos

para alcanzar la carta
como árboles
que agitan sus ramas
para alcanzar estrellas.

Correo, cueva del tiempo,
cada día te trae o te lleva a otra parte
un bagaje de enigmas.

HUMBERTO MATA

POEMAS DE MI TIERRA

La única amistad que tengo
es la del patio de mi casa,
la calle íntima y clara,
entrañable a pesar de conocerla.
No tiene esta ternura de ventana en el cielo
dónde secar la ropa blanca
y poner unos tiestos,
y colgar aun sin pájaro una jaula.

El patio es el aljibe
que trae el cielo a la casa;
todo el día lo miro
y recuerdo a la abuela de las tardes
que me espulgaba y me decía cuentos.

Sólo le falta al patio una guitarra,
y aunque no tiene rondas, yo lo pueblo
de mi entusiasmo de chiquillo
montado en un carrizo.

Lo único que siento
es que cuando yo me muera
tal vez no encontraré otro patio
donde se pase todo el día el cielo.

JORGE REYES

BALADA

El pálido Infante
una extraña locura tenía;
el pálido Infante
poseer una estrella quería...

Para curar su mal, el Rey hizo venir
de un imperio lejano a la Infanta más bella;
pero el Príncipe, al ver sus ojos de zafir,
se acordó de la estrella...

Amarga era su vida, hasta que una mañana
—sin criados ni mastines,
el gerifalte al puño—lo vió partir la gente cortesana;
se dijo iba a cazar a la selva cercana...
No retornó jamás a sus jardines.

Y Carmín, el buen paje que persiguió su huella,
hallóle muerto frente al mar sonoro:
en sus ojos azules se miraba la estrella
como una lágrima de oro.

MEDARDO ANGEL SILVA

MÉJICO

SOLDADOS MEJICANOS

Cuando en la aurora congelada
se detuvo el tren,
y en la llanura solitaria
los soldados hacían su poco de café,

quedé admirado de cómo
la más grata dulzura
reflejaba mejor en los rostros
la indómita bravura.

No miente Don Diego en sus muros
cuando pinta a estos hombres feroces
con semblantes humildes y obscuros
y serenas miradas de dioses.

RAFAEL ESTRADA

LA CASA DEL AMOR TRISTE

Y voy pisando el delantal a picos
de la playa; hundiendo el pie en la arena,
mientras que con su vuelo de abanicos
el viento vuelve loca a mi corbata...
Es un viento almirante que se entrena
para ir luego a bailar en la fragata.

Todo está igual a siempre. El puerto fuma
como un viejo marino. El balneario
se baña y pide al mar jabón de espuma.
El faro es un gigante sajitario.

y más allá la casa, aquella casa
de no sé qué amor triste, se divierte,
viendo cómo una ola despedaza
el cristal salitroso de su muerte...

Tengo el ansia de volver la vista
ya lejos de esa casa; andar, andar
sobre la arena hasta perder la pista,
e ir a lavarme el corazón al mar...

José Esquivel Pren

LA HIJA DE FIGARO

Es una donairosa peluquera:
bulto próvido y ámbar en los brazos,
y en los ágiles trazos
de su jovial cadera,
¡toda la primavera!

Bate la espuma y rízase en venero
del jabón odorante
en un frágil vellón alucinante.

Estoy bajo el cautivo sortilegio
de un busto y unas manos
convincentes... (Cumplido florilegio
de una cumplida estatua
sin poses de Academia y sin arcanos
de museo...) Me humillo ante la fatua
y amable autoridad de esa estructura
risueña, tibia, fértil y elocuente...

Y cinco nardos hunden su tersura
en la piel impaciente
de mi mejilla. Y la navaja riela
en mi rostro con la animosa escuela
de Fígaro. Un capullo
belicoso pasea la cortante
hoja por el mentón; sube a mi labio,
y con mimoso maniobrar seguro
desvira el vello obscuro...

Mi boca está en flagrante
avidez suspirante,
junto a la suave pulcritud armada,
y vacila entre un beso o un mordisco,

según la absurda voz de mi galán,
corazón levantisco
(el aurículo izquierdo es San Francisco,
y el derecho... tal vez Abderramán).

Pero el capullo cimbreante baja
y sube. Y su fulgor
se funde en el destello
de la ritual navaja...
¡Y ahora la navaja está en mi cuello!

No respiro. Tal vez
el rencor secular
o el Evangeiio acaso
de esta Judith ladina
vean en mi contrita yugular
trasuntos de Holofernes... por si acaso
no he saldado una cuenta femenina.

ENRIQUE FERNÁNDEZ LEDEZMA

MUJERES

Córdoba.

De mi ciudad sonora
vine al pueblo de tibia somnolencia,
donde saben a sal los labios de la aurora.

Y traje una dolencia
de mis valles,
ansiosos de marina transparencia.

Cruzaban las angostas cintas de las calles
mujeres de aguzados senos
y agilidad de música en los talles.

Y había sol en los rostros morenos;
dos ágatas de luz en las pupilas,
y en sus labios melifluos los venenos.

En onduladas filas
eran como de cálidas palomas
por el limpio tejado de las montañas lilas.

Y soñaban en pomas
paradisíacas de filtrado jugo,
y en un idilio de los vientos con los aromas.

Al Señor Nuestro plugo
darles líneas de copas transparentes
como se reza en Hugo.

Y secaron mis fuentes
por esa gota lánguida de un beso
en las finas copas de labios adolescentes.

Córdoba, cofre de mujeres, dulce embeleso:
les prometí la luz de un arrebol
por esa gota lánguida de un beso...

¡Y me dieron el sol!

José Gorostiza

LOS VOLCANES

Bellos paisajes de mi tierra,
fuera de las ciudades,
que a fuerza de vejez se han hecho tímidas
y se acurrucan trémulas en los valles.
Pero yo salgo al campo y a la sierra
y busco otros paisajes.
Quiero el río profundo en que saltan las ondas
y choquen con los pedregales,
y que el sol fecunde las aguas
y las torne frescas y fragantes.
Quiero tocar también los nudos
vigorosos de los árboles;
cobijarme en la sombra bienhechora
de sus paretados ramajes,
y oír el canto de la floresta
cuando se hace la tarde.
Mas yo sé que mi choza está en la cumbre,
rodeada de montes salvajes;
la tuve en las abruptas serranías
de los Andes,
y hoy, en el suelo de Méjico la tengo
entre mis dos volcanes,
acariciada por las nubes
y el aliento divino de los ángeles.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

A LA GRACIA PRIMITIVA DE LAS ALDEANAS

Vasos de devoción, arcas piadosas
en que el amor jamás se contamina,
jarros cuyas paredes olorosas
dan al agua frescura campesina;
todo eso sois, muchachas cortijeras,
amigas del buen sol que os engalana,
que adiviná is las cosas venideras
cual hacerlo pudiera una gitana.

Hambre y sed padezco. Siempre me he negado
a satisfacerlos en los turbadores
goces de las ciudades—flores de pecado—.
Esta hambre de amores
y esta sed de ensueño
que se satisfagan en el ignorado
grupo de muchachas de un lugar pequeño.

Amo vuestros hechizos provincianos,
muchachas de los pueblos, y mi vida
gusta beber del agua contenida
en el hueco que forman vuestras manos.

Pláceme en los convites campesinos,
cuando la sombra juega en los manteles,
veros dar la locura de los vinos,
pan de alegría y ramos de claveles.

En el encanto de la humilde calle
sois a un tiempo, asomadas a la reja,
el son de esquila, la alternada queja
de las palomas y el olor de valle.

Buenas mozas, no abrigo más empeños
que oír vuestras canciones vespertinas,
llegando a confundirme a las esquinas
entre el grupo de novios lugareños.
Mi hambre de amores
y mi sed en ensueños
que se satisfagan en el ignorado
grupo de muchachas de un lugar pequeño.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

INVITACION

Venid a visitar el jardín de mi alma,
ávidos de belleza,
niños ojerosos.
¡Venid!
Los «autos» locos en los caminos se persiguen.
¡Venid!
Las flores acaban de ser pintadas.
Aquí todo es luz,
hay frutos en cada rama,
perfume en cada naranja
y los labios maduros esperan los besos.
Después treparemos a los árboles
para ver la planicie
y nos hundiremos en el río claro
tan fresco.
Mas si la noche llega,
iremos
de estrella en estrella,
cometas astros errantes,
huyendo del jardín ridículamente teñido por la luna.
Y desde allá arriba
oiremos pasar

la sollozante procesión de los hombres tristes,
pues aún hay hombres que lloran a la luna
en este año mil novecientos veintiuno.

KIN TANIYA

DIA DE CAMPO

Sobre pardos pollinos sin pecado,
deshojando amapolas de alegría,
las muchachas regresan al poblado,
y como arriero, atrás se queda el día.

Chispas contra las chinas de la calle
saltan de las pezuñas que, livianas,
arrastran las luciérnagas del valle
hasta el pueblo ojeroso de ventanas.

Ladran los perros. El bullicio asusta
a las nubes doncellas del tejado.
A los agudos gritos de la fusta
responde el gallo de plumón dorado.

Los sombreros de sol escurren flores.
Los ligeros vestidos son de viento,
viento rosa y azul, que los colores
suben con el calor del pensamiento.

Coro de las parroquias de la vida
que va cantando el júbilo soltero
de paso, nada más por la aturdida
calleja del poblado pordiosero.

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO

ESTROFA AL VIENTO DE OTOÑO

¡Oh, viento del otoño, tus alas regocijan
las danzas pastorales, y en tu caudal paseo
mueves dulces señales en la flor de la espiga!
¡Maravilloso viento del otoño!

Tu espíritu sacude los huertos coronados de frutas
y tu sutil presencia aligera los gajos henchidos.
Pera de plata, manzana pintada o despintada,
higo como el crepúsculo, dulcísimo y sombrío.
Tu brazo y tu ala estremecen los árboles
y se oye el ruido obscuro de los frutos que caen.
¡Oh, viento del otoño, maravilloso viento
del otoño!

Acaricias los anchos trigales de la dulce Argentina
y haces rodar las últimas piedras bajo los Andes
y en mis ojos levantas una nueva alegría.
Alza la voluntad de los hombres de América,
abre los corazones de los hombres de América,
madura sus almas todavía tan amargas,
ahoga en tus telas de oro a la esperanza
fatal a los hombres de América.
Dales la fe superior al Destino
y la virtud de tu sutil presencia.
Sacúdelos como a los árboles a tu paso divino.
¡Oh, viento del otoño,
maravilloso viento del otoño!

CARLOS PELLICER

PARABOLA DEL FILOSOFO

Hermano Burro: quiero decir lo que eres;
pero traed a los niños y a las mujeres...
porque de ellos es el porvenir.

Tú cargas todo lo que te ponen encima:
bien y mal, año de hambre y cosecha opima;
no te importa y le buscas un sentido al vivir...

Si rebuznas, el necio lo interpreta
a su modo; te dicen poeta
porque vives un sueño y una beatitud...

Te abollan las orejas, te estiran por el rabo
y si tiras dos coces, cansado al fin y al cabo,
te apalean porque dieron en Dios y en la Virtud.

Si no fueras tristón, quizás valieras
algo más; no murieras
unas veces en cruz, otras asado...

Aprende a comer carne, hermano Burro;
sé menos inocente y más cazurro,
y quizá alguna vez
tendrás luz en la frente y alitas en los pies.

Como el grano de la uva lleva en potencia el vino,
la mujer lleva hijos...
¡El infante bien puede transformarse en Pollino!...

Hermano Burro: he dicho lo que eres
delante de los niños y de las mujeres...

José M. Solís

EL PUERTO

Eras en ti, mujer, el puerto hermoso
de otra mujer más pura, presentida,
como en la playa el mar es ya el deseo
de otra tierra ideal que se adivina.

Tu voz, tu dulce voz no era tan dulce
que bastara a acallar esa tendida
flecha de la canción en tu alma oculta,
porque era tu canción sin ser tú misma.

Y tu semblante pálido, perfecto
—la belleza interior nunca es precisa—
velaba en vano el rostro menos bello
al que ya el sueño juvenil tendía.

Mujer, cántaro ardiente,
que renueva la sed... ¡Sola y distinta!
Puerto de velas blancas y de mástiles trémulos,
límite vasto, línea
de espuma luminosa en donde empieza el sueño
y la verdad termina.
¿A qué tierra profusa de rosas y de pájaros
me saben hoy tus besos? La alegría
de tus besos me arranca de tu cuerpo
como el mar donde es mar ya no es orilla...

¡Mujer! Si comprendieras a qué saben tus besos,
a qué otro sabor que tu ronrisa
y qué tus ojos y qué tu silencio,
nunca me besarías!

JAIME TORRES BODET

ANTOÑICA

¡Antoñica, si hubieras sido
cómo yo te imaginaba!
Yo había puesto en tu alma
todo lo bello de mi alma
de colegial intacto
donde aún perduraban
bajo las arideces aritméticas
fulgores de cuentos de hadas...

Antoñica, rubia ramera
de mil ochocientos noventa...

Desde el parque frente a tu casa
te veía en el crepúsculo
palidecer, y luego iluminarte
para el vivir nocturno...

En tus cabellos brillaban
las onzas de oro
de la «partida» de Tacubaya.

Y en tus ojos violeta un alcohol
de veloces y azules flámulas.

Hoy, ya muerta, te identifico
con las princesas
de las miniaturas persas,
por sensual y por fina y rubia,
con la Madona del Gran Duca.

De tus amantes nadie te amó como ese niño,
ni el general, ni el banquero,
ni el banderillero
de Bernardo Gaviño.

Como aquel niño ya poeta
que divinizó tus pupilas
como estrellas lejanas,
suaves como violetas,
y en su deliquio, cuando tú pasabas,
extraño al sortilegio de tu sexo cruel
temblaba sin saber por qué.

Y te veía alejarte poniente en sus espaldas
las alas de su Angel de la Guarda...

JOSÉ JUAN TABLADA

CALLES

¡Caminar bajo la rendija azul,
tan alta!
Caminar sin que los espejos
me pongan enfrente
tan parecido a mí.

Callando, aunque el silencio
alargue la calle endurecida.
Caminar sin que el eco
grabe el oculto disco de mi voz.

Al mediodía, al mediodía
siempre, para no ir delante de mí,

y para no seguirme
y no andar a mis pies...

De prisa, dejando atrás la compañía
eterna, hasta quedarme solo,
solo sin soledad.

XAVIER VILLAURRUTIA

P E R Ú

NAVIDAD

Tus ojos
unen las manos
como las Madonas
de Leonardo.

Los bosques de ocaso,
las frondas moradas
de un Renacimiento sombrío.

El rebaño del mar
bala a la gruta
del cielo lleno de ángeles.

Dios se encarna
en un niño que busca los juguetes
de tus manos.

Tus labios
dan el color que niegan
la vaca y el asno.

Y en la penumbra,
tu cabellera mulle sus pajas
para el Dios niño.

MARTÍN ADÁN

POEMAS

I

Hoy se murió la iglesia del pueblo;
los hombres rojos del crepúsculo
se la llevaron.

Y la plaza se ha quedado rezando
porque mañana,
entre una vaca de campo
y un pastor
(en cuadro de Pascua),
la iglesia regresará.

II

Hoy el aire es un vaso
para estar mejor.

Y el viento ha vendado
los ríos enfermos.

Yo me iré en el trineo de la brisa
por los campos de Junio,

en donde sus manos mariposas
están bordando flores
en los árboles.

III

Hoy me he vestido del alma de mi novia,
y con la brisa del paisaje
y con la boina del aire.

Y las nubes eran vestidos de novia
para la boda de las estrellas
con el alma.

Una góndola, abajo, como un paje,
llevaba la cola.

XAVIER ABRIL

HORA

Camino bello,
sol,
montañas,
una grande alegría.

Tu silueta, tus trajes
llegaron a la senda.
Así el Amor me detenía.

Me fundí en tus curvas, me ahogué en tus trajes;
me sentí hoguera en tus labios,
me vi en tus ojos.
Así entraste en mi pasado.

Tus manos me cierran los ojos
mientras maravillosamente
me amas.

Mis pasos son ya inútiles.
Tus labios me aprisionan.
Así fué como entraste
en mi esperanza.

EMILIO ARMAZA

M A R

Yo tenía cinco mujeres
y una sola querida:
el mar.
Por ejemplo, haremos otro cielo.

Para el marino que nos mira de una sola ceja,
con su blusa como una vela en la mañana.

El viento es una nave más.

¿Quién habrá dejado caer
las rosas de las islas?

Se prohibe estar triste.
Y la alegría como un niño
juega en todas las bordas.

Un contador azul,
el año dos mil ciento.
El horizonte,
el horizonte que hacía tanto daño
se exhibe
en el Hotel Cry.

Y el doctor Leclerc,
oficina cosmopolita del bien,
obsequia pastillas de mar.

OQUENDO DE AMAT

EL POSTE

Negro, largo,
solo en la cumbre,
colgado de los alambres
está el poste
del telégrafo.
A través
de los vidrios
del «sleeping-car»
miro a Cristo
clavado en él,
con los brazos abiertos.
No sufre.
Con sus manos,
con sus pies
que sangran,
está tranquilo
y diáfano.

Los alambres,
electrizándose,
se estremecen,
palpitan,
llevan palabras,
deseos.

Cristo desfallece.
Ninguna de las palabras
es la que espera,
la que viene de su padre.
Ninguna
dice Dios.

La golondrina,
que aún tiene en el pecho
blanco sabor de cascarones,
juntas las manos,
le dice aquello
que nunca llevaran los alambres
en el alfabeto de Morse.

ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN

HETAIRA

Si al abrirte sus entrañas
se hace la cruz
de tu deleite,
¿por qué no te inclinas
y la besas en los pies?

La pobre hetaira entrega
un poco de su carne
y un poco de dolor en cada cruz.

¿Qué entregan los que lo tienen todo,
los que lo venden todo,
qué nos llegan a entregar?

Domadora. ¡Domadora desgraciada!
ascos que escupen tus entrañas
para amargarte el corazón.
Domadora. ¡Domadora!

Tus jaurías aullantes
se quedaron quietas, hombre.
¿Por qué ahora no te inclinas
y la besas en los pies?

ARMANDO BAZÁN

AVIADORA DE AMOR

¿Qué,
te arrepientes de llevarme pasajero
en el avión de tus brazos?

¿Y el racimo ecuatorial
de tu juventud, gemela a la mía?

¿Y el anhelo tuyo de brujulear
la mariposa lila de mi destino?

No:
Súbeme pronto a tu lado,
canten finas tus hélices
que el velocímetro de tu beso
marque
trescientos kilómetros por hora.

Soy un hombre electro-dinámico;
no temas ningún accidente,
tengo asegurada mi juventud
ante una Compañía celeste de seguros
por la importante suma
de cuatrocientos millones de estrellas.
¡Arriba!

¿Qué importa que náufrago en el vuelo de tus
[brazos
pierda la noche en la tierra,
quiero un record libre de amor

por sobre los hombres los rascacielos,
mástiles y colinas?

Aviadora febril,
de cuando en cuando
arrojaré rubios volantes al mundo,
palabras garfiosas, puñados de emociones
de la maleta de triple fondo de mi arte.

Aviadora de amor;
frente al hechizo negro de tus ojos,
embarcado en la velocidad
de tus nervios románticos,
¿qué importa que consuma su azúcar
la caña dulce de mi juventud
en el blanco motor de sus caderas?

FEDERICO BOLAÑOS

PUERTO

La mañana se despierta
y entra el día
vestido de marinero.

La bahía se despereza
en olas
y hay un bostezo sin orillas,
alegría de frutas mojadas.

Los trasatlánticos se fuman en el recuerdo,
el puerto es un puercoespín de mastiles.

El hermano pescador
ha vuelto
de ordeñarle los pechos a las estrellas,
y se trae un retazo de sueño
entre la red.

Su mujer y sus hijos
han arrodillado tres días
un Padre nuestro.

Una gaviota inútil dibuja su acostumbrado vuelo.

Los trabajadores desanudan sus músculos
en favor del capitalismo;
mañana será en contra.

En el lago de los ojos de las mujeres
están corriendo una regata
los pañuelos de la despedida.

Aquel remero fuerte
de músculos corredizos
está pugnando por salirse del paisaje.

Puerto:
jinete de rutas.

FERNÁN CISNEROS

FIESTA EN EL CAMPO

Unos amigos nos vamos a una fiesta.
¡El día es tan corto para tanta expansión!

La víspera de la fiesta
se sintetiza en la paloma pirotécnica
que se va al cielo,
como un mensaje de los aldeanos a Dios,
y en la retreta que acompaña a la paloma
en su excursión multicolor.

El alba del gran día:
la diana que sensual nos despierta
y triste quire hacernos llorar.

Cohetes, la misa especial,
todos prometen llegar a olor de santidad.

En la tarde, procesión de la santa
por los cerros, y en otros cerros la del sol.

El cantor entona la despedida,
y los cachimbos pellizcan las cornetas
hasta hacerlas llorar. La gente solloza
y los ojos cabrillean al sol.

Luego, oscuridad repleta de canciones;
y ya, en retorno, las sombras encabritadas
de nuestros caballos en la cuesta.

MARIO CHAVES

EL DOLOR DEL MOLINO

Es la pereza
de la tarde. Decorando el camino,
rumia su tristeza
el molino.
En la calma tediosa
que respira
el paisaje, todo reposa,
y el molino gira.
Odia a su tirano
el viento, que lo impulsa inhumano.
Rompe la muda
quietud de la tarde, la canción aguda
de su queja incesante.
Ríe de su figura innoble
de osamenta gigante
su vecino
el roble.
El árbol de testa melenuda
es un idealista que bendice al destino,
el molino
es un escéptico que duda.
Ignora lo que muele,
y eso agrava su mal.
(Le duele
la espina dorsal.)
¡Ah! Si en los aureos ocasos
pudiera el molino cruzarse de brazos...
Gira, lamenta su fortuna,
busca un recuerdo amable... Una vez,
de joven, enamoró a la luna.
después...
una interrogación en su tormento:
¿Por qué lo hará girar el viento?

Hastiado,
gira, gira el molino,
parece un peregrino
baldado
que agitara los brazos, perdido en el camino.

José Chioino

LA TARDA

Despunta por la rambla amarillenta,
donde el puma se acobarda;
viene de lágrimas exenta
La Tarda.

Ella, del esqueleto madre,
el puente baja inescuchada;
y antes que el rondín ladre
a la alborada
lanza ronca carcajada.

Y con sus epitalamios rojos,
con sus vacíos ojos
y su extraña belleza,
pasa sin ver, por la senda bravía,
sin ver que hoy me muero de tristeza
y de monotonía.

Va a la ciudad que duerme parda,
por la muerta avenida,
y sin ver el dolor, distraída,
La tarda.

José M. Eguren

EL PUERTO

¿Quién le dijo a este puerto que se pusiera así?
Nos ajusta el grito de los clavos,
oxidando gritas
en las húmedas entrañas de los durmientes,
las grúas estiran las sogas de sus chillidos
cables, con los que sujetan los pesados
lanchones de las nubes
empapados en tarde

Amarrada a los flancos del muelle
ondula la frazada del mar,
movida en sus más nobles sentimientos por el viento.

Los barcos juegan como niños,
arrojando globitos de humo por las chimeneas,
visten día de fiesta con colegio
en los castizos columpios de la inmensidad,
Los winches hacen circunferencias
en el cantón del cielo,
y una locomotora proletaria
sindica a los raíles
con la rodante teoría comunista
del derecho al pan y al campo.

Un poste policial abre sus brazos de alambre
para dirigir el tráfico de las voces telefónicas,
en la playa hay comentarios blancos de olas,
hacen huelga frente a los barrancos capitales,

tiran sus piedras de agua;
pero la caballería de los vientos
resuelve el problema con la ley marcial;
luego una calma anclada
con un rumor lejano al fondo de las horas.
¿Quién diría a este puerto que se ponga así?

NICANOR DE LA FUENTE

Omar Koyyam, toda existencia es parecida
a las rosas de tu parque violento.
Despojarse es vivir. Cada momento
se lleva pétalos de vida.

Mas sería un sutil remordimiento
morir como las flores,
lleno de vida.

Por eso a todos los amores
les doy mi carne vana
hoy mismo, que será tarde mañana.
Despojándome sigo.
Y a la Muerte diré: Perdona, hermana,
yo también soy mendigo.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

EL CAZADOR DE MOSCAS

Yo fuí un gañán haragán
que hacía surcos de canciones,
y también pastoreaba la manada
de mis silenciosos bisontes.

Una palomilla
cazador de nubes escarlata,
que les quitaba a las moscas
el cielo que traían a la espalda.

Mi padre: ¿Para qué sirves?
Y, en verdad, yo no servía para nada.

Pero llevaba una casa
como una mosca en la palma de la mano.

Un día la solté por la campiña
y fué volando a pararse
sobre los hombros de una calle.

Construí sus paredes
con las arrugas de mi cara,
y sus ventanas
mordeduras humanas.

Sus tejados eran noches desveladas.

Dijeron los vecinos:
El cazador de moscas está rico.
Yo levanté los ojos como un árbol.

Y ahora tengo casa.
Florece allí mi madre,
su corazón de manjar blanco
y mis hermanas
son cuatro cascabeles en mis alas.

Mi padre dice ya:
Bendito seas,
¡oh cazador de moscas y ciudades!

ALBERTO GUILLÉN

ALCION

Treparé el pino de un cerro, la trinchera de un valle; haré flamear mi cuerpo como pendón de carne.

Cantaré mi canción con mi nerviosa vida
y mi espíritu nuevo.

Mis venas surtirán como vertientes,
y haré vibrar mi sentimiento
con plenitud de existencia.
Fecundaré mi huerto de escepticismo eterno,
que madura en el alma y crea el pensamiento.

Haré fuerte mi brazo que orientará la yunta
de mi ethos cristiano;
abriré surco en la tierra y en el surco
del viento sembraré mis granos
con mis propios esfuerzos.

Domaré los caballos de mis instintos.

Me bañaré en el Nilo del alba
y correré desnudo bajo el árbol del sol.

Nutriré la mirada de bruces en la pampa,
y auscultaré el secreto de lo que no se alcanza.

CARLOS ALBERTO GONZALES

¿DONDE ESTA?

¿Y el árbol cuyos frutos la pupila infantil
miraba codiciosa, radiante, con temblor
de gota de rocío sobre cáliz de flor,
cuando eran las mejillas rosas y el alma abril?

¿Y en la fora el temprano trinar primaveril?
¿Y el mugido del joven toro ebrio de amor?
¿Y las húmedas hierbas esparciendo su olor
en el aire azulado, puro leve y sutil?

¿Y la virgen pastora con cara fresca y con
tiernas carnes que olían a trigo, y el gañán
mancebo que la amaba con rústica pasión?

¿Y la lluvia lavando las ramas? ¿Y el afán
de ser feliz? ¿ Yel iris como ingenua ilusión
fulgurante? ¡Ilusiones que ya no volverán!

PERCI GIBSON

EL EDIFICIO SIMPLISTA

Toda la noche pierdo
en arquitectónicos apuros,
y al fin alzo los muros
con ladrillos de versos y piedras de recuerdos.

Hecha un albañil la luna,
revoca con su cal toda la casa.
¡Mañana el sol le ha de dar una
mano de rojo del poniente brasa!

Y la amueblo:
¡mi grito!
Y la pueblo:
los libros que yo he escrito...

Luego fumo,
para que no le falte chimenea...
¡En el humo
mi alma se va a los aires
y flamea!

No me puede ninguna
gente desalojar: ¡esta es mi casa;
Mañana el sol la ha de dar una
mano de rojo del poniente brasa.

ALBERTO HIDALGO

CABARETRIN

El jazband colorista...
La laguna del dáncing.
Fonográfica vida de la vida... El amor,
el amor milonguista de las lunas cambiantes
bajo los besos de las pantallas camaleón.

El fagot de la pena bombardera, epidérmica...
Y los cristofalonios de la euforia infantil...
Y el alcohol,
el alcohol que golpea la tarola romántica
y el carcajear de las mil flautas de cartón.

Una ampolleta que revienta llena
de gases hilarantes
es la palabra ¡Cabaret!
Aquí, oh piedras preciosas de la muerte,
sois un hirviente remolino de chaquiras...

¡Qué poco elástico es el redondel!

¡El que quisiese versos que no os mire!
A lo mejor, la carne es de papel.
De las pupilas góticas del ansia
saltan cohetes de luces
hacia el cáscara cielo de la fe.

Timbal primaveral de lo casual, agrio timbal,
¿qué haces aquí?
En este cuadro de alma celuloide
yo soy un cigarrillo pinturero
que sostiene una boca de carmín.

Mujer, mujeres de humo alcanforado...
Acoriris de un hastío surtidor,
rasgueantinas matracas de infortunio,
¡cabezas de tambor!

¡Oh, charol de la ustoria femenina,
aquí donde no hay sol!

El vapor de las danzas emboladas
que asfixia a un Pitigrili soñador,
un embolismo de caderas trombas,
boya que boya por mi alrededor.

Oh jazband colorista...
Remolino del dáncing,
fonográfica vida de pasión.
El amor milonguista de las lunas cambiantes
bajo los besos de las pantallas camaleón.
Toda la luz aventurera, toda,
aquí, donde no hay sol.

JUAN JOSÉ LORA

HIMNO

Arbol,
soledad del hombre, niño aún he visto
irse las estrellas a la llegada del alba,
los pájaros gritaban de alegría libres, y
cara al sol rasgaban su canto en las ramas
abiertas que miden el cielo.

Arbol,
garúa de música, paisaje de la luna,
esperanza siempre arriba
como la de este hombre que canta.

Pájaros, únicas banderas de libertad que bate
la tierra, embanderando los árboles rubrican
su violín.

Arbol campesino, dulce y fraterno, con caña
de choclo,
en la ciudad es centinela que custodia la miseria,
ríe, pero nunca llora como el viejo pampero
de mi pueblo, que me decía:
Amigo mío, no hay mejor hermano que un árbol
que crece a nuestros ojos. Cuántas tardes su
sombra tibia acarició el sudor ácido de mi cuerpo.
Cuando iba al trabajo en las mañanas de huevo
tocaba las nubes, yo miraba con mis ojos azorados,
día y noche, día y noche, tanto que las virutas
de la voluntad levantaron mástiles donde nació
un hombre con la moneda del infinito entre las manos.

Arbol,
ascensor de los hombres a la más alta ciudad,
campanario verde, vigía del horizonte,
y metáfora de la tierra;
cómo le debes doler a la noche cuando le robas
las estrellas del cielo.

Las chimeneas de la urbe,
proveedora de las guerras,
te saludan con hurras de humo,
y los hombres estremecidos de las fábricas
te regarán con sangre
para que nazca la libertad
desde tus raíces profundas.
Entonces no habrá más hombre que el que defiende
la tierra,
ni más Dios que el Hombre.

SERAFÍN DEL MAR

J A R A N A

El peón don Julián, que se ha colocado de poncho,
un retazo de crepúsculo olvidado en el campo,
hoy ha vuelto en francachela
abrazado a la cintura de su joven querida la guitarra.

El pasar el arco último del día
sus amigos, los campechanos, tórax al viento,
anchos de amistad como los valles,
le han cogido en la emboscada de abrazos que se en-
[redan
y a encender la noche de fiesta como un castillo
trepan la cuesta colorada de la tarde.

En la choza se desentornilla la voz de cuarenta años
en una marinera chorreante de aguardiente;

los pañuelos, como pendones de los maridos,
flamean sobre las espaldas como cerros de las chollas;

ellas se descuelgan las caderas
y las dejan como barcas sobre mar movido.

Los aplausos queman el aire,
de los ojos la alegría sale a chispas,
y las polleras sueltan carcajadas de colores.

Afuera
las sombras rondan sin un cigarrillo
(hay ganas de invitarles a una copa).

En un corralón lejano
se incendia de ladridos la media noche.

GUILLERMO MERCADO

PERFIL DEL MARINERO EN LA CIUDAD

Llegas en blanquísimos caballos de olas,
ondulante de puertos, mojado de tormentas,
y la ágil geometría de tu cuerpo
ancla un retazo de madrugada en la ciudad.

Jugosa danza tropical de frutas,
alas de pájaros azules te regaló la costa,
alegría nocturna y gris de islas dormidas.

Aquí está el marinero de ojos rubios
y cabellos de viento;
el que hizo más tostado el perfil
en los ecuatoriales mares intensos,
aquel de los países colgados en los brazos,
el que lleva más azul de tatuajes el recuerdo.

Cazador de llegadas alegres
con músicas mojadas de amanecer de inviernos.

Sonrisa de los muelles,
color feliz en el paisaje en fiesta de la tarde.

(Tres marineros blancos se enlazaron los brazos
y se fueron cantando por toda la ciudad.)

¡Adiós, norte! ¡Adiós, sur!,
adiós todas las alas de mi brújula.

Yo también quiero irme por la noche sin puertos,
sin rumbo, en mi solitaria barca interior
florecida de viajes,
cargada de horizontes.

Por la noche, marinero, con lagas de silencio,
abierta a los cuatro vientos de mi corazón.

CÉSAR ALFREDO MIRO QUEZADA

ADVIERTE...

Advierte
que en el trance mayor he sido fuerte;
advierte
que mi gesto más bello fué la muerte;
de suerte
que el día
que la Enlutada vaya a verte
tu hora deba ser como la mía.

Ahora
la promesa que hiciste, soñadora,
cuando era
bella, muy bella aún la primavera,
y había
temprana
enfloración de rosas y bebía
pagana
energía
en la bravía fuente cristiana...

Ahora
que al amor de un crepúsculo de aldea
me holocaustaste el voto de tu hora...
Sé mía
y sea
toda, en belleza y en melodía,
al consumirse la votiva tea...

RENATO MORALES DE RIVERA

EL TRAUMERE

He abierto en mí mismo la ventana
del pasado a las húmedas praderas,
y he visto la niñez o la mañana...
He cerrado, he cerrado esa ventana,
y el rocío ha quedado en las vidrieras.

ERNESTO MORE

NOCTURNO NUMERO 6

¡Maravilla infinita de la noche estrellada!
Perlas enloquecidas, diamantes de temblor,
toda la joyería de Dios desamparada:
La Cruz del Sur, Andromaca, Sirio, la Osa Mayor.

Joyero misterioso, joyero sabio y fino
que abres tu escaparate sonámbulo al camino,
quién fuera ese diamante con su temblor divino,
para llevarlo trémulo de una pasión callada,
única joya limpia y con amor ganada,
hasta la mano fina de la mujer amada.

Mi amada es dulce y fuerte. Contra mi ruda vida
suave cabrita huérfana se apretó conmovida.
Le dije: mi camino es de sangre y de guerra,
yo he sentido el terrible dolor que hay en la tierra.

Mi mal es un mal hondo, solitario y maldito,
¿qué hará con tus collares de lágrimas mi grito?

Me dijo: iré contigo, seré tu compañera.
Toda la fiesta pura de mi cuerpo te espera...
Sé bailar. Sé cantar. Sé dónde está el olvido.
Y me abrió el abanico sólo de sus cabellos.

Joyero alucinante, joyero estremecido,
¿qué diamante profundo, lento y desconocido
hasta el alba, temblando tú has pulido para ellos?

JUAN PARRA DEL RIEGO

VIDRIOS DE AMOR

¿Con cuántas lágrimas me forjaste?
He tenido tantas veces
la actitud de los árboles suicidas
en los caminos polvorientos y solos.

Cretamente, sin que lo sepas,
debe dolerte todo
por haberme hecho así, sin una dulzura
para mis ácidos dolores.

¿De dónde vine yo mi fuerza
para no conformarme?
Yo no conozco la alegría,
carrousel de niñez que no he soñado nunca;
¡ah, y sin embargo
amo de tal manera la alegría
como amarán las amargas plantas
un fruto dulce!

Madre, receptora alerta,
hoy no respondas, porque te ahogarías,
hoy no respondas a mi llanto
casi sin lágrimas;
hundo mi angustia en mí para mirar
la rama izquierda de mi vida
que no haya puesto sino amor
para amasar el corazón de mi hija.
Quisiera defenderla de mí misma,
como de una fiera,
de estos ojos delatores,
de esta voz desgarrada,
donde el insomnio hace sus cavernas,
ya para ella ser alegre, ingenua, niña,
como si todas las campanas de alegría
sonaran en mi corazón su pascua eterna.

MAGDA PORTAL

LA PASTORA FLORIDA

Los ojos golondrinas de la Antuca
se van a brincos sobre las quinuas.

Un cielo de petróleo echa a volar cien globos de humo.

Picoteando el aire caramelo
evoluciona una escuadrilla
de aviones orfeonidas.

Hacia las basílicas rojas
sube el sol a rezar el noveno río.
Sale el lago a mirar las sementeras.
El croar de las ranas se punza en las espigas.

Los ojos de la Antuca
se empolvan al pasar por los galpones.

Ha guturado la campana
el asma tatarabuela del pueblo:
din don diin doon,
como tijeras de trasquila
se ha hundido en el vellón de las ovejas.

¡Pobre Antuquita!
Todo el día detrás de la majada.
Hecha un ovillo sobre las piedras
se ha ido tan lejos.

Se va a quedar en media pampa
acorralada entre los cerros.
El barro de los fangos
ha ensuciado el camino bengala de sus ojos.
¿Para qué habrá ido sola al pastoreo
con tantos duraznos abridores
y las caderas reventonas?
Tiene la boca llena de tierra quemante,
un helluncho le brinca sobre los parietales.

Bajo un kolli pordiosero
ha hecho acrobacias locas con el silbico
en el trapecio de los nervios.

Y se han sajado las carnes
y han hecho cantar la honda.

Los ojos golondrinas de la Antuca
se van
planeando
por las cabañas...

ALEJANDRO PERALTA

ANDE ROJO Y SOBERBIO

Ande rojo y soberbio
que tus proas levantas,
la negra marinería de tus nubes
contra los astros.

Mi sangre sufre el aleteo del mar.

Tu cuchillería peina
todas las migraciones de los siglos,
de cien siglos paralelos,
y restos de años-paisajes asoman a las puertas
de las ciudades antiguas.

El trópico eriza sus termómetros.
Rompe su ola en tus faldas
y tu zoología baja royalmente
a pisar la espuma cadavérica.

Manco, gota de sangre
que bajó por la espada solar,
y Cuzco, botón de todos los horizontes.

Ningún trampolín
elasticó, como tú, las piernas de la mañana
cuando vino a caer ante las lágrimas
candilejas de la noche noctámbula.

El Ande tiene un galope negro
hacia la estrella polar.

Desde tus cumbres la esperanza
arrolla los vientos
con que eleva el disco del futuro.

El sol es un pez que salta
de estribor a babor.

Ahora en tus caminos espirales
hay una nueva velocidad.
Filosofemas de piedra, cazadores por tus cumbres,
degollarán con sus duras aristas
las cordelerías de la historia pirata.

Mi sangre sufre el aleteo del mar.

RAMIRO PÉREZ REINOSO

CANCION DE CUNA

Niña de alma libélula,
cuando tus dulces ojos colegiales
se asomen a los bordes de esta canción de cuna,
¡ah, yo estaré de viaje a las Américas felices!

Recuerda que te quise con dulzura de niño.

Fuiste tú
la sola barcarola
del paisaje marino de mis sueños,
reguero de estrellitas en el alba,
nevar de mariposas en mitad de la noche.

Yo te creé en las noches de máximos sollozos
porque en ti espero ver nuevamente mi alma,
viajera de los cielos,
cascabel en los días de amargura,
golondrina en las noches de los duelos.

Yo sé que irá a posarse sobre mi huesa humilde
la alondra de tu canto en las noches brumosas
de las lágrimas.

RICARDO PEÑA BARRENECHEA

VENTANAS HUMILDES AL CAMPO Y AL MAR

II

En la mañana clara
repiquetean
las campanas.
¡Fiesta!

Para la misa de ocho
de tus miradas
se ha vestido de blanco
mi alma.

La iglesita es un nido
de ternuras pascuales.
Huele a rosas y a ti
el aire.

IV

Blanca la mañana,
blanca como tú.
La mañana es toda
luz.

Vereditas cándidas,
camino del rancho.

Niño que a la escuela
se aleja silbando.

Paz maravillosa
que invita a añorar.

Gorrionzuelo huraño
que al verme pasar

abre las alitas
y se echa a volar.

ENRIQUE PEÑA BARRENECHEA

P O E M A

Un grito de angustia
ancló
en mi corazón.

Y desde hoy—desde aquel hoy—
me voy rastreando
el alma de mi
madre.

Cada huella de sus pasos es una
estrella,

y donde ha descansado
hemos brotado
nosotros,
con unos desafíos
al cansancio del caminante,
que se desentumece ante el
grito.

JULIÁN PETROVIK

POEMA

6 a m.
en cada cama florece una cabeza en ángulo;

estas mañanas de hospital
salen todas de una carbonería.

¡Buenos días, hermana!

La hermana Antonia
cuelga una mirada violeta
en mi escapulario de angustias.

Vibra el seismógrafo
de su proletarismo;
la hermana Antonia se adentra
en mi dolencia amarga.

La entrada del médico obeso se acompaña
de los hurras sin voz de las heridas,

y en el arco desconexo del dolor de cada uno
pendula el signo torvo
de la opresión burguesa.

¡Eeeuph!
Desde el trampolín de un hipo
piruetea la muerte.

En una encrucijada de sombras
mimada de sulfatos
se despereza una tisis.

¡Hospital!
Cubo abierto para la cal de los huesos
no roídos en el ritmo singular
de la fábrica.

En el torso gigante,
largas cruces
hacen un saludo fascista
a la noche triunfante.

ESTEBAN PAVLETICH

CHARLIE CHAPLIN

Para aquí, para allá,
pie derecho, pie izquierdo,
bigotito en rosa
y tres saltitos cristianos
que llaman a los niños
a desquijarrarse: el cielo.
Y la sonrisa que piensa en panes y dolor:
«Mayores de edad, pero no Valentinas.»
Charlie Chaplin,
el reclamo de ti mismo
yo en los periódicos veré:
«United Press.—New York.—Charlie Chaplin mudo.
¡Gran triunfo!»
Y te colocaré por sobre el canal
todo un ramo de agradecimientos.

CARNAVAL

La serpentina de su sonrisa:
¡qué grande fuera prenderle fuego!
¿Hasta dónde iría?
Y en el cerebro me quedó olor a éter
que rajaba la voz distante;
mejor se hubiera quebrado.
¡Cuánto ingenio se ha desaguado
por el camino de un blak botom!
El niño viejo pide a gritos
agua y el Carnaval de la vida:
«Quiero comer el confite que hay en todo.»

JULIO DEL PRADO

NUNCA...

Las tres hermanas blancas
de luengas caballeras rubias
están jugando a darse besos
bajo la luna...

En el juego han perdido
los anillos de nupcias
que unos mancebos de ojos tristes,
a cambio de ventura,
les pusieron al dedo una mañana...

Y ellas, despavoridas, buscan,
arrastrando sus trenzas
por la crespa verdura.

Después pierden los ojos
(¡ah, cuánto tiempo buscan!),
y de tanto inclinarse
los ceñidores dejan las cinturas
al descubierto, y el sol muerde
sus carnes como frutas...

Ya no vendrán. Espero,
sin embargo, a la mía, a la única
de todas las hermanas de la tierra,
que me dijo que aguarde... (Una por una
han muerto en el silencio
sin encontrar la ruta.)

Y mi esperanza sólo es esperanza,
porque toda esperanza dice: ¡Nunca!...

CÉSAR A. RODRÍGUEZ

YO SOY UN ARBOL JOVEN

Yo soy un árbol joven
mordido por las ansias
de frutos.
Hay un rítmico anhelo en cada brote
cuando la Vida canta
la esperanza de ver enraizados los surcos.

Arbol joven que en tierra
de dolores se nutre
y tiende ásperos brazos hacia jugos vitales.

Esta es mi fuerza, mi fuerza;
rumor de ramas y casto perfume,
¡oh, árbol amigo de tristes y de errantes!

El azul de la tarde se enmaraña en mi copa;
canta entonces la savia su canción embriagada
y cuatro aves mías rompen cuatro horizontes...
El árbol canta y llora,
llora porque la vida le hiende con su hacha
y tiene amargos los cuatro pezones.

Al viento, que pasa hueco,
lo emborracha de música y perfume...
Y el viento, tras de dar la vuelta al mundo,
humildemente torna a dormirse en su seno.
Las albas lo sorprenden cargando sus laudes
y el sol lo mira siempre con sus ojos de buho.

Arbol joven, que tienes muy hondas las raíces;
árbol joven, tu copa ha perforado el cielo,
entonando la savia su embriagado poema.
El llanto de los cielos y de la tierra exprimes,
aunque no tienes alas como tu hermano el viento
entonas al paisaje con una lírica fuerza.

Yo soy un árbol joven
mordido por las ansias
de frutos;
mis canciones son las frescas canciones
de las montañas, las aves y el agua,
y mis raíces nutren entrañas de futuro.

LUIS RODRÍGUEZ

PLEGARIA

¿No me darás la arcilla de la cantera rosa
donde labrar mi vaso para gustar amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

¡Mi vida es un estanque de agua bituminosa!
¡Lanza en él una estrella de ternura y de albor,
y en el plinto de mi alma pon un mármol de diosa,
aunque sea truncado como Venus, Señor!

¡Por los líricos ritos, por vésperos y auroras,
por la lepra de luna que cilicia mis horas,
heme triste, heme bueno, heme humilde, Señor!

Apto estoy para ungirme con tus celestes dones,
por si voy enfermo, sangrante de canciones,
con mi lepra de luna... ¿Quién me querrá, Señor?

ALCIDES SPELUCIN

EL DOLOR PENSATIVO

Se quema el tiempo sin cesar. Las horas
caen hechas ceniza
y ruedan al abismo de la nada
las dichas y las penas confundidas.
Cada hora que se quema es una lágrima,
alguna vez—muy rara—una sonrisa,

y siempre una amenaza que nos sigue
y nos acecha al borde de la vida.
Si es que sufres más tarde,
si el destino de una ilusión te priva,
piensa—el poeta te lo dice—, piensa,
que al volar de los días,
cuando el pasado sea ante tus ojos
como una flor marchita,
han de quedar tan sólo
de todos tus dolores y alegrías
un recuerdo muy tenue que se esfuma
y un puñado de polvo hecho ceniza.

ALBERTO URETA

LA DANZA DE LAS HORAS

Hoy, que está la mañana fresca, azul y lozana;
hoy, que parece un niño juguetón la mañana,
y el sol parece como que quisiera subir
corriendo por las nubes, en la extensión lejana,
hoy quisiera reír.

Hoy, que está la tarde dorada y encendida;
en que cantan los campos una canción de vida,
bajo el cóncavo cielo que se copia en el mar,
hoy la Muerte parece que estuviera dormida;
hoy quisiera besar...

Hoy, que la Luna tiene un color ceniciento;
hoy, que me dice cosas tan ambiguas el viento,
a cuyo paso eriza su cabellera el mar;
hoy, que las horas tienen un sonido más lento,
hoy quisiera llorar...

Hoy, que la noche tiene una trágica duda,
en que vaga en la sombra una pregunta muda;
en que se siente que algo siniestro va a venir,
que se baña en el pecho la Tristeza desnuda,
hoy quisiera morir...

ABRAHAM VALDELOMAR

LOS DADOS ETERNOS

¡Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

¡Dios mío, si tu hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación!
Y el hombre sí te sufre: ¡el Dios es él!

Hoy, que en mis ojos brujos hay candelas
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas
y jugaremos con el viejo dado...
Tal vez, ¡oh jugador!, al dar la suerte
del Universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda, obscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra

es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la ventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de la inmensa sepultura.

CÉSAR A. VALLEJO

EL HOMBRE DEL ANDE QUE ASESINO SU ESPERANZA

Los días ordinarios se hacen labor en tus manos;
por ti en el campo la siembra se adorna de cachuas ro-
[sadas,
y las faenas son sencillas, con sabor a coca.

Tú enseñas a hilar la lluvia
y tiñes el alma con tintes tomados de los colores del
[crepúsculo,
y tejes las tardes en los telares de mi abuelo, el indio
[mayor de Jesús,
y desatas las estancias de sus soledades más acá del
[viento.

Los corderos, que son más blancos después de tu mi-
[rada,
salen al campo balando el primer sol,
al campo recién abierto y jugado de acequias y churos
y magueyes añosos.

Benito, el muchacho que fué a cazar zorros,
porque se le acabó el camino como el fiambre,
ha vuelto con la bufanda cantante.

Este indio del Winchester,
turista de los amaneceres por los pajonales,
religioso cuando los huaicos salen de su escondite
para borrar los caminos que tú tendiste.

El muchacho pastor de sus instintos y hondero antiguo
que no alcanzó su corazón con la piedra del bloque futuro,
por eso ahora ama su Winchester andino.
La estancia es joven con las jircas antiguas y sabias,
con pimpinelas que hacen señas al sol,
y el paisaje atleta de cumbres gritando bandoleros de virilidad.

En la charca, la chaquitaclia será energía
y los asnos robustos de caminos.

Más tarde la iglesia del pueblo
rezará por las labores y por ti,
y las yuntas mañana en la quebrada del marañón ararán el sol.

José Varallanos

PERFIL DE FRENTE

A mi alma pirata no le firman
los despachos en los puertos.

Para mi corazón incienso no hay vestales
que no dejen apagar el fuego.

Mi frente está cincelada
en cantera de estrella.

Mi frente está tomada de crepúsculo
en las cumbres.

Mis ojos suspiran musicales
en el pentagrama de su limitación..

Mi boca es un arco sin flechas:
no lo saben templar.

Mis manos son dos arbolitos,
pero alados.

JUAN LUIS VELÁZQUEZ

PUERTO RICO

LOS SIETE PUNTOS CARDINALES

Toco el cielo : mis dedos engarzados de aurora.
Hablo al cielo : mi voz empapada de aurora.
Sonrío al cielo : mi rostro aflorado de aurora.
Camino por el cielo : mis pies enredados de aurora.
Y voces, voces de los siete puntos cardinales.
El Norte me dice : Nievo en tu cabeza eternidades de [sabiduría ;
ramilletes ultrarradiosos que arranco de la frente de los [iluminados,
constelaciones circulares para coronar poetas.
El Sur me dice : Soplo mi viento henchido
de murciélagos, buhos, brujas y fantasmas,
racimos tenebrosos de la noche.
Pisa mi cola empedrada de tormentas y esgrime tu es- [pada de astros.
El Este me dice : Soy el ejército espectral
que sale de inmersiones profundas
y viene, desde mil años, por arenales bermejos.
He oído el diálogo de las pirámides y Sirio.
Sus palabras han mojado el hocico de las camellas
que también padecen la sed del espacio.
Soy el barro que se transforma
hasta alcanzar tu rostro borrado en el crepúsculo.
En los dedos de un gigante palpito para llegar a tu be- [lleza.

La sangre solar raya con su tatuaje azul toda mi carne.
El Oeste me dice: Soy tu collar de piedras preciosas;
despréndeme del polvo de tus hijos muertos.
Hay raudales de sistemas planetarios en mí
y tu esencia es átomo de mis esencias.
Cuando te mueves vibra la cadena
de la fenomenología universal.
El Cénit me dice: Soy el molde de Dios,
molde que en ti se estremece,
cruje y adquiere las curvas infinitas del Cosmos.
Mi página es el cielo cuajado de destinos.
Soy espiga accesible para el que tiene un alma.
¿Tú tienes un alma? Déjame ver tu alma.
El Nadir me dice: Si el Cénit es el vaso perfecto de la
[llama de tu espíritu,
yo soy la boca negra que pide el fruto de tu cuerpo.
Entra en mí con la aurora en tus brazos,
en tu voz, en tu cuello y en tus pies.
La aurora y el rocío humedecen un millón de alas.
Yo perforo el corazón del hombre
con el puñal del gusano.
Ahora tus pies están sobre mi hierba
y mañana mi hierba estará sobre ti.
El torrente de tu verso
se detendrá ante la lividez de tu boca.
Y en tu boca se filtrará, grano a grano, la tierra,
para ahogar las multitudes visionarias de tu espíritu.
En mi cárcel, tus pies se volverán espinas.
Soy lo que en ti se exalta, cae y se pudre
para ser pan de ceniza en el horno de la tumba.
El corazón me dice: Soy la tortura roja que ha mil
[años vive
en el fondo encantado de tu pecho.
Yo soy tú, todo tú, nudo de Aldebaranes,
encarnadas estrellas que amasó la Divinidad,
de cuya mano brotan chorros de formas.
Soy la joya perfecta del silencio.
Soy el tesoro hundido de las quimeras.

Estoy hecho de ti: de la arcilla luminosa de los mundos.
Estoy en ti y soy todo:
tierra, cielo, vida y muerte.
Soy la casa del hombre, porque en ella está Dios.
Si mueres, seré un águila blanca que vuele y gire
en sus vuelos enormes hacia su nido: el sol.

EVARISTO RIVERA CHEVREMONT

REGRESO

La casa. El campo. Mi regreso. Existe
la bondad de mis hermanas.
Hay pan blanco y agua clara,
y canta como un pájaro el orgullo
que he colgado de una rama.
La tarde nos mira con ojos fraternales...
El cariño se recoge en nuestras faldas...
Los recuerdos se avivan...
—Una vez... sí... yo me acuerdo... Tú eras
muy pequeñito... ¡Anda!...
—¡Todo el tiempo que ha pasado!
Se abren a la espectativa mil ventanas
y entra la felicidad
de este día. Sube una quietud al alma...
Late mi corazón.
Descansa una sonrisa en los labios...
Yo callo. Mi padre habla y habla...
Todos los ojos se humedecen...
La hora cae en una laxitud mansa...

EMILIO R. DELGADO

NOCHE

¡La alegría encantada en el corazón inquieto de la [Noche!
La Noche es una rosa fragante de alegría.

Nadie ha exaltado sus potencias dinámicas.
Nadie ha llegado a la comprensión definitiva
del alma de la Noche.
Alma llena de honduras y prodigios.
Alma enflorada de pájaros y estrellas y alegrías cam-
Alma sencilla y única. [pestres.

Comprender el alma celeste de la Noche
es comprender la Vida.

La Noche encierra todas las posibilidades,
las posibilidades de todas las larvas,
las larvas de todas las crisálidas,
las crisálidas de todos los ensueños,
los ensueños de todos los amores,
los amores de todos los tiempos,
los tiempos de todas las vidas.

Nadie ha llegado a la comprensión definitiva
del alma de la Noche.

En la Noche se desnuda la Belleza;
en el cristal de las horas destila Dios su mansedumbre;
el pensamiento se hace ave
y canta en la copa de los árboles dormidos;
la inquietud colma sus ánforas de voces inauditas;
hay en los cielos una rubia primavera de músicas as- [trales;
la Vida adquiere un sentido supremo de lucidez.

En la Noche florecen los grandes lotos del Espíritu;
alcanzan su forma definitiva las verdades nuevas;
se descubren las Américas lejanas;
plasma el loco su visión en los bronces del Silencio.

VICENTE GÉIGEL POLANCO

IMAGINARIO DE LAS ESTRELLAS

La admiración ha sacudido reciamente
los árboles de la flora estelar,
y se han desprendido—frutos maduros—las imágenes:
estrellas.
Rocío de inmensidad adamantinando
el crespón de la tiniebla.
Arcos de triunfo para el fracaso de los bohemios no-
Dedos de bebé inquieto [cherniegos.
tecleando en la falda negra de la abuela.
Cálices que culminan su rubio temblor
sobre tallos invisibles.
Comentarios pitagóricos al margen de la duda univer-
Pupilas dilatadas en éxtasis sobre el infinito. [sal.
Lentejuelas en el cuerpo desnudo
de la africana hermana de la Muerte.
Naranjas de una cosecha inverosímil
que siega en sazón la hoz blanca de la luna.
¡Estrellas!... ¡Excelentes tachuelas doradas
para festonear la tapa de mi ataúd!...

SAMUEL R. QUIÑONES

HOY ME HE ECHADO A REIR

Hoy me he echado a reír al salir de mi casa.
Alguien ha dicho: «Vedle, hoy está alegre.» Cojo
mi sombrero de fieltro y murmuro en voz alta:
«En un trago de sol voy a beberme el día.»

Hace fresco. Yo estoy empapado de alba,
y canto, y grito, y corro, y he dicho: «Hermano viento,
métete por mis poros hasta el fondo del alma
y hazme vibrar, como una cuerda eolia...»

No sé qué magia tiene para mí esta mañana
que aspiro a pulmón lleno la brisa, y siento un vago
olor a hierba fresca, y a pradera, y a infancia...
Y un anhelo infinito de convertirme en buey,
o en abeja, u hormiga, o en rosa, o en cigarra,
y poseer un simple sentido de la vida,
libre de toda esta preocupación amarga
para hablar con las piedras y decirles: «Soñad;
para vivir no hay que preocuparse por nada,
sino reír la hora intensa del presente,
y nunca, nunca, ¡nunca!, pensar en el mañana.»

(Las cosas tienen rostros familiares y amigos,
y con voces secretas sobre el viento nos hablan...)

¡Oh, si toda la vida se convirtiera en uno
de estos amaneceres!... ¡Un minuto, una llama!
¡Que fuera intensa y breve para luego dormir!

Y así, pleno de ensueños, exaltarme en un alba
con sol y muchos pájaros y humos madrugadores
y yerba y animales... Y de pronto, lejana,
con el vestido blanco, aparecieras tú,

en la mano cogido el sombrero de paja
y frente a mí rompieras a reír, y, mimosa,
en medio de la boca con pasión me besaras...
(sin que se estremeciera nuestra arcilla nerviosa),
y correr y llenarnos de energías paganas,
para decirnos: «Bésame sobre los ojos... ¡Tómame!»
Y empaparnos de amor, de alegría y de alba...

Pero tú no apareces. Yo estoy loco. Quisiera
sacudir de mis hombros toda esta carga vana
de andrajos y miserias que nos pudren la vida,
y correr cara al sol, cara al sol, ¡cara a cara!,
y quedarme tendido sobre las hierbas húmedas
mientras zumben de vida, en la luz, las cigarras.

VICENTE PALES MATOS

EL POZO

Mi alma es como un pozo de agua sorda y profunda
en cuya paz solemne e imperturbable ruedan
los días, apagando sus rumores mundanos
en la quietud que cuajan las oquedades muertas.

Abajo el agua pone su claror de agonía:
irisación morbosa que en las sombras fermenta,
linfas que se coagulan en largos limos negros
y exhalan esta exangüe y azul fosforescencia.

Mi alma es como un pozo; el paisaje dormido,
turbiamente en el agua se forma y se dispersa,
y abajo, en lo más hondo, hace tal vez mil años,
una rana misántropa y agazapada sueña.

A veces al influjo lejano de la luna
el pozo adquiere un vago prestigio de leyenda:
se oye el cro-cro profundo de la rana en el agua
y un remoto sentido de eternidad lo llena.

LUIS PALES MATOS

ESTE CANTO INSOLENTE

Este canto insolente, como un viento rijoso,
con que elevo a los hombres y multiplico la vida,
tiene un ritmo rotundo y un compás poderoso
cuando imanto sus alas y sacudo la brida.

Es el canto de hierro, es el canto de llama,
que palpita en la entraña de este siglo reciente,
amasado en las furias de un eléctrico drama
y apresado en las garras de un cerebro potente.

Es el himno de fuego de esta trágica hora,
borracha de hecatombes y erizada de trenes,
en que el hombre es un monstruo con pezuñas de au-
[rora.

Para todos los locos que idolatran la guerra
yo construyo este canto, cuyos negros barrenes
electrizan el tiempo y horripilan la tierra.

JORGE PASTOR

¡ALELUYA!

Rutina de callejas polvorientas
en la blancura de las horas;
ignorancia feliz de la sencilla
gente que no ha salido de los pueblos.
¡Aleluya!

Quietos amaneceres provincianos;
soles de madrugada, soles húmedos;
achacosa vejez, que sale fuera
del absurdo camastro a ventilarse;
la humildad asomando con el día,
y la costumbre, que despierta todos
los hogares, y prende las hornillas,
y pone el desayuno, y va a la iglesia
a conversar con Dios y con el diablo.
¡Aleluya!

Risa de la pobreza sin oficio;
simplicidad aldeana de esta gente
que habla de la asombrosa inteligencia
de algún oso palurdo que trabaja,
mientras el mono cómico da vueltas
al manubrio del piano callejero.
¡Aleluya!

Mugre de las cunetas; abandono
público; la indolencia del Gobierno
municipal; el perro que no come.
y el asno del vecino, que lo llevan
a tirar todo el día de la noria.
¡Aleluya!

Espectáculo diario de la calle
Principal; el periódico, que a veces
trae alguna noticia de la Bolsa,
y el café pueblerino,
donde lo más notable que sucede
es el naufragio de una pobre mosca
en mi café con leche.
¡Aleluya!

J. I. de Diego Padro

U R U G U A Y

LO INEFABLE

Yo muero extrañamente. No me mata la vida,
no me mata la muerte, no me mata el amor;
muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida
devorando alma y carne y no alcanza a dar flor?

¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?

¡Cumbre de los martirios! ¡Llevar eternamente,
desgarradora y árida, la trágica simiente
clavada en las entrañas como un diente feroz!

¡Pero arrancarla un día en una flor que abriera
milagrosa inviolable! ¡Ah, más grande no fuera
tener entre las manos la cabeza de un Dios!

DELMIRA AGUSTINI

EL GALLO

Hirta la cresta. El ojo pendencioso.
La pata erguida, con el espectante
desdeñoso ademán de un caballero
que va a cruzar un rostro con un guante.

Un corvo brillo bélico de acero
pone el sol en su espuela penetrante,
y en la vida feliz del gallinero,
alza su cola un signo interrogante.

Las gallinas, ingenuas y rendidas,
admiran su aire de perdonavidas,
y sueñan con su amor que las aterra.

Y él, al pasear su gravedad enfática,
va dejando su impronta aristocrática
como una flor de lis sobre la tierra.

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ

SENTIDO DE LA PUBERTAD

Vaga, bajo la sombra, mi corazón alegre;
toda su paz hallada, todo su ardor cumplido.
Clara meditación, frescura verdadera
de la vida.

Dardo de soledades, ya desmayado, ahuyento
en él, que está sin rutas y tampoco se viste
de girasol sangriento.

Así, bajo la noche, levanta al fin la rueda
de la confianza pura y del ensueño libre
la corola agotada que desprende la abeja
al llegar el rocío.

VICENTE BASSO MAGLIO

ARBOL

Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.
Hacia los cielos vamos en claro florecer...
Y tus ramas audaces hallaron el rocío
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer...
Arbol, ¡yo ya sabía que eras hermano mío!

En ti hay, a momentos, más pájaros que hojas.
Y eres en primavera mágico surtidor.
Y en mí qué procesión de rosas blancas, rojas.
¡Y qué acento en mi lírico manantial interior!

Los dos brindamos, Arbol, savia joven y nueva,
y por nosotros corre un idéntico río
de emoción y sabemos, en las nieves de prueba,
aguardar libremente el calor de otro estío.

Hacia lo azul el mismo impulso azul nos lleva...
Arbol: ¡yo ya sabía que eras hermano mío!

JULIO J. CASAL

CANTO AVENTURERO POR EL HOMBRE DE MAR

Ladrón
de la luz que se estira en los muelles.
Tu ruta es azul,
tu vida muy clara.
Te encontraste con la muerte
cara a cara.

La azotaste.
Eres un hombre fuerte.
Victorioso
latigazo
le dió la vida
a la muerte.

La brújula
era tu corazón.

Audaz emprendedor de rumbos,
avasallante de horizontes.
Las costas,
qué lindas mujeres tendidas al sol.
Los faros,
los amigos de tus noches de mar.
La rosa de los vientos
loca como tus pensamientos.
Hombre de mar.
¿Qué plaza serena detuvo
las violentas olas de tu espíritu?
Oh, el afán
de partir,
de llegar,
de volver a partir,
de volver a llegar.

¿En qué puerto encontrarán sosiego
tu corazón y mi canto aventurero?

EDGARDA CADENAZZI

EL AVIADOR CAIDO

Sonoro de victorias... ¡Y llórante deshecho!
Cual por potente sombra, alcanzado, has caído.
El sol, el trueno de oro se nubla entristecido.
Mi queja sueña darte, explorador, por lecho
mortal altura y cielo, por ser el suelo estrecho
para tus vastas alas despedazadas. Pido
nubes y astros—no flores—para cubrir tu pecho,
y de montañas fiesta como ante un dios vencido.

Más fatal y veloz que un dios de muerto nombre
es tu impaciente muerte la plenitud del hombre.
Vuelos innumerables van a seguir tus rastros,
dieran dioses su pompa y estruendo por tu suerte
sangrienta y loca. Siempre los ríos han de verte
ardiendo en las alturas, volando entre los astros.

ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS

TANGO EN LA MILONGA

Sale de los bandoniones una niebla de tango,
y todas las parejas se aprontan a bailar.
Parece que llevaran adentro de los pechos
la angustia de una responsabilidad.

Se mueven despaciosamente sobre la alfombra roja,
y ni un corte compadre marca la cara del ambiente.
Este tango no es el tango oreillero,
aunque enseña iguales arrugas en la frente.

Es ingenua la gravedad del tango.
Es femenino el tango y es brutal.
Es un potro refrenando corcovos.
Es un macho de mirada fuerte,
lo mismo en el arrabal que en la ciudad.

«Pato», «La comparsita», «Rawson»,
«El enterrieno», «Ladrillo» y «Volverás»,
seis tangos zarpan de seis instrumentos.
¿Qué corazón amigo sentirá
como siente esta música?
¿En medio del cabaret estará?
¿Por qué no aquella rubia?
Sus ojos tristes dicen el pesar
de las mil madrugadas que le dieron
el cachetazo de su realidad.
Está enferma como yo aquella rubia.
También enferma la morocha está.
La morocha es más mía,
porque morocha era la otra,
la que se fué, la que se irá siempre.

Corazón, cómo te pone el tango.
Pégale unos latidos alegres a esa música
y corre a saltar por la ciudad.
El charlestón es un buen muchacho.
Pero no te acerques a la tristeza negra
venida de Hawai.
La vas a mojar con sangre, corazón.

AUGUSTO MARIO DELFINO

EL MARINERO

Abre el pluvioso mar
su cuenca verde,
su cuenca azul,
su cuenca cobre.

El marinero abre sus crines al viento,
se abre su alma como una flor marina,
todos los vientos sienten su pecho de roble.

La faz del marinero es una arruga del mar.
La blusa azul del marinero es bandera de vida,
su vieja cara infantil la nueva era,
si hay alas fuertes son las de este rudo marinero,
si hay símbolo mágico, la alegría de su corazón.

ALEXIS DELGADO

LAS PLAYAS

Playas armoniosas. En su blanco seno
yo sorbo de bruces, junto al mar sereno,
con labios voraces,
la savia esencial de la vida,
que hierve en las ondas y flota en el viento.
En ellas mis ojos audaces
gustaron visiones de carnal belleza,

que me depararon un deslumbramiento,
y también un poco de vaga tristeza
como deshojarla como flor al viento.

Yo adoro esas playas, y en ellas adoro
a las mil ondinas de cabellos de oro
o de bronceados o negros cabellos,
que muestran sus cuerpos flexibles y bellos
ante el mar sonoro.
Yo adoro
los muslos pulidos, los brazos, los cuellos
de mujer desnudos en la arena llena
de chispazos de oro.
Playas. Las sirenas
cantan a los ojos sobre las arenas
que el día rescalda,
ofreciendo al aire los senos, la espalda,
las carnes morenas
que el sol les madura con su beso gualda.
Playas deliciosas que adoro y envidio;
sobre vuestro seno aventan su fastidio
voluptuosamente divinas ondinas;
¡oh playas divinas!
Yo envidio las ondas que abrazan y tumban
los cuerpos de diosa, tal como en un lecho;
con mil dientes blancos les muerden el pecho,
y al fin jadeando a sus pies se derrumban...
¡Playas, playas, playas!, bocas sonrientes.
¡Playas, playas, playas!, brazos en que veo
mecerse confiadas mil formas vivientes
que admiro o deseo.
¡Playas, playas, playas de Montevideo!

EMILIO FRUGONI

LOS GRANDES PAJAROS DEL MAR

Los grandes pájaros del mar, grises y blancos,
lisos y fraternales,
conocen todas las radas y todos los caminos;
lentos como las naves
pasan sobre esta quietud pegada a la tierra,
sobre esta lasitud balanceada a todos los vientos,
sobre esta nostalgia.

Los grandes pájaros del mar, grises y blancos,
lisos y fraternales.

Atraviesan los vastos desiertos salados
como buenos marinos,
sobre la inmensa medida del agua,
sobre las ciudades,
sobre esta pobre alma que se acuerda.

Los grandes pájaros del mar, grises y blancos,
lisos y fraternales.
Pilotos inmutables,
siguen lentos por las rutas de antes,
a través del tiempo y de los climas;
¿qué fué del ayer?
¿a dónde volaron tus ensueños sin vuelta?
Los grandes pájaros del mar, grises y blancos,
lisos y fraternales.

GILBERTO CAETANO FABREGAT

CANTO A MI MADRE CAMPESINA

Trepabas a los árboles
por la escalera
de un ansia frutal
que corría,
limpia de todo mal,
por el círculo claro
del día.

¡Armonía de tu vida campesina
enlazada al corazón de los montes!

Arroyos, pájaros y fuentes
detenían tu marcha,
acunando a los cinco sentidos
de tu cuerpo libre.

Le hablabas a los nidos
dándoles la confidencia
de los brazos movidos,
como si fueran
banderas marinas.

Fresca amiga de la tierra.

Los arroyos jugaban contigo
igual que con las plantas
de sus orillas.

Eres una planta más,
coronada de las maravillas
del agua, que pasa llevando
el canto que nadie canta.

Tenías quince años,
maduros
al sol de los campos,
y tus juegos aleteaban
entre los corderillos.

¡Fiestas azules
de tus instintos limpios!

Un día sentiste el anhelo,
el anhelo de un hijo,
y me lanzaste al mundo
riendo
bajo la luz de los árboles
temblorosos de frutos.

Al aire libre escuchaste
el fino latido naciente
de la risueña simiente
que iba abriendo caricias
en tu carne serena.

NICOLÁS FUSCO SANSONE

EL ARBOL TACITURNO

El árbol tenía un letrero
que sólo los pájaros podían leer:
«Se alquilan ramas para nidos»,
decían las letras,
que un hombre no habría podido leer.

A pesar del anuncio,
ningún pájaro vino
a hacer su nido
en este árbol que muere de tristeza,
gacha la cabeza,
al borde del camino.

LAVANDO NUBES

El viento está lavando las nubes.
Toma una nube negra,
la empapa en lluvia,
la retuerce en seguida,
la golpea contra el molino,
nos moja el campo,
lava el cielo,
y sale la nube blanca
de negra que era,
para ir a colgarse
en el hilo del horizonte
a secarse.

ALFREDO MARIO FERREIRO

DURAZNO

¡Durazno! Miel de lechiguana, tararira asada,
mate amargo, puchero de pecho,
melancolía amasada con las tortas fritas,
gusto a barro dulce, a tristeza lírica.
El Yi, Tejera, Maciel, San Borja,
Sarandí, Farruco,
Los Tapes, Villasboas, el Río Negro,
rincones de esmeralda, de reposo y consuelo,
donde los hombres juegan a la taba
y las muchachas aún llevan cintas en el cabello:
una pulpería, una peluquería y un taller
con olor a nafta,
chocante entre el agucheto del macachín,
donde los gauchos que aún viven aparecen como espectros
bebiéndose la escarcha de la luna en una copa de anís,
y donde la guitarra de Fierro
aprendió a esquilar a máquina.
Siempre hay un arroyo con talas, con sarandices,
con espasmos primaverales
entre la paja brava
—los lagartos toman el sol,
sombra los apereaces—,
y el ceibo sus intenciones demuestra
con el rojo picotazo de su flor inmoral.
¡Durazno! Esta es la palabra frutal
y el lugar desde donde yo he visto
girar alrededor del celeste polo
la Cruz del Sur,
en una larga noche de deseos agónicos,
tenuemente embriagado
del alcohol nocturno de la pulpería del silencio,
sintiendo cantar y cantar
al grillo bienaventurado.

LUIS GIORDANO

PASEO

Una comadreja se detiene en el camino.
Un sendero fangoso, charcos corrompidos.
Y en el aire se siente lechosidades intermitentes.
La comadreja refunfuña sin esperanza junto a las ribe-
[ras escarpadas
para aprovechar mejor la refracción
de la luz en el horizonte que se apuntala junto a la
¡Oh, florescencia obesa [antracita.
de los troncos surcados por las babosas!
Después cantos en el arbolado.
Y la vertiginosa rotación de la tierra
frecuenta y desconcierta los lechos de su conciencia
[teluriana,
ya sea en la planicie o en los lindes,
sin que la cobra pueda aclarar el grave misterio
de las emanaciones lacustres.
Una nube de contornos góticos avanza,
imagen de París en el siglo XV, con fosforescencias;
imagen de París, ojo único de este enorme
Polifemo diforme
que es la Tierra.

ALVARO GUILLOT MUÑOZ

LA PANDERETA

Bendito sea el día en que vienen los pájaros
trayendo en su pico la caja de música,
como un mensaje que mi alma ha esperado
en vano durante la noche infinita.

¿Para qué la tristeza, alma mía, para qué?
¡Ahora viene la luz, ahora viene la música!...

La pajarera del espacio tiene
rotas todas sus rejas,
y el ritmo
ha lanzado a los aires su fiat lux,
y el aire está preñado de colores divinos.

Vamos, alma mía, vamos.
Deja el cuerpo
como un cántaro al borde del camino:
el primero que pase lo llevará en sus hombros...

(Ah, la pandereta de mi corazón
que golpea
contra el puño cerrado de la vida.)

ENRIQUE RICARDO GARET

UN CAMINANTE

Una profecía en un cofrecillo
entre la arena indiferente,
un surtidor que anima una idea
más antigua que el movimiento,
una fuente donde bebe la hora que declina.

El viejo paisaje balbucea,
pero los siglos en su presión
detienen la idea que se aplaca
en este arranque de confesión.

Un molinete imaginario
no deja pasar más que pocos días;
el buey dormita, y benigno,
el caserío duerme bajo la pantalla.

No tengo para medir el tiempo
más que tu mirada que marca las horas;
el ganado corretea a través de los campos,
la extensión se desliza bajo el trabajo.

La envergadura del destino
ante la magia de lo arcano
palpita sobre el suelo calcinado
y sobre un suelo azul diáfano.

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ

PRIMAVERA

Nunca sentí, como esta primavera,
una fuerza tan buena y tan trabajadora:
en mi entraña ligera
hay un ruido de entraña que se enflora.

Otras veces sentí la primavera
como una conmoción, como una turbulencia:
hoy me ha venido toda placentera,
con la frescura y con la transparencia.

Llegó de mí hasta mí como un gorjeo
de juego y de trabajo:

antes me sorprendía en mi deseo,
y era mi ciego afán, y era mi incendio bajo.
Ardía y me perdía, y mis pasiones
eran de carne, bruscas y sedientas;
ahora hay en mi sangre afinaciones
y en mis sienes ideas con inmersiones lentas.

Ya no es la luz cegante el viento audaz,
la entraña atropellada y primitiva:
es un vigor profundizado en paz
y una expansión asosegada y viva.

Manejo mi calor, cuido mis brazas,
y el fuego es otra cosa de más rito.
Pasan los pájaros sobre mis casas,
y al verlos ya no grito;
jubiloso, medito.

¿Y de las flores y de las mujeres?
Ya están purificados mis placeres
y todo es flor de tierra sana para mí.

¡Ah, primavera, que has entrado en mí!
¡Gracias y gracias por lo nueva que eres,
porque ya me he sentido para ti!

PEDRO LEANDRO IPUCHE

NOCHE DE LLUVIA

Llueve. Amante, no te duermas.
Estate atento a lo que dice el viento
y a lo que dice el agua que golpea
con sus dedos menudos en los vidrios.

Todo mi corazón se vuelve oídos
para escuchar a la hechizada hermana
que ha dormido en el cielo,
que ha visto el sol de cerca
y baja ahora, elástica y alegre,
de la mano del viento,
igual que una viajera
que torna de un país de maravilla.

¡Cómo estará de alegre el trigo, amante!
¡Con qué avidez se esponjará la yerba!
¡Cuántos diamantes colgarán ahora
del ramaje profundo de los pinos!

Amante, no te duermas; escuchemos
el ritmo de la lluvia.
Apoya entre mis senos
tu frente taciturna.
Yo sentiré el latir de tus dos sienes
palpitantes y tibias,
cual si fueran dos martillos vivos
que golpearan mi carne.

Amante, no te duermas; esta noche
somos los dos un mundo,
aislados por el viento y por la lluvia
entre la cuenca tibia de una alcoba.

Amante, no te duermas. Esta noche
somos acaso la raíz suprema
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva...

JUANA DE IBARBOUROU

CANTO A LA MANO FRATERNA

Mano hacia mí tendida,
salutar mano franca;
más allá de mi mundo y de mi vida,
tras de todos los mares,
no sé dónde fraterna y conmovida,
en yo no sé qué lares,
presta para la bienvenida...

Callosa, por el ideal trabajador;
noble por alzar las lámparas acogedoras
de la Fe y del Amor;
generosa, sembrando en las auroras,
y rudamente abierta,
y alerta,
y perdonadora.

¡Ah, el júbilo de verte izar mañana
esa nueva bandera que esperamos
los que todavía soñamos!
¡Verte transfigurada

en un enorme puño al que, prendida,
se agita por los vientos bravíos de la vida
la sola enseña sobre todas alta!

Porque entre los diez garfios de tus dedos
yo sé que todo es fuerza y es nobleza,
más que todos los credos,
sobre todas las tiaras
y las pieras...
Más arriba del pecho y la cabeza,
en lo más alto de más recio brazo.
Harás de la bandera un aletazo
para los cuatro puntos cardinales!

DIEGO LARRIERA VARELA

POR LA CALZADA

Voy en el «auto»
cruzando la vida urbana,
bajo el cielo de la primera hora de la noche sin reino.
Arrebujada entre mis pieles y entre las sombras
se desnuda mi irrealidad
a los estremecimientos suaves de la marcha.
La calzada es derecha y continua
hasta acercar a la distancia
las dos aceras
en el roce de un secreto.

Delante de mí
una yunta de rieles a la carrera
se eterniza en la sombra absoluta,

y sus flancos cansados
brillan en una intermitente luz de acero.
Una granada milagrosa
ha reventado de madura allá arriba;
junto a la tierra levantada
están los rojos y gigantescos granos.

De las encrucijadas obscuras,
perdidos ojos de jaguares
y bocas de fuego,
saltan y se deslizan
dando gritos ásperos y roncos.

Encuentro de ojos desorbitados
pinchándose con su luz amarilla...
En una intranquila busqueda
se apartan oscilantes y siguen
perdiéndose en el torbellino.

Las covachas frías de las estaciones
prenden fabulosas luciérnagas
por vigas y dinteles;
abren sus puertas,
y monstruos autómatas de formas rectilíneas
se lanzan a los caminos
todo cabeza, hocicos de fuego, mirada de rabia.

Los focos eléctricos
alineados en las aceras
mandan a las mujeres hermosas
su dardo de luz;
es el dicharacho callejero
que despereza el ocio.

Aunque las estrellas golpean en el gong de la luna
para llamar los ojos,
nadie mira hacia arriba:
una mascarada de avisos luminosos
nos tira de la manga
para gritarnos con la exasperación de sus colores.

Embutida en mis pieles y en la sombra
me dejo llevar por mi monstruo incansable.
Soy el cerebro alucinado de su cráneo vacío
descifrando los primeros pasos de la noche,
alegres de sonajeros, cornetas y globos de luz.

Y sigo
bajo las lunas enhebradas de los arcos voltaicos
por las rutas que tajan la ciudad,
y por las que cavo en las mullidas distancias.

MARÍA ELENA MUÑOZ

O I D O

Alargado a la angustia
musical,
con tu escalera deslizadora de vinos diáfanos.

Tú eres una distancia
asaltada por pueblos de notas.
Desde tu aleve
profundidad
sueltas la red pentagámica,

cautelosa y fina de la amistad;
y en ti quedan todos los sonidos,
esperando infinitamente,
como en una larga
y viboreante cavidad.

Tus bocas se entreabren
al hambre
de los veinte mil pájaros del ruido
que entran en fuego
a tu profundidad.

En la vacilación del día
oscila tu sentido misterioso y terrible
como el buho de la eternidad.

OFELIA MACHADO

A SHACKLETON

¡Aoh, Sir Ernesto Shackleton! Volviste a nuestro [puerto
muerto.
Hoy de nuevo has partido,
en tu última etapa de audaz explorador
hacia comarcas blancas de silencio y de olvido
y de escondido horror.

Así en las noches antárticas, entre el frío del polo,
estarás en tu tumba completamente solo.
Estarás siempre lejos del amor de tu tierra,

de un cementerio verde y grave de Inglaterra,
que hace sentir la muerte como playa serena
donde el viajero encuentra un término a su pena.

En Navidad distante te hallarás de tus lares,
el día de la fiesta mística y familiar;
los tuyos, recordándote, te verán tras los mares
en tu sepulcro blanco como un Gaurizankar.
Apretarán tu urna mortajas de tinieblas,
asediarán tu lápida nieves, vientos y nieblas;
tú amaste el peligro y buscaste lo arcano,
decidido, valiente, heroico, sobrehumano.

Como Ibsen, no dijiste: mi barca es para dos.
Entre el frío del polo
yacerás fuerte y solo
cual si fueras un dios.

RAÚL MENDILAHARSU

PUERTO

Este es un puerto.
En la laguna de mi corazón
te irá anclando mi silencio...

Este es un puerto.
Yo te espero
bajo el techo de un rancho,
largo como las alas de una perdiz volando.

Este es un puerto,
cuando me das la mano desnuda
como la confianza...

Este es un puerto.
Abrázame y alza los ojos
hacia el cielo...

Abajo está la cruz de las anclas,
arriba está la cruz de los mástiles;
contra mi pecho,
la cruz de tus brazos abiertos.

FEDERICO MORADOR

EL DIAMANTE

Volvería a besarte
sólo que te viera dormida
como anoche.

Cuando llegué a tu lado,
dormías un sueño tan profundo,
que te pude contemplar y besar
sin que me sintieras un solo instante.

Era tu cuerpo luminoso y perfecto,
como si dentro de él
hubieran encendido una lámpara de ópalo.

¡Oh, inefables momentos!
Yo levanté tus párpados.
Tu alma
apareció flotando a superficie
de tus ojos, lo mismo que una estrella

a flor de agua,
y subía a veces del fondo de tus pupilas,
como un pez maravilloso y multicolor
de una mitología indostánica.

Me acerqué a tus labios
y escuché la canción nunca escuchada
de un pájaro oriental
que me llamaba
desde la cárcel de tu garganta.

Me acerqué a tu pecho,
y oí una música de átomos,
una armonía preestablecida,
ascendiendo de tu corazón
como desde el fondo de una gruta suboceánica.

En aquellos instantes,
toda tu alma estaba a flor de tu cuerpo,
y eras un diamante clarísimo y desnudo,
con las transparentes luces
que se difundían sin agotarse
jamás,
en forma de belleza multánime
por las aristas
y las facetas de tus sentidos.

Ahora, ya eres otra...

Me tienes a tu lado
y me estrechas besándome,
y me perfumas con tu cabellera arábiga...

Veo, ¡oh desencanto!,
el enorme cambio que en ti se ha realizado.

¡Así es que juro no besarte más
hasta no verte dormida como anoche!

EMILIO ORIBE

CANCION DEL LABRADOR

El aire de la mañana
me llena el aire de fuerza.

Mis hijos crecen
bajo la confianza de mi brazo.

El arado abre la tierra
como a una esposa.

Los bueyes de Dios
caminan entre los muslos de la tierra.

Las semillas caen de mi mano
al vientre del campo.

La nube de las lluvias abre una grieta al trigo
y la planta levanta sus brazos de niña.

Mi esposa me mira a lo lejos
pálida de creerme otro trigo.

Una gota de sudor y polvo
hace mi frente buena como un árbol.

El mediodía sostiene el sol
en la rama más alta de la mañana.

CARLOS SABAT ERCASTI

CANTO A LA MUJER DE AGUA Y VIENTO

Mujer de mar, mujer de carne quemada
sobre los ojos azules de las olas.

Sirena de siete colores,
coronada de algas;
al salir de tu lecho de sales
has dejado la huella de tu cuerpo en el agua,
mientras los peces sin ojos te buscaban
en lo abismal, sin esperanza alguna,
y las gaviotas tontas de sal y viento,
sobre la pradera de las espumas
emprendían sus vuelos.

Te soñé la mujer fuerte,
quemada de sol, besada de mar.

La mujer de agua y viento,
la mujer salada y sensual,
de senos sabor de fruta, color de mar.

Yo había visto el mar en ti antes de ver el mar,
porque las olas de tus sonrisas
aparecían y desaparecían en tu boca,
mientras el viento, sin timón, rompía las espumas
sobre tu cuerpo inmóvil y en reposo.

Yo te sentí la suprema mujer marina,
con tu manto de estrellas de mar.
Y cuando saliste del agua,
sirena de mis sueños saldados,
estaban multiplicada en las olas
de los mares australes.

ILDEFONSO PEREDA VALDEZ

HERMANO ESPANTAPAJAROS

Hermano espantapájaros q'en el medio del huerto
abres tus brazos flacos sobre la tierra en flor:
yo soy un hombre joven q'te contempla inquieto;
una misma nostalgia nos oprime a los dos.

Cierta mañana rubia, bajo el cielo apacible,
alzaste tus dos brazos alegres al azul.
En la espera de nidos te pasaste las horas,
y queriendo ser árbol te convertiste en cruz.

Y aquí estás desde entonces mostrando humildemente
tu pobre gesto estéril abierto frente al sol.
¡Nadie ha pensado nunca en tu pena callada!
Sólo la comprendemos tu amigo el viento y yo.

El viento de la costa, que juega entre tus brazos
y engaña tu deseo con hilachas de espuma,
y yo, que no sabiendo q' hacer ni q' ofrecerte,
te pongo en mis poemas y hago mía tu angustia.

Yo también hace tiempo q'estoy quieto y callado
junto al borde brillante y alegre del camino,
con la mirada fija sondeando el horizonte
y los dos brazos firmes, cordiales y tendidos.

Y ahora me pregunto: al correr de los años,
¿será muy numerosa mi cosecha de nidos?
¿O he de quedarme siempre, como tú, bajo el cielo
con mis dos brazos abiertos y vacíos?

Hermano espantapájaros, viejo muñeco negro,
manojo de esperanza, de duda y de dolor:
yo soy un hombre joven que te contempla inquieto.
Carne, sangre, deseos
y un puñado de nervios en las manos de Dios.

Hermano espantapájaros:
¡qué pobre y triste cosa somos los dos!

CARLOS RODRÍGUEZ PINTOS

MONTEVIDEO

Yo nacía, y por la ventana
pasaba una fresca carroza.

El cochero despertaba la aurora
con un golpecito de látigo sonoro.

Flotaba un archipiélago nocturno
aún sobre el líquido día.

Las paredes se despertaban y la arena
que duerme aplastada contra las paredes.

Un poco de mi alma se deslizaba
sobre un riel azul a contracielo.

Otro poco se iba mezclando
con un pedazo de papel volante.

Y tropezando con una piedra
guardaba su fervor prisionero.

La mañana contaba sus pájaros
y siempre empezaba de nuevo.

El perfume del eucaliptus
se asustaba del aire extendido.

En el Uruguay, sobre el Atlántico,
la hierba era la hierba; las raíces,

las raíces. Y el horizonte
se acercaba para ver las casas.

Era yo el que nacía hasta el fondo sordo de los bos-
donde tardan en nacer los retoños, [ques,
y hasta el fondo del mar, donde las algas se levantan
para hacer creer al viento q'puede bajar hasta ahí.

Alrededor de su circuito, la tierra hace su ronda
y palpa con su atmósfera todas las cosas.
Las rutas, los bosques submarinos, las cabezas de los
y los pies de los buzos. [nadadores

JULIO SUPERVIELLE

CINTA CELESTE

Cinta celeste,
viruta de cielo,
moña que las criollas querendonas
atan a la guitarra de su guitarrero.

Cinta que tantas veces
supo llevar mi abuelo
enredor de la copa
alta de su sombrero.

Cinta celeste,
de tu color fué mi primer golilla
y el primer sobre puesto de mi flete.

Cuando te llamas moña eres amor de china,
y amor civil de macho si te llamas divisa.

Cinta que estás luciendo
en la trenza de mi amada
como una paloma
luce en una vidala.

FERNÁN SILVA VALDEZ

YO VI EN TU VOZ

Yo vi en tu voz las cosas de perfume y de seda:
silencios inclinados para adorar tu ritmo.

Un ave que al mirarte se murió enamorada.
Una flor que al abrirse
abre la primavera.

Los pies de un santo triste que alguien unge de nardo
el arrullo de todas las madres de este mundo;
diez niños todos blancos
jugando a la rueda-rueda.

Yo miré tus palabras con pedazos de viaje.

Ondular de gaviotas en la espuma ondulada,
flautas tristes del viento en el pinar dormido.

El mar que siempre dice
lo que jamás oímos.

Siluetas de cipreses en aguas encantadas.
Lámpara de una flor que se enciende en un cardo.

Rebaños de corderos de cándidas leyendas.
Primitiva dulzura de mujeres
que en sendas vespertinas
van como en las estampas olvidadas
por el agua a la fuente.

De pronto te callaste y terminó mi viaje.

Lejos una campana comentó tu silencio.

HUMBERTO ZARRILI

V E N E Z U E L A

EL ARBOL CASERO

Apóstol de la tierra, viejo, fuerte y sereno,
que vas buscando a Dios por los hondos caminos,
hundido el pie descalzo bajo el cieno,
pero la entraña múltiple toda loca de trinos.

Eres la flecha fija disparada a lo alto.
Sobre tu pierna inmóvil vas labrando el asalto
de la casa infinita,
como si en tu locura, vertical y obstinada
te hubieras dado cita
con la hoguera sagrada.

Crecimos juntos en la misma casa.
Una luz compañera nos calentó la vida;
por igual fueron nuestros el agua de la tasa
y el cuidado sin cálculos de la mujer querida.

Bajo el sol y la lluvia tú creciste sin trabas,
lozano, fuerte y prematuro;
tus flores fueron libres, tu cuerpo pasó el muro,
y al fin te ardió la frente la luz que tú esperabas.
Quedó mi cuerpo en cambio raquítico y obscuro;
mis manos ambiciosas aún siguen siendo esclavas;
en mi marcha doméstica se pasmó la promesa...

La niñez de mi aurora sufrió una luz de ocaso,
y me quedé pequeño sin gloria y sin empresa,
mordiendo el fruto verde del fracaso
como un prisionero de mi propia pobreza.

¡Tú has aprendido tanto y yo lo ignoro todo!
Estás firme en tu tierra, pero avanzas, avanzas;
tus raíces caminan por debajo del lodo
y van buscando el agua diligentes y mansas.

Y ya tu afán de árbol por la ruta sin trillas,
empinando la copa hacia el azul con oro,
las manos reventonas de flores y semillas,
y todo el cuerpo verde, magnífico y sonoro.

Y eres bueno, sin vicios, alegre cantador.
Tus manos no persiguen el sol de la moneda,
tu piel no gasta modas, tu lugo es de hoja y flor,
y tus pies se resignan a la greda.

Bajo la luz que abre y la noche que cierra
aprendes la dulzura secreta de los limos:
chupas el jugo amargo de la tierra
y nos lo brindas luego hecho miel de racimos.

Y eres feliz, con la estación a cuestas,
ágil de primavera o cuajado de otoño,
sin ojos y con ruta la carne toda fiestas,
preludiando en el pájaro y hablando en el retoño.

Yo soy pequeño, amigo, y me resigno.
Tú eres alegre y cantas.

Yo sufro el gran dolor benigno
y están sueltos al mundo mis sentidos;
pero tu entraña es dura, inmóvil, sin latidos,
y son ajenas todas tus gargantas.
Mi canto es mío y en mi entraña incuba;
soy claro como manantial de roca,
y si mis manos no sostienen nidos,
yo llevo la dulzura de la uva
derramada en la flor que da mi boca.

¡Me resigno a mi angustia, a mi canto, a mi vida!
¿Que soy pequeño? Bien; pero mi entraña suena,
llevo un temblor eterno bajo el ala dormida,
y un vuelo de palomas azules me envenena.

HÉCTOR CUENCA

LA MUERTE DEL ARBOL

Madre: anoche ha muerto un árbol. ¡Y qué triste
es ver morir a un árbol, madre mía!
Anoche ha muerto un árbol que tú siempre quisiste
y que yo, por ser tuyo, también mucho quería.

Anoche ha muerto un árbol que sembrara el abuelo.
Si hubieras visto, madre, cómo me dijo adiós:
cien mil siglos de estrellas florecían el cielo,
y quién sabe si estaba urdiendo versos Dios
cuando la angustia última del árbol llegó a mí.
¡Quién pudiera decirnos el dolor de ese anhelo
que se fué para siempre todo lleno de ti!

Anoche ha muerto un árbol de noventa y dos años,
que tenía diez hijos y tres nietos. Ha muerto
como un anciano harto de sufrir desengaños,
en medio a los encajes de rosas de mi huerto.

Madre: recemos en silencio, con unción nazarena,
por el descanso eterno del árbol que murió,
de aquel árbol, amigo que de angustia me llena,
porque si tú lo amabas, más lo adoraba yo.

LUIS GUILLERMO GOVEA

SALMO A LOS BRAZOS DE CARMEN

¡Carmen! El salmo fluye musical, hilo a hilo,
porque no te pareces a la Venus de Milo...

Blancos, lisos, redondos, tibios, esbeltos, ágiles,
y tan femenilmente despóticos y frágiles
cuando son a mi cuello vivo lazo de seda,
como fueron al Cisne los dos muslos de Leda.
¡Y qué aroma en la seda viva de aquellos lazos.
dulce dogal que ciñen a mi cuello tus brazos!
Delicada e intensa, su fragancia resume
todas las agonías que recata un perfume
destilado de rosas y violetas y lirios:
agonías de flores, inefables martirios
de flores torturadas hasta rendir las leves
almas embriagadoras que en sus carnes, ¡oh nieves,
oh corales, oh índigos!, de gracia multiforme,
son lo simple y profundo, lo exquisito y enorme...

¡Carmen! El salmo fluye musical, hilo a hilo,
porque no te pareces a la Venus de Milo...

Tus brazos, femeniles a la manera tuya,
me cantan como un dístico: ¡Aleluya, aleluya!
cuando se tienden lánguidos en ritmos paralelos
y me brindan la gloria de tu carne sin velos.
¡Aleluya, aleluya, con qué fiera alegría
de buen varón te siento gozosamente mía,
cuando preso en tus brazos, tu fértil boca en flor
me cuenta sin palabras su locura de amor;
cuando preso en tus brazos, tus ojos más obscuros
se desmayan de éxtasis, voluptuosos y puros,
y entreabiertos los párpados, revelan adormidos
el cálido silencio fecundo de los nidos;
cuando preso en tus brazos escucho la canción
de pasión que la sangre canta en tu corazón;
cuando preso en tus brazos como en ávidos lazos
languidece en delicia la presión de tus brazos!

¡Carmen! El salmo fluye musical, hilo a hilo,
porque no te pareces a la Venus de Milo...

Ni tu boca florida, donde es rosa la vida
y la rosa es locura; ni tu boca florida,
panal que multiplica sus complicadas mieles,
vaso cuyos licores son dulces y crueles
—así cruel y dulce la braza de algún beso,
a través de barrotes en los labios de un preso—,
ni tu boca florida, ni tus ojos obscuros,
que saben, ignorándolos, indecibles conjuros;
conjuros que serían mágico testimonio
del Infierno al Arcángel y del Cielo al Demonio;
ni tus ojos obscuros que componen un dístico
—aleluya, aleluya—tan sensual y tan místico;
dístico subrayado de insinuantes ojeras,
bajo las cejas brunas dos tildes hechiceras;
ni tus ojos obscuros, ni tus pechos de diosa,
que fuera madre y virgen, donde la nieve es rosa;

ni tus pechos de diosa, donde la rosa es nieve;
ni tus pechos sagrados de María y de Hebe,
en donde nieve y rosa son la hostia y el vino;
ni el olor de mandrágora de tu vientre asesino,
que asesina al Presente y asesina el Futuro
con aquel ritmo isocrono y fatal y seguro,
que divide la única divinidad en dos
cuando en Adán y Eva, Dios desfallece en Dios...

¡Carmen! El salmo fluye musical, hilo a hilo,
porque no te pareces a la Venus de Milo...

Ni tus ojos obscuros, ni tu boca florida,
ni tus pechos de diosa, ni tu vientre homicida;
ni tus cabellos lóbregos, como trágico abismo,
donde caen los besos que mueren sin bautismo;
ni tus infatigables caderas cadenciosas
con su ritmo de versos y su amplitud de prosas;
ni tu lengua monjita, que rosa y traviesa
es doctora y se pasma como Santa Teresa;
ni en el supremo gozo tu jadear profundo
donde tiembla la vida, donde palpita el mundo;
ni el sentir que el deleite nos aúna en sus lazos,
me dan lo que el desnudo tesoro de tus brazos...

¡Oh milagrosos brazos! Cuando el pálido hastío
sopla sobre mi anhelo como un lejano frío,
a mi cuello se enrosca, definitivamente,
con la sabiduría mortal de la Serpiente...

ARVELO LARRIVA

GARZAS

No sé quién eres. Traes
en los ojos mi ensueño perseguido;
garzas que se me tienden
en un vuelo dormido.

No sé quién eres. Honda
una voz he oído.
¿De dónde? No lo sé. ¿Será de la aurora?
¿Será del olvido?

Mañana te irás. ¡Mañana!
Y te veré alejar, mudo y ensombrecido,
con una flor en las manos,
mirando hacia lo desconocido
por donde se pierden tus ojos:
garzas que se me alejan en un vuelo dormido.

VICENTE ELÍAS MONCADA

EL VIAJE

Hay un árbol.

El sol alarga el cuello
hasta aplastarme las espaldas;
la cabalgadura extiende el hilo
que pretende llevarme a la distancia.

Hay un árbol.

La brisa dura
gruñe a mis espaldas,
y barriendo sus cascos de sol
se pierde a la distancia.

Hay un árbol.

El incendio del mundo
empieza en mis espaldas;
la bestia quisiera interponer
la máxima distancia.

Hay un árbol.

Tierras descarnadas, secas y malditas,
que crujen a mi espalda,
tierras que se tuestan
y se abren a distancia.

Hay un árbol.

Perdido en la inclemencia
que es fardo en las espaldas,
los ojos enfiebrados detienen,
detienen la distancia.

PEDRO SOTILLO

Í N D I C E

Págin

PRÓLOGO 7

ARGENTINA

MARÍA HÉLIDA ALVAREZ BLANCO.—Rapto 17
— El límite 17
JORGE LUIS BORGES.—Ciudad 18
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ.—Lejanía en pena 18
RAÚL BENEY.—Elogio 20
LUIS ORTIZ BEHETY.—Al cuerpo de Margara 21
ARISTÓBULO ECHEGARAY.—Aventura 21
CÓRDOVA ITURBURU.—Versos de futuro improbable 22
LUIS CANE.—Pilar 23
BRANDAN CARAFFA.—Rotativas en marcha 23
ANDRÉS L. CARO.—Los traperos 24
LUIS FRANCO.—Nocturno del regreso 24
C. DELGADO FITO.—Ciudades 25
— Poema 26
JACOBO FIJMAN.—Paraguaya 26
OLIVERIO GIRONDO.—Escorial 27
ANTONIO GULLO.—Octubre 29
JUAN GUIJARRO.—Antagonismo 30
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA.—Poema de la muerte 30
RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN.—El domingo sin Molly 31
ANGEL GUIDO.—Mañanita urbana 32
RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ.—Canción de amor calchaquí. 32
EDUARDO KELLER SARMIENTO.—Lied 34
NORAH LANGE.—Tarde a solas 35
ROBERTO LEDESMA.—Melodía del alma que divaga 36
PETIT DE MURAT.—Villancicos del amor impuro 36
HORACIO REGA MOLINA.—Nocturno de los sueños infantiles 37
CARLOS MASTRONARDI.—Alabando los buenos cielos 38
FERNÁNDEZ MORENO.—¡Oh, casa! 38
— Soledad y lluvia 39

Páginas

— Dominio 39
Francisco López Merino.—Mis primas los domingos... 39
Leopoldo Marechal.—Poema sin título..... 40
Conrado Nalé Roxlo.—El grillo..... 41
Nicolás Olivari.—Canción de amor..... 42
José Pedroni.—Credo 43
— Mi madre 43
Gustavo Riccio.—Elogio de los albañiles italianos... 43
José Sebastián Tallón.—Tierra nueva..... 44
César Tiempo.—Instancia a la acción..... 45
Ricardo Tudela.—Palabras que se buscan..... 46
Antonio Vallejo.—Retrato 47
Amado Villar.—Camino para la sonrisa de una muchacha 48
Pedro Juan Vignale.—El granadero muerto..... 49
Carlos Vega.—Del libro «Hombre»..... 50
Alvaro Yunque.—Coplas 51

BRASIL

Olavio Bilac.—In extremis..... 55
Gilka Machado.—Cigarra de fuego..... 56
Ronald de Carvalho.—Interior..... 57
Tasso da Silveira.—Las multitudes..... 58
Cecilia Miralles 59
Jorge de Lima.—Los gitanos..... 60
Guillermo de Almeida.—Mañana..... 61
Oswaldo Andrade.—Tarde de lluvia..... 62
Augusto Meyer.—Oración 63
Lacerda Pinto.—Un canto en el silencio..... 64
— Sinceridad 64
Alfonso Arinos Sobrino.—Historia del Arco de la Vieja 65
Abgar Renault.—Poemeto matinal..... 66
Wellington Brandao.—La ciudad inocente..... 67
Julio Sigureiza.—Institutriz 68
— Claro de luna..... 68
— Tenis 68
— Billar 68
Barreto Hijo.—Música de sandalias..... 69
Manoel Bandeira.—Los carboneritos..... 70
Ribeiro Couto.—Gorda 71
Murillo Araujo.—Sol 71

Páginas

BOLIVIA

Luis Felipe Lira Girón.—Memento por el caballero don Francisco Pizarro 75
— Oración 76
Gregorio Reinolds.—La casa vacía 77
Franz Tamayo.—Habla Olimpo 77
Omar Estrella.—Madrugada en los Andes 78
Oscar Cerruto.—Esquema del entusiasmo por la mujer proletaria 79

COLOMBIA

Porfirio Barba Jacob.—La canción de la vida profunda 83
Gregorio Castañada Aragón.—Alaba a una pastora amiga del poeta 84
Alfredo Gómez Jaime.—Inocencia 85
Luis C. López.—Egloga tropical 85
José Eustasio Rivera.—Soneto 87

CUBA

Emilia Pernal.—Si es posible 91
Alfonso Camin.—Damasajoba 92
Francisco Izquierdo.—Medallón 93
Juan Marinelo.—Y esta eterna nostalgia 93
Rolando Martel.—1927 94
M. Navarro Luna.—El ahogado 96
— El loco 96

CENTROAMERICA

Luis Cardoza y Aragón.—Centavos de biografía 99
Rafael Heliodoro Valle.—Lo que yo tengo es rosas. 100

CHILE

Olga Azevedo.—Los malos vientos 105
Clemente Andrade Marchant. — Canto del hombre-alma 106
Eduardo Agrela.—Acaso 106
Fenelón Arce.—Poema 108
Rubén Azócar.—La puerta 109
Víctor Barberis.—Amor 109
Angel Cruchaga Santa María.—El presentimiento del último día 110

Páginas

JACOBO DANKE.—Sinfonía en el mes de junio..... 111
LUIS ENRIQUE DELANO.—Abandono..... 112
JUAN GUZMÁN CRUCHAGA.—Canción..... 113
JORGE GONZÁLEZ BASTIAS.—Vera rústica..... 114
DOMINGO GÓMEZ ROJAS.—Miserere..... 115
— Divinidad 115
LUCÍA CONDAL.—Sus manos..... 116
HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA.—El viaje de Búfalo Bill... 117
JUAN FLORIT.—Vidrio de colores..... 118
RUBEN AZOCAR.—Poema 119
MARÍA ROSA GONZÁLEZ.—Hélice..... 119
A. GANDARILLAS DÍAZ.—Poema..... 120
FRANCISCO GARCÍA OLDINI.—Matinal..... 121
ERNESTO A. GUZMÁN.—Las malas palabras..... 122
VICENTE HUIDOBRO.—Arte poética..... 122
JERÓNIMO LAGOS LISBOA.—Ocaso..... 123
LETELIER MATURANA.—Poema a la hermana..... 124
RAÚL LARA.—Circo 125
J. MORAGA BUSTAMANTE.—Hombre del Sur..... 126
JUAN MARÍN.—Un ford de frac..... 127
ALBERTO MORENO.—Una maritornes..... 128
AIDA MORENO LAGOS.—¿En dónde?..... 129
CARLOS R. MONDACA.—Gracias..... 130
MANUEL MAGALLANES MOURE.—Apaisement..... 131
ROBERTO MESA FUENTES.—Propósito..... 132
— La puerta 132
— La fuente 132
GABRIELA MISTRAL.—Nocturno 133
MARÍA MONVEL.—Meditación profana..... 134
PABLO NERUDA.—Farewell 135
CARLOS PEZOA VELIS.—Tarde en el hospital..... 137
PEDRO PRADO. — Palabras del relato del hermano errante 138
CARLOS PRENDES SALDIAS.—Dejé el pueblo en que vives. 139
PABLO DE ROKHA.—36..... 140
MANUEL ROJAS.—Viernes 141
SALVADOR REYES.—Expedición 142
GERARDO SEGUEL.—Utilidad del recuerdo..... 143
JOAQUÍN SIFUENTES SEPÚLVEDA. — Dame, Señor, que nunca... 145
PEDRO SIENNA.—Esta vieja herida..... 146
ARTURO TORRES RÍOSECO.—Motivos..... 147
ARTURO TRONCOSO.—Fertigsein 148

Páginas

ROSAMEL DEL VALLE.—Mundo 149
DANIEL DE LA VEGA.—Las palabras..... 150

ECUADOR

CAMILO ANDRADE.—Otoño de los misterios..... 153
JORGE CARRERA ANDRADE.—Primavera, etc., Compañía. 154
HUMBERTO FIERRO.—Fantasía en tono menor..... 155
ENRIQUE AVELLÁN FERRES.—Poema rural..... 156
MIGUEL ANGEL LEÓN.—El agua..... 157
HUMBERTO MATA.—Correo 158
JORGE REYES.—Poemas de mi tierra..... 159
MEDARDO ANGEL SILVA.—Balada..... 160

MEJICO

RAFAEL ESTRADA.—Soldados mejicanos..... 163
JOSÉ ESQUIVEL PREN.—La casa del amor triste..... 164
ENRIQUE FERNÁNDEZ LEDEZMA.—La hija de Fígaro..... 165
JOSÉ GOROSTIZA.—Mujeres 166
ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO.—Los volcanes..... 168
RAMÓN LÓPEZ VELARDE.—A la gracia primitiva de las aldeanas 169
KIN TANIYA.—Invitación 170
BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO.—Día de campo..... 171
CARLOS PELLICER.—Estrofa al viento de otoño..... 172
JOSÉ M. SOLÍS.—Parábola del filósofo..... 173
JAIME TORRES BODET.—El puerto..... 174
JOSÉ JUAN TABLADA.—Antoñica..... 175
XAVIER VILLAURRUTIA.—Calles 176

PERU

MARTÍN ADÁN.—Navidad 181
XAVIER ABRIL.—Poemas 182
EMILIO ARMAZA.—Hora 183
OQUENDO DE AMAT.—Mar..... 184
ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN.—El poste..... 185
ARMANDO BAZÁN.—Hetaira 186
FEDERICO BOLAÑOS.—Aviadora de amor..... 187
FERNÁN CISNEROS.—Puerto 188
MARIO CHAVES.—Fiesta en el campo..... 190
JOSÉ CHIOINO.—El dolor del molino..... 191
JOSÉ M. EGUREN.—La tarda..... 192
NICANOR DE LA FUENTE.—El puerto..... 193

Páginas

VENTURA GARCÍA CALDERÓN 194
ALBERTO GUILLÉN.—El cazador de moscas 195
CARLOS ALBERTO GONZALES.—Alcion 196
PERCI GIBSON.—¿Dónde está? 197
ALBERTO HIDALGO.—El edificio simplista 198
JUAN JOSÉ LORA.—Cabaretrín 199
SERAFÍN DEL MAR.—Himno 200
GUILLERMO MERCADO.—Jarana 202
CÉSAR ALFREDO MIRO QUEZADA.—Perfil del marinero en la ciudad 203
RENATO MORALES DE RIVERA.—Advierte 204
ERNESTO MORE.—El traumere 205
JUAN PARRA DEL RIEGO.—Nocturno número 6 205
MAGDA PORTAL.—Vidrios de amor 206
ALEJANDRO PERALTA.—La pastora florida 207
RAMIRO PÉREZ REINOSO.—Ande rojo y soberbio 209
RICARDO PEÑA BARRENECHEA.—Canción de cuna 210
ENRIQUE PEÑA BARRENECHEA.—Ventanas humildes al campo y al mar 211
JULIÁN PETROVIK.—Poema 212
ESTEBAN PAVLETICH.—Poema 213
JULIO DEL PRADO.—Charlie Chaplin 214
— Carnaval 215
CÉSAR A. RODRÍGUEZ.—Nunca 215
LUIS RODRÍGUEZ.—Yo soy un árbol joven 216
ALCIDES SPELUCIN.—Plegaria 218
ALBERTO URETA.—El dolor pensativo 218
ABRAHAM VALDELOMAR.—La danza de las horas 219
CÉSAR A. VALLEJO.—Los dados eternos 220
JOSÉ VARALLANOS.—El hombre del Ande que asesinó su esperanza 221
JUAN LUIS VELÁZQUEZ.—Perfil de frente 222

PUERTO RICO

EVARISTO RIVERA CHEVREMONT.—Los siete puntos cardinales 227
EMILIO R. DELGADO.—Regreso 229
VICENTE GÉIGEL POLANCO.—Noche 230
SAMUEL R. QUIÑONES.—Imaginario de las estrellas 231
VICENTE PALES MATOS.—Hoy me he echado a reír 232
LUIS PALES MATOS.—El pozo 233
JORGE PASTOR.—Este canto insolente 234
J. I. DE DIEGO PADRO.—¡Aleluya! 234

Páginas

URUGUAY

Delmira Agustini.—Lo inefable 239
Juan Carlos Bernárdez.—El gallo 240
Vicente Basso Maglio.—Sentido de la pubertad 240
Julio J. Casal.—Arbol 241
Edgarda Cadenazzi.—Canto aventurero por el hombre de mar 242
Enrique Casaravilla Lemos.—El aviador caído 243
Augusto Mario Delfino.—Tango en la milonga 243
Alexis Delgado.—El marinero 245
Emilio Frugoni.—Las playas 245
Gilberto Caetano Fabregat.—Los grandes pájaros del mar 247
Nicolás Fusco Sansone.—Canto a mi madre campesina 248
Alfredo Mario Ferreiro.—El árbol taciturno 250
— Lavando nubes 250
Luis Giordano.—Durazno 251
Alvaro Guillot Muñoz.—Paseo 252
Enrique Ricardo Garet.—La pandereta 252
Gervasio Guillot Muñoz.—Un caminante 253
Pedro Leandro Ipuche.—Primavera 254
Juana de Ibarbourou.—Noche de lluvia 256
Diego Larriera Varela.—Canto a la mano fraterna. 257
María Elena Muñoz.—Por la calzada 258
Ofelia Machado.—Oído 260
Raúl Mendilaharsu.—A Shackleton 261
Federico Morador.—Puerto 262
Emilio Oribe.—El diamante 263
Carlos Sabat Ercasti.—Canción del labrador 265
Ildefonso Pereda Valdez.—Canto a la mujer de agua y viento 266
Carlos Rodríguez Pintos.—Hermano espantapájaros. 267
Julio Supervielle.—Montevideo 269
Fernán Silva Valdez.—Cinta celeste 270
Humberto Zarrilli.—Yo vi en tu voz 271

VENEZUELA

Héctor Cuenca.—El árbol casero 275
Luis Guillermo Govea.—La muerte del árbol 277
Arvelo Larriva.—Salmo a los brazos de Carmen 278
Vicente Elías Moncada.—Garzas 281
Pedro Sotillo.—El viaje 281

861.08
G958

861.08 G958

a39001 008094883b